



Ali Smith

LA HISTORIA
UNIVERSAL

Traducción de
María Elena Polver

Nórdicalibros

D.J.57

LA HISTORIA UNIVERSAL Y OTROS RELATOS

ALI SMITH

Traducción de Magdalena Palmer

Título original: *The Whole Story and Other Stories*

© 2003, Ali Smith

All rights reserved

© De la traducción: Magdalena Palmer

Edición en ebook: septiembre de 2019

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-93-0

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*En memoria de
Sorley Macdonald*

*Para Kate Atkinson,
amiga en las buenas y en las malas,
y para Sarah Wood
con todo mi corazón.*

Todo en el mundo empezó con un sí. Una molécula le dijo sí a otra molécula y nació la vida. Pero antes de la prehistoria hubo la prehistoria de la prehistoria, y existía el nunca y existía el sí.

CLARICE LISPECTOR

LA HISTORIA UNIVERSAL

Érase una vez un hombre que moraba junto a un camposanto.

Pero no, no siempre fue un hombre; en este caso en concreto, se trataba de una mujer. Érase una vez una mujer que moraba junto a un camposanto.

Aunque, francamente, hoy en día nadie usa ese término. Ahora se le llama «cementerio». Y ya nadie dice «moraba». En otras palabras:

Había una vez una mujer que vivía junto a un cementerio. Todas las mañanas, al levantarse, miraba por la ventana trasera y veía...

La verdad es que no. Había una mujer que vivía junto... —no, en— una librería de segunda mano. Vivía en la primera planta y regentaba la librería que ocupaba toda la planta baja. Allí se sentaba, día tras día, entre despojos de libros de segunda mano que se extendían en montones y estantes a lo largo y ancho de unas estancias alargadas y angostas; los libros apilados se alzaban, vacilantes como torres desarraigadas, hacia el yeso desconchado del techo. Aunque sus lomos hundidos, o arrugados, o todavía vírgenes estaban desvaídos por años de una luz anónima ya inexistente, todos habían sido nuevos en una ocasión, y alguien los había adquirido en una librería llena de otros volúmenes resplandecientes. Ahora estaban todos aquí, con demasiadas respuestas posibles a la pregunta de cómo habrían acabado sepultados en el polvo que moteaba el aire donde la mujer solitaria, en este día de invierno, percibía el peso de todos ellos, de las cubiertas cerradas sobre tantos millones de páginas que quizá nunca volviesen a abrirse.

La librería estaba al final de una bocacalle, en el centro de una pequeña aldea que en verano visitaban unos pocos turistas. Los negocios habían disminuido considerablemente desde 1982, año en que la Reina Madre, de aspecto frágil y sosteniéndose el sombrero con una mano para que no se lo llevara el viento, había inaugurado la carretera de circunvalación que agilizaba la entrada en la ciudad y dificultaba sobremanera detenerse en aquella aldea. Después había

cerrado el banco, y finalmente también la estafeta de correos. Quedaba una tienda de ultramarinos, pero casi todos iban a comprar en coche al supermercado que estaba a diez kilómetros de distancia. El supermercado también vendía libros, aunque solo tenía unos pocos.

De vez en cuando alguien entraba en la librería de segunda mano para buscar un libro que habían mencionado en la radio o en una reseña del periódico. La mujer solía disculparse porque no lo tenía. Por ejemplo, ahora era febrero y hacía cuatro días que no entraba nadie. En ocasiones, una o un adolescente aficionado a la lectura se apeaba del autobús de las cuatro y media que cubría la ruta entre la aldea y el pueblo, abría tímidamente la puerta de la librería y alzaba la vista con ese deleite que se percibe incluso desde atrás, en el espacio entre los hombros y el ángulo de la cabeza, cuando alguien contempla la infinita promesa de los libros. Pero se trataba de algo que no sucedía desde hacía mucho tiempo.

La mujer estaba sentada en la tienda vacía. Atardecía y pronto caería la noche. Vio una mosca en la ventana; era una época temprana del año para las moscas. Aquella voló en triángulos sesgados hasta posarse en *El gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald para calentarse al débil sol de finales de invierno.

O... no. Un momento:

Había una vez una mosca que descansaba brevemente en un viejo libro en rústica de una librería de segunda mano. Se había posado para calentarse un poco antes de alzar de nuevo el vuelo, lo que haría de un momento a otro. No era una mosca especial ni inusual, ni tampoco de una especie interesante, como sería una mosca asesina, o una mosca holocéfala o predadora, o una mosca danzarina, o una mosca cernícalo, o una mosca abeja, o una mosca hematófaga o chupasangres. Ni siquiera era un tábano, ni un moscardón, ni una moscarda. Se trataba de una mosca doméstica común, una *Musca domestica Linnaeus* de la familia de los dípteros, lo que significa que tenía dos alas. Se había posado en la cubierta del libro y respiraba tranquilamente por sus espiráculos.

Había iniciado su existencia como huevo de menos de un milímetro de largo depositado en el montículo de estiércol de una granja situada a dos kilómetros y medio de distancia, y se había transformado en una larva sin patas que se alimentó del estiércol donde había nacido. A continuación, debido a la llegada del invierno, se había arrastrado unos cuarenta metros a base de pura contracción muscular para hibernar durante casi cuatro meses en la arenilla que rodeaba la base de una pared, bajo varios metros de heno amontonado en el granero. La fugaz mejoría del tiempo del pasado fin de semana había ocasionado que rompiera la parte superior de la crisálida y saliese transformada en mosca de seis

milímetros de longitud. Tras extender y secar sus alas bajo una cornisa del granero, había esperado que su cuerpo se endureciese en el inesperado aire primaveral procedente de las Baleares. Aquella mañana había entrado en el resto del mundo por una diminuta rendija del techo y había zigzagueado durante un kilómetro y medio en busca de luz, calor y alimento. Cuando la mujer que regentaba la librería había abierto la ventana de la cocina para que saliera el vapor del almuerzo, la mosca entró volando. Ahora mismo excretaba y regurgitaba, que es lo que suelen hacer las moscas cuando descansan en la superficie de las cosas.

Para ser exactos se trataba de una mosca hembra, de cuerpo más alargado y ojos rojos y rasgados más separados que los de un macho. Sus alas eran membranas finas, perfectas y delicadas, surcadas de venas. Tenía el tórax gris, seis patas con cinco articulaciones flexibles y unas cerdas minúsculas le cubrían las patas y el cuerpo. Tenía rayas de terciopelo plateado en la cabeza. Su larga boca acababa en una trompetilla con la que absorbía líquidos y licuaba sólidos como el azúcar, la harina o el polen.

Justo entonces sorbía con su probóscide la fotografía de los actores Robert Redford y Mia Farrow que ilustraba la cubierta de la edición de *El gran Gatsby* publicada por Penguin en 1974. Pero allí no había apenas nada de interés, como os podéis imaginar, para una mosca doméstica que necesitaba urgentemente alimentarse y reproducirse, que es capaz de transportar un millón de bacterias y transmitir de todo, desde diarrea común hasta disentería, salmonela, fiebre tifoidea, cólera, poliomielitis, ántrax, lepra y tuberculosis; y que percibe que en cualquier momento un depredador puede atraparla en su red o aplastarla con un matamoscas o, si sobrevive, que también el frío puede extinguirla en cualquier momento, y con ella a las diez generaciones que es capaz de engendrar este año y a los novecientos huevos que pondrá, si tiene ocasión, en los veinte días de vida media de una mosca doméstica común.

No. Un momento. Porque:

Había una vez, en el escaparate de una apacible librería de segunda mano de una aldea que ya casi nadie visitaba, una edición de Penguin de 1974 de la novela clásica norteamericana *El gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald. Tenía ciento ochenta y ocho páginas numeradas y era la vigésima edición de Penguin de esta novela en concreto; en 1974 se había reimpresso tres veces, una popularidad que se debía en parte a la película, basada en la novela, que se había estrenado aquel año dirigida por Jack Clayton. Su cubierta, antaño de un amarillo intenso, había perdido casi todo el color antes de llegar a la tienda. Al

estar expuesto en el escaparate, el libro se había desvaído más aún. En el fotograma de la cubierta, adornado con un marco estilo años veinte, Robert Redford y Mia Farrow, los protagonistas de la película, también se veían desvaídos, aunque Redford estaba de lo más apuesto con su gorra de golf y a Farrow, tocada con un sombrero de ala ancha muy favorecedor, le sentaba bien el efecto sepia que el movimiento del sol y la luz proyectaba casualmente en el cristal.

Aquella novela la había comprado por primera vez en 1974, por treinta peniques en una librería de Devon, Rosemary Child, de veintidós años, que había sentido el impulso de leer la novela después de ver la película. Dos años después Rosemary se casó con su prometido, Roger. Unieron sus libros y donaron los que tenían repetidos a un hospital de Cornualles. Una calurosa tarde de julio de 1977, Sharon Patten, una joven de catorce años con la cadera rota, inmovilizada en una cama del pabellón 14 y aburrida porque Wimbledon se había terminado, la seleccionó del carrito de la biblioteca del hospital. A la hora de las visitas, a su padre le había complacido ver el libro en su mesa, y aunque ella abandonó la lectura a media novela, la había conservado allí, junto a la jarra de agua, durante toda su estancia, y luego se la había llevado furtivamente a casa cuando le dieron el alta. Tres años después, cuando ya no le importaba lo que su padre pensara de ella, se la regaló a su compañero de clase David Connor, que quería estudiar Filología inglesa en la universidad, diciéndole que era el libro más aburrido del mundo. David lo leyó. Era perfecto. Como la vida misma. Todo es hermoso, todo está perdido. Iba a clase citándose párrafos del libro. Dos años después, cuando se trasladó al norte para estudiar en la Universidad de Edimburgo, ahora como un joven maduro de dieciocho años, seguía admirándolo, como dijo varias veces en el seminario, aunque le parecía un poco adolescente y creía que la infravalorada *Suave es la noche* era la auténtica obra maestra de Fitzgerald. Su tutor, que todos los años tenía que corregir unos ciento cincuenta pésimos trabajos de primer curso sobre *El gran Gatsby*, asintió sabiamente y le puso buena nota en el examen. Después de licenciarse con matrícula de honor y encontrar trabajo en recursos humanos, vendió todos sus libros de la universidad por treinta libras a una chica llamada Mairead. A Mairead no le gustaba la filología inglesa —no tenía respuestas adecuadas— y decidió estudiar Económicas. De modo que volvió a venderlos, por mucho más dinero que David. Vendió *El gran Gatsby* por dos libras, un precio seis veces superior al original, a una estudiante de primer curso llamada Gillian Edgbaston. Esta consiguió no leerlo jamás y lo dejó en los estantes de su casa de alquiler

cuando se mudó en 1990. Brian Jackson, propietario de la casa, lo guardó en una caja que permaneció cinco años olvidada bajo el congelador del garaje. En 1995 su madre, Rita, vino a visitarlo, y mientras ordenaba el garaje de su hijo descubrió la novela en la caja abierta, tirada en la gravilla del jardín. *¡El gran Gatsby!*, exclamó. Hacía años que no lo leía. Su hijo la recordaba leyendo esa novela aquel verano, dos antes de su muerte, con los pies encima del sofá y la cabeza sepultada en sus páginas. Su madre tenía en casa una habitación llena de libros. Cuando murió, en 1997, él los guardó en cajas y los donó a una sociedad benéfica. La sociedad benéfica seleccionó los que consideraba valiosos y distribuyó el resto en cajas de treinta libros variados de tapa blanda, a cinco libras la caja, que subastó entre las librerías de segunda mano de todo el país.

Cuando la mujer de la apacible librería de segunda mano abrió la caja que había comprado en la subasta, soltó un suspiro de hartazgo. Otro Gran Gatsby.

El gran Gatsby. F. Scott Fitzgerald. También una gran película. El libro estaba en el escaparate. Las páginas y los bordes amarilleaban debido al tipo de papel de la antigua colección de Penguin Modern Classics; por naturaleza, eran libros que no duraban. Ahora había una mosca posada en el libro, al débil sol del escaparate.

Pero la mosca alzó el vuelo repentinamente porque un hombre había introducido la mano entre los libros del escaparate de la librería de segunda mano para coger aquel en concreto.

Ahora bien:

Había una vez un hombre que introdujo la mano en el escaparate de una apacible librería de segunda mano ubicada en una pequeña aldea para coger un ejemplar usado de *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald. Hojeó las páginas del libro mientras se dirigía al mostrador.

¿Cuánto vale este, por favor?, preguntó a la mujer de aspecto gris.

Ella lo cogió y comprobó la cubierta interior.

Una libra, respondió.

Aquí dice treinta peniques, dijo él, señalando el dorso.

Ese es el precio de 1974, dijo la mujer.

El hombre la miró. Le dirigió una sonrisa preciosa. El rostro de la mujer se iluminó.

Bueno, como está muy desvaído, se lo dejo por cincuenta peniques.

Hecho, dijo él.

¿Quiere una bolsa?, preguntó ella.

No hace falta. ¿Tiene más?

¿Más libros de Fitzgerald? Sí, mire en la F. Acabo de...

No, repuso el hombre. Me refiero a si tiene más ejemplares de *El gran Gatsby*.

¿Quiere otro ejemplar de *El gran Gatsby*?

Quiero todos los ejemplares que tenga, respondió el hombre, sonriendo.

La mujer se dirigió a las estanterías y encontró cuatro ejemplares más de *El gran Gatsby*. Luego se dirigió al almacén de la trastienda para comprobar si tenía más.

No hace falta, dijo el hombre. Ya me arreglo con cinco. ¿Dos libras por todo el lote? ¿Qué me dice?

Su coche era un viejo Mini Metro. El asiento trasero estaba sepultado bajo un mar de diferentes ediciones de *El gran Gatsby*. El hombre sacó algunos ejemplares de debajo del asiento del conductor para que no resbalaran hasta los pedales mientras conducía y arrojó los libros que acababa de comprar al montón, sin siquiera mirarlos. Arrancó el motor. La siguiente librería de segunda mano estaba a 10 kilómetros, ya en la ciudad. Hacía dos viernes, su hermana lo había llamado desde la bañera. James, estoy en el baño, le había dicho. Necesito *El gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald.

¿Que necesitas qué?, había dicho él.

Ella se lo repitió. Necesito cuantos más, mejor.

De acuerdo.

Trabajaba para su hermana porque le pagaba bien; su hermana tenía una beca.

¿Te lo has leído alguna vez?, le había preguntado ella.

No. ¿Tengo que leérmelo?

Y seguimos navegando, barcas contracorriente, arrastrados sin cesar hacia el pasado. ¿Lo captas?

¿Y qué me dices del dinero para gasolina, si tengo que ir buscando libros de aquí para allá?, preguntó él.

Te he dado quinientas libras para que compres quinientos libros. Si los consigues por menos, te quedas el cambio. Y te pagaré doscientas libras más por las molestias. *Barcas contracorriente*. Es perfecto, ¿verdad?

¿Y el dinero de la gasolina?

Te lo daré, había dicho ella, suspirando.

Porque:

Había una vez una mujer que mientras se daba un baño llamó a su hermano para que le consiguiera todos los ejemplares de *El gran Gatsby* que encontrara. Después sacudió las gotas del teléfono, lo dejó a un lado sobre la alfombrilla del baño y volvió a meter el brazo en el agua porque se le estaba enfriando.

Quería reunir los libros porque hacía embarcaciones de tamaño natural con materiales que no se utilizan para construir embarcaciones. Tres años atrás había construido una barca de un metro de eslora con narcisos que su hermano y ella habían robado con nocturnidad de los jardines particulares de todo el pueblo. La había botado y había embarcado en el canal de la localidad. Casi de inmediato el agua le llegó a los tobillos, luego a las rodillas y luego a los muslos, hasta que acabó con el agua helada a la cintura y los narcisos desenmarañados flotando a su alrededor.

Sin embargo, una pequeña multitud se había congregado para ver el naufragio y la historia no solo había atraído a los medios locales, sino que también atrajo cierta atención nacional. Con el patrocinio de Interflora, que le pagó lo suficiente para prescindir del subsidio de desempleo, botó otra barca de metro y medio de eslora elaborada con flores variadas, desde azucenas hasta campanillas de invierno. También se hundió, pero esta vez grabó el naufragio para un proyecto de arte y le concedieron el importante encargo de construir más embarcaciones singulares. Durante los últimos dos años había elaborado embarcaciones de tres y cuatro metros de eslora con caramelos, hojas, relojes y fotografías, y las había botado con gran ceremonia en diferentes puertos del país. Ninguna había durado más de veinticinco metros de navegación en el mar.

El gran Gatsby, pensó en la bañera. Recordaba el libro de su adolescencia, y mientras permanecía sumergida en el agua angustiándose sobre cuál sería su próximo proyecto para que no le retirasen la beca, de pronto se le ocurrió.

Es perfecto, se dijo. *Seguimos navegando*. Esa última frase del libro. Sumergió los hombros en el agua para que no se le enfriasen.

Y así, puesto que ya hemos llegado al final:

La embarcación de dos metros de eslora construida con ejemplares de *El gran Gatsby* encolados con sellador resistente al agua se hizo a la mar en primavera en el puerto de Felixstowe.

El hermano de la artista reunió más de trescientos ejemplares de *El gran Gatsby*, desplazándose entre Gales y Escocia. En algunos de los lugares que visitó sigue siendo difícil adquirir un ejemplar de segunda mano de esta novela.

Pagó exactamente un total de ciento ochenta y tres libras con cincuenta. Se quedó el cambio. Asimismo, como hombre acostumbrado a lavarse las manos antes de comer, no le afectó ningún residuo regurgitado por la mosca en la cubierta del ejemplar que adquirió en la apacible librería de segunda mano.

Este ejemplar en concreto de *El gran Gatsby*, con los nombres de algunos de sus propietarios escritos uno debajo del otro en la primera página con diferentes caligrafías —Rosemary Child, Sharon Patten, David Connor, Rita Jackson—, se encoló en la proa de la embarcación, que permaneció a flote unos trescientos metros antes de empaparse de agua y hundirse.

La mosca que aquel día se había posado en el libro pasó la noche descansando sobre el portalámparas y volando a más de metro y medio sobre el nivel del suelo. Eso es lo que suelen hacer las moscas de noche, y esta no era una excepción.

A la mujer que regentaba la librería de segunda mano le alegró muchísimo vender a aquel joven sonriente todos sus ejemplares de *El gran Gatsby*. Mientras reemplazaba el del escaparate por *La divina comedia* de Dante, lo hojeó y salió polvo. Quitó el polvo de las páginas y también del mostrador. Contempló la suciedad que le manchaba la mano. Ya era hora de limpiar todos los libros, zarandeándolos uno a uno. Tardaría hasta bien entrada la primavera. Ficción, luego no ficción, luego todas las subcategorías. Estaba de buen humor. Esa misma noche empezaría por la letra A.

La mujer que vivía junto a un cementerio —al principio, ¿os acordáis?— miró por la ventana y vio..., ah, pero esa es otra historia.

Y, por último, ¿qué fue del primero, el hombre con quien empezamos, el hombre que moraba junto a un camposanto?

Vivió una larga vida, feliz, desdichada y azarosa durante muchos años, antes de morir.

GÓTICO

Esto me pasó de verdad.

Ocurrió una tarde de primavera de no hace tanto, a mediados de la década de los noventa. Un hombre entró en la librería donde yo trabajaba. Tenía aspecto de empleado de banco, o de contable, o de hombre de negocios; llevaba un buen corte de pelo, traje y corbata. Erguí los hombros. Ya había tenido problemas en el trabajo y no quería más. Aquel hombre tenía pinta de importante.

Por aquel entonces yo trabajaba en una librería más anticuada y mis problemas se debían a que no vestía adecuadamente. Poco antes de aqueldía en cuestión había ido a trabajar con una sudadera que llevaba un eslogan de diseño en la espalda. Decía: VISTE EN UN SUEÑO LA FORMA DE SOBREVIVIR Y ESO TE LLENÓ DE ALEGRÍA. La sudadera escandalizó al personal, me llamaron al despacho del director, me echaron una bronca porque siempre llevaba pantalones en lugar de falda y me dieron treinta libras para que me comprase unas blusas decentes. A los empleados les molestó muchísimo que me diesen dinero para ropa. Los miembros más antiguos, que fumaban un montón, lo consideraron indignante, aunque yo también se lo parecía por no vestir de forma apropiada; los miembros más jóvenes, sentados entre un espeso velo de resentimiento y humo de cigarrillo, opinaron que era injusto y que ellos también se merecían que les diesen dinero para trapitos.

Aquel día en cuestión me había puesto una de esas blusas adecuadas. Las dos que me había comprado picaban y me disgustaba la persona mansa y sosa en que me convertía al llevarlas. Sin embargo, sonreí al hombre que acababa de entrar. No se parecía en nada al otro que estaba detrás de él, plantado frente al estante de *La crónica del siglo XX*.

Hasta hacía un par de semanas, *La crónica del siglo XX* había estado expuesta sobre un atril específicamente instalado por el editor con las páginas abiertas en algún momento de mediados de siglo. Los tres empleados que

trabajábamos en la planta baja habíamos decidido retirar el atril porque todos los días entraba ese hombre, se sacaba el pañuelo mojado del bolsillo y lo colgaba de la parte posterior del atril mientras leía la *Crónica*. Todos los días igual: entraba, colgaba el pañuelo, leía durante horas, luego tocaba el pañuelo para comprobar si se había secado, se lo guardaba en el bolsillo del abrigo y se iba.

En aquella librería siempre había gente que hacía excentricidades. Llevaba cientos de años funcionando en un viejo edificio lleno de rincones ocultos, escaleras imprevistas y salas inesperadas. En aquella librería había muerto gente. Los empleados más antiguos siempre hablaban por lo bajo, envueltos en una nube de humo, del día en que uno de ellos encontró una señora muerta entre sus bolsas de la compra, despatarrada, con el abrigo torcido y una expresión sorprendida en su cara, o del día que otro empleado descubrió a un tipo sentado en una de las ventanas de la escalera de la tercera planta mirando al frente, muerto.

Teníamos un hombre que robaba libros y que los devolvía después de leerlos: los colocaba discretamente en su estante y se llevaba otros. Lo llamábamos el Maniocléptico. Teníamos un hombre que se dormía apoyándose en las estanterías. Lo llamábamos el Narcoléptico. Teníamos una mujer que en cuanto entraba cogía lo que hubiese en la mesa de novedades y lo hojeaba muy rápido, como si lo fotografiase con los ojos. La llamábamos la Crítica. A las dos ancianas que siempre asistían a cualquier acto de la tienda para beber vino gratis las llamábamos Gabardina y Señora Bastón (la Señora Bastón se ayudaba de uno para andar). Donde había trabajado al principio, en la sala junto a una escalera de la zona trasera de la segunda planta, siempre teníamos que limpiar porque había gente que orinaba en la sección de Crímenes Reales; los lomos de *Muerta al atardecer*, *El destripador de Yorkshire*, *Masacre*, *Crímenes contra la humanidad*, *Víctima perfecta* o el *Libro Faber de los asesinatos* siempre acababan chorreando bajo la luz del neón. A esos meones los llamábamos los Góticos.

Al hombre del pañuelo lo llamábamos Tóxico. El día que retiramos el atril, los tres empleados nos reunimos en el mostrador central, entre susurros y codazos, para ver qué pasaría. El hombre entró como siempre y se detuvo ante el espacio vacío que antes había ocupado el atril. Luego se acercó al mostrador. Le preguntó a Andrea si podía señalarle dónde estaba *La crónica del siglo XX*.

Andrea se ruborizó. Era la subencargada de la planta baja. Levantó el brazo y le señaló la sección de No Ficción. Luego dijo: Espere, se lo mostraré. Lo acompañó y localizó el libro. Todos vimos que el hombre lo abrió delante de la estantería a una altura adecuada para la lectura, desplegaba su pañuelo mojado y

lo colgaba del extremo del anaquel. El pañuelo cubrió los libros del estante inferior. Cuando estuvo seco, el hombre cerró el libro, lo devolvió a su lugar en la estantería y se marchó.

Volvía a estar allí el día en cuestión. Siempre estaba allí. Yo casi veía la humedad del pañuelo evaporándose en el aire, circulando por toda la tienda a través de los ancestrales y crepitantes conductos de la calefacción (aunque en teoría era primavera, las agujas de la iglesia habían amanecido escarchadas, y de camino al trabajo también había visto los infinitos tejados cubiertos de escarcha). Antes, mientras lo observaba, me había planteado dejar de trabajar en la librería. Me había dado la vuelta para no verlo ahí de pie, con ese abrigo del que colgaba un cinturón gris, y había mirado por la ventana las ajetreadas calles del barrio antiguo, la ennegrecida iglesia, las tiendas, los taxis que pasaban y el viento que zarandeaba a los viandantes que aguardaban en el semáforo o se encogían para protegerse del mal tiempo mientras recorrían la calle del museo. La blusa me apretaba en las axilas. Enderecé los hombros y me pregunté si la tela se rompería. Me pregunté cómo sería trabajar en el museo, con sus armiños de ojos vidriosos y los halcones disecados y los zorros acordonados detrás de los carteles de No Tocar, el esqueleto de dinosaurio unido con alambre y tan alto como el majestuoso vestíbulo, el sonido de refinados tacones en el mármol, el ambiente erudito, grave, metódico. Pero probablemente el museo también tendría un código de vestimenta. Probablemente hombres como este también se pasaban allí toda la tarde, tendían sus pañuelos en los huesos del pie de animales extintos y se orinaban en los depredadores. Mientras me erguía me pregunté si habría, en aquella ciudad, algún sitio donde pudiese trabajar sin sentir que entretanto la vida, la vida real, transcurría, de forma más crucial y menos sórdida, en otra parte.

Y entonces entró el hombre bien vestido y se acercó al mostrador. Le sonreí.

¿En qué puedo servirle?, le dije.

Dejó el maletín sobre el mostrador. Era grande, de piel vieja, abultado. Un hombre de negocios no llevaría semejante maletín; quizá no fuese un hombre de negocios, a fin de cuentas. Quizá fuese un académico, pensé, ya que la librería estaba a pocos metros del campus de la universidad medieval; ahora que lo había etiquetado de académico vi que la longitud de su cabello era un poco excesiva, que su traje estaba algo raído y que sus ojos, cuando me miró mientras abría el maletín, tenían una expresión defensiva y astuta. Dentro del maletín vi los lomos resplandecientes de varios libros nuevos de tapa dura. Quizá fuese un cristiano, o un representante de libros religiosos. Torcí el gesto.

Soy escritor e historiador, me dijo. Probablemente habrá oído hablar de mí y seguro que ya han vendido aquí algunos de mis libros.

Mencionó su nombre, que no reconocí, aunque asentí con una sonrisa respetuosa. En aquella época todavía resultaba emocionante que un autor se presentara en la librería; eran los días anteriores a que empezaran a aparecer continuamente, como ocurre hoy. Hoy en día es cansino tener que asociar constantemente una cara o una voz con un libro, para que esa cara, la voz y el nombre, el cuerpo del escritor, se vendan como parte del paquete de 9,99 libras, con diminutos pedacitos del autor o de la autora insertados entre las páginas, a modo de erratas o marcapáginas.

El hombre sacó uno de los libros del maletín y lo depositó en el mostrador. Tenía una fotografía de Hitler en la cubierta. Leí el título al revés. Decía algo sobre la verdadera historia.

Es mi última obra, dijo.

Abrí la boca para redirigirlo a la sección de Historia. Él levantó un dedo para detenerme.

Es la traducción inglesa, declaró. Ya que el libro solo está disponible en esta edición en inglés, tengo que venderlo personalmente a librerías e instituciones como la vuestra, que es la razón de que haya venido aquí en persona. A su debido tiempo estará disponible en una edición más mayoritaria que esta que, como puede ver (volvió el lomo para que viese fugazmente un logo impreso), ha editado una pequeña compañía estadounidense. Pero me gustaría que el libro estuviese disponible de inmediato, cuanto antes, para todos mis lectores, aunque por ahora solo sea posible en esta edición difícil de encontrar y de adquirir. ¿Me comprende?

Asentí.

Sé que a una librería como usted le gustaría tener todas las ediciones disponibles en sus estantes, por una cuestión de principios.

Me dio la impresión de que el hombre esperaba que asintiese, así que volví a asentir.

Nosotros..., dije.

Verá, me interrumpió. Gran parte de lo que nos llega, gran parte de nuestros conocimientos cotidianos, sean temas actuales o la mismísima historia, están profundamente censurados.

El hombre se inclinó hacia mí.

Este libro es, a su manera, una suerte de rebelión contra exactamente eso de

lo que hemos hablado, dijo.

Tenía algo de muchacho galante. Sonrió de forma encantadora. La censura, continuó, sonriendo muy cerca de mi cara, es la muerte de la verdadera historia. Podría decirse que es la muerte de la verdad. Todos estamos censurados, todos los días de nuestras vidas. Ya sabe a qué me refiero.

Sí, respondí.

Es esencial que nos resistamos a esta vil censura de nuestras identidades. Por ejemplo, dijo. Han conspirado contra mí de todas las formas posibles. De hecho, ahora mismo existe una conspiración contra mí. En todo lo que hago tengo que combatir a aquellos que conspiran en mi contra.

Ahora él asintió para que le devolviese el asentimiento, lo que hice, aunque no tenía ni idea de qué estaba diciendo.

Y esto significa, dijo levantando el libro, que mi obra se censura a menudo porque escribo la verdadera historia que nadie quiere oír. Escribo la verdad que una conspiración de editores judíos, financiados por una mayoría judía en cuyo único interés la verdad se rechaza a diario, no son lo bastante valientes ni puros para publicar.

El hombre tomó aire. Estaba algo sonrojado. Yo seguía asintiendo, aunque ahora había retrocedido unos pasos. Me pregunté, perpleja, dónde estaría el resto del personal. Parecía que no había nadie más en la tienda, solo yo, el hombre del traje y el hombre cuyo pañuelo se secaba sobre unos libros mientras leía *La crónica del siglo XX* en orden cronológico.

Ya sabe a qué me refiero, dijo el hombre del traje. Me sonrió; una sonrisa irresistible.

Yo tenía la mano debajo del mostrador y el dedo posado en el botón que llamamos botón del pánico, que se usaba cuando alguien intentaba robar la caja registradora o cuando el personal se sentía amenazado. Pero si pulsaba el botón y acudía el personal de seguridad, ¿qué iba a decir? *Este hombre es un fanático. Llévoslo, por favor. O: No estoy de acuerdo con lo que dice este hombre. Es un embustero peligroso. Expulsadlo de la tienda, por favor.*

Toqueteé el botón. Hum, dije.

El hombre sacaba los libros del maletín; ya había diez o más en el mostrador.

No..., dije.

El hombre se detuvo. Me miró a los ojos, con un libro en la mano.

¿Es usted judía?, preguntó.

No, yo... No es... Es que yo no compro libros. No soy una encargada. Hay

que ser encargada para comprar libros. Yo no puedo, yo soy solo una..., una.

El hombre parecía enfadado. Por un momento pareció cruel y malvado. Luego se le recompuso el rostro.

Me pregunto si podría llamar al encargado, dijo.

Puedo llamar a la subencargada.

¿Puede comprar libros una subencargada?, me preguntó.

Asentí. Marqué los números en el teléfono. El hombre y yo aguardamos en silencio a que Andrea bajase. Él se miró la uña y se la frotó, impaciente, con el pulgar. Yo me quedé junto al mostrador mirando fijamente un viejo adhesivo despegado que indicaba cómo procesar los códigos de barras. Andrea bajó, pasó por debajo del tablón y se colocó a mi lado, detrás del mostrador.

Lo siento, no vendemos libros como el suyo en nuestro establecimiento, dijo.

El hombre pareció casi complacido. Devolvió los libros al maletín sonriendo vagamente, lo cerró y se fue.

Dios, dije. Joder.

Volverá dentro de poco. Siempre hace lo mismo. Entrará por una puerta lateral, subirá y lo intentará en la sección de Historia. Te apuesto cinco libras. ¿Qué le has dicho?, me preguntó Andrea.

Nada. No le he dicho nada.

Y esto fue lo que ocurrió después. El hombre al que llamábamos Tóxico dobló su pañuelo y cerró la *Crónica*, pero en lugar de marcharse directamente como solía hacer, se acercó al mostrador. Se plantó delante de nosotras y me miró. Negó con la cabeza. Luego miró a Andrea y se golpeó suavemente la sien dos veces, con un dedo. Loca, dijo. Como una cabra. Y se marchó.

Cuando la puerta se cerró tras él, Andrea me dijo: ¿Sabes? Cada vez que lo veo me avergüenzo de lo que hicimos. Algunas noches hasta me quita el sueño.

Y luego: Vale, tómate un descanso.

Durante mi descanso noté que estaba de un humor de perros. La sala del personal olía a humo. Era un lugar profundamente antisocial. Fue entonces cuando decidí hacer los carteles de No Fumar y colgarlos en las paredes amarillentas. Casi provocaron una guerra universal.

Sin embargo, poco después de todo el jaleo sobre si se podía fumar o no en la sala de personal, me trasladaron a otra librería que la cadena había abierto en la parte nueva de la ciudad. Primero ayudé a instalar los ordenadores que solicitan automáticamente nuevos ejemplares de los libros que han vendido más de tres. Luego me nombraron encargada de la planta baja. Ahora puedo vestir como

quiera (aunque siempre voy elegante) y también dejo que el personal vista como quiera, dentro de unos límites.

Desde que me trasladé he estado esperando a que aparezca Tóxico. No lo he vuelto a ver. En esta tienda no tenemos la misma clase de clientes, a saber por qué: quizá porque es un espacio limpio y abierto, con suelos de madera y pulcras hileras de estantes y libros; aquí tampoco orina nadie, no sería fácil pasar desapercibido. La gente ni siquiera suele sentarse en las butacas porque, como sugiere la política de la empresa, las colocamos en posiciones abiertas que hacen que a la larga los clientes no se sientan cómodos. Lo que sí tenemos son prostitutas; no recuerdo que hubiese en la antigua librería. Quizá allí fuese difícil maniobrar, el espacio tenía demasiados recovecos y rincones y no era lo bastante abierto para que la actividad de echar una ojeada resultara inocente. Quizá fuese porque en el antiguo local no había cafetería.

Pero os diré algo. Estoy preparada. Parapetada en el mostrador, detrás de los ordenadores, a la espera. Si ese hombre entra aquí, si ese hombre se atreve a poner un pie en esta librería, haré que lo echen. Creedme. Ahora tengo autoridad y no me lo pensaré dos veces.

RÁPIDO

Cruzaba el vestíbulo de la estación de King's Cross, esquivando a las multitudes y hablando contigo por teléfono, cuando casi tropiezo con la Muerte.

Lo siento, le dije.

¿Qué es lo que sientes?, dijiste en mi oído. La Muerte sonrió y se detuvo a un lado, como si esperase.

Ahora no puedo parar, estoy hablando por teléfono, le dije.

¿Con quién hablas?, preguntaste.

No me esperaba a la Muerte. Era un hombre de mediana edad, apuesto y un poco calvo que vestía un traje tan pálido que parecía contrito; resultaba vagamente reconocible, tenía el aire vagamente artístico de un ejecutivo de la BBC de los tiempos en que la televisión todavía prometía tanto decencia como ambición estética, de los tiempos en que sus dramas eran valientes y se podía confiar en que las noticias de la noche trataran de lo que en realidad ocurría en el mundo y no de índices de audiencia, dinero ni protocolos de la cadena. Pero aquellos tiempos habían terminado y ambos lo sabíamos, y en cualquier caso yo los idealizaba, me dijo su sonrisa, melancólica si bien civilizada.

El hombre sonrió y mi teléfono murió. Lo miré: la pequeña pantalla estaba negra. Hacía un momento me contabas tu día en el trabajo y me decías que me esperabas en casa. Yo te decía que estaba cruzando el vestíbulo, que seguramente cogería el tren rápido, que llegaría a eso de las ocho y que de camino compraría comida india para llevar. Estábamos hablando de *bhajis* de cebolla.

Zarandeeé el móvil. La pantalla siguió negra. Me lo acerqué a la oreja, pero solo sonaba a teléfono apagado, al sonido del plástico y el vacío. Apreté el botón de encendido. Nada. Me abrí paso en diagonal entre la multitud hasta llegar a la pared y golpeé el teléfono contra ella, primero con suavidad y luego más fuerte. Fue inútil. Levanté la vista para evitar mirar a mi alrededor, para evitar mirar a la Muerte a la cara. En lo alto de la pared, por encima de los escaparates de las

tiendas y de las personas que subían y bajaban de los trenes, vi la única hebra de una planta que asomaba entre el ladrillo victoriano. Estaba en flor.

Volví a mirar mi móvil. ¿Oiga?, dije al diminuto agujero de la base del teléfono, por si todavía podías oírme.

Eché a andar. El caballero que era la Muerte andaba a mi lado, pulcro y tímido. Lo ignoré durante todo el trayecto hasta los andenes nueve a once, donde te llamé desde una cabina pública.

Has colgado, me dijiste. ¿Quieres los *bhajis* o no?

Mi móvil ha muerto. Oye, ¿estás bien?, pregunté.

Perfectamente. ¿Qué le pasa a tu móvil?

¿Seguro que estás bien?

Sí, respondiste. Y luego: ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Algo va mal? ¿Te encuentras bien?

Ahora él estaba junto a la cafetería. Ya no me miraba; miraba a una mujer y un niño que hacían cola en los cafés, a dos policías vestidas de un luminoso amarillo que charlaban junto al torno de acceso a los andenes, a un hombre que pedía una moneda a los usuarios de los cajeros automáticos. Observé que paseaba la vista de una persona a otra y comprendí que, aunque no me mirase, seguía sabiendo exactamente dónde estaba yo.

Te hablé de él y tú te echaste a reír.

No es divertido, dije. No me lo invento. Hablo en serio. Está a diez metros de distancia. Mira al hombre que prepara los cafés. Observa cómo espolvorea algo por encima.

¿Canela?, preguntaste.

No lo sé, por Dios, respondí. Ahora vuelve a mirar al camarero, que está colocando la tapa sobre el vaso. Y también eso que hace con una servilleta para que el vaso no queme y la clienta pueda sostenerlo.

¿Quién?

La mujer, dije; la mujer que compra el café.

¿Y cómo sabes que ese hombre es la Muerte?, pre-guntaste. Por lo que cuentas, más que la Muerte parece un espía que quiere asegurarse de que los empleados de la cafetería siguen las instrucciones de la dirección.

No, no, también mira a otras personas, no solo a las de la cafetería. Observa a toda clase de gente, él...

Míralo bien, me dijiste. No es la Muerte. Solo es un hombre.

Lo miré bien. En efecto, la persona que había tomado por la Muerte era un

hombre corriente; un hombre que se comportaba de un modo algo extraño, pero un hombre, a fin de cuentas.

Tienes razón. Solo es un hombre con un traje color crema.

Qué estiloso, comentaste. Qué primaveral. Oye, llámame cuando te falten veinte minutos para llegar y pediré la cena, y tú la pasas a recoger de camino y así no tendrás que esperar. ¿Tu bicicleta está en la estación?

No podré llamarte cuando me falten veinte minutos para llegar, dije.

¿Por qué no?

No me funciona el móvil.

Vaya, se me había olvidado. Vale, ¿qué te parece si les llamo cuando calcule que te faltan veinte minutos para llegar? ¿A qué hora sale tu tren?

El diminuto reloj digital que había en lo alto marcó las 19:10:53. Luego las 19:10:54. Luego las 19:10:55.

Dentro de unos cuatro minutos.

Bien, dijiste. Corre o te quedarás sin sitio. Hasta pronto.

Tu voz era tranquilizadora. 19:11:00, dijo el reloj. Colgué el teléfono y eché a correr.

Ocupé uno de los últimos asientos que quedaban en el vagón. Tenía enfrente a una chica que empezó a toser en cuanto no quedó ningún asiento libre al que pudiera cambiarme. La chica estaba pálida y la tos le resonó en lo más profundo del pecho mientras marcaba números en su móvil. Hola, dijo (tos). Estoy en el tren. No, he pillado un resfriado. Un resfriado (tos). Sí, de los malos. Espantoso, la verdad. ¿Hola? (tos). ¿Hola?

Miró su móvil cuando el tren entraba en un túnel. Lo mismo hicieron las otras personas que estaban a media conversación en el tren, un tren lleno de pasajeros que empezaron a gritar sus hola desesperados como si fueran personas ciegas o perdidas. Aquellos hola extraviados no llegaron a nadie. Se quedaron sin respuesta, suspendidos sobre nuestras cabezas, excluyendo a todos aquellos a quienes no iban dirigidos, y luego, en cuanto salimos del túnel, los teléfonos se reanimaron en un *crescendo* agudo de populares melodías televisivas y sinfonías simplificadas de Beethoven.

La mujer sentada a mi lado dormía con la espalda atenta y recta, mientras sostenía un libro cerrado sobre las rodillas. La chica de la tos había entornado los ojos. El hombre que tenía delante también dormía; se había dormido en cuanto el tren empezó a moverse y ahora estaba desplomado sobre la ventana, con la boca abierta en una O desdentada. Contemplé, por encima de su cabeza, el incipiente

anochecer de las afueras de Londres, sus plantas, sus grafitis, sus pequeños cuadrados de luz fugaz, las ventanas a las vidas de tantos otros. Me pareció gracioso haberme imaginado que el hombre con quien casi había tropezado era la Muerte. Me reí. La chica de la tos abrió los ojos y me dirigió una mirada acusadora. Aparté la vista y sonreí para mis adentros, pensando en cuánto nos reiríamos luego tú y yo. Empecé a pensar en cosas divertidas que podría decir después, pasadas varias semanas, cuando lo hubiésemos convertido en una broma recurrente. Tenía una pinta de muerte, por ejemplo. Pensé que el hombre no se parecía en nada a la típica representación de la Muerte, sin rostro, con capucha negra y guadaña, aguardando a orillas de un estanque lleno de basura como en el anuncio de información pública que ponían en la tele de mi infancia. Luego empecé a preocuparme por si se trataba de un mal presagio. Me dije que no fuera imbécil. Tamborileé los dedos en la pierna. Los noté entumecidos, anestesiados, y mientras contemplaba el paisaje con la mirada perdida comprendí por primera vez, con un escalofrío que me recorrió el cráneo como si alguien hubiese roto un huevo con un cuchillo y me hubiera vertido el frío contenido sobre la cabeza y luego me hubiese resbalado por el cuello, comprendí que nunca, en ningún momento de mi vida, me había importado nada que no fuese yo, y que no tenía ni idea de cómo cambiar eso, o al menos modificarlo.

Luego reparé en que el tren rápido avanzaba muy despacio. Fue aminorando la marcha hasta detenerse en la oscuridad. La parada despertó a varias personas, y muchas se levantaron para ponerse el abrigo antes de comprender que no habían llegado a su destino. Volvieron a sentarse. A nuestra izquierda se había detenido un tren de alta velocidad que también iba lleno a rebosar. A la derecha había otro tren parado lleno de gente. Un pasajero del vagón le dijo a alguien por teléfono que íbamos muy despacio, que nos habíamos detenido y que probablemente estábamos pasando cerca de un accidente.

Se oyó una voz por megafonía. Se había producido un accidente en una estación de la línea, a unos treinta o cuarenta kilómetros de distancia. Todos los pasajeros empezaron a llamar a otras personas para contárselo. Yo saqué el móvil para llamarte, luego me acordé y volví a guardarlo. ¿Lo grabarás?, dijo una voz a mi espalda. Empieza a las nueve. Hola, dijo la chica de la tos a su móvil. Como se ha muerto alguien llegaremos tarde.

Se repite a los pasajeros, dijo la voz del techo, una voz cansada y hastiada. Por ahora no tenemos más información. De momento toda la información disponible es que se ha producido un accidente mortal en la línea y no se dispone de más información y estamos a la espera de recibir más información, y cuando

la recibamos se transmitirá a los pasajeros en cuanto se reciba.

El hombre que tenía enfrente abrió los ojos, se sentó con expresión sorprendida, miró por la ventana adormilado y parpadeando, cerró los ojos y volvió a dormirse. La mujer sentada a mi lado se había despertado. Se recompuso el abrigo y abrió su libro. Se titulaba *Romper el círculo de la depresión* y lo había escrito un hombre con un doctorado. Observé la cara de la mujer. No parecía deprimida en absoluto. Parecía totalmente feliz. Ya lo tenía: Me había preocupado fugazmente por alguien que no conocía, que nunca había conocido y que probablemente no volvería a ver después de este viaje. Miré a la chica, que había cerrado los ojos con el móvil en la mano y que en la otra sujetaba un pañuelo. Intenté compadecerme de que estuviese resfriada. Los resfriados eran horribles, sobre todo si había que ir a trabajar. Probablemente aquel resfriado le impedía dormir hasta bien entrada la noche. Era espantoso tener un resfriado como aquel. Miré al hombre despatarrado a su lado, grande y torpe como una foca fuera del agua. Pensé que no tenía el menor derecho a imaginármelo como una foca ni ninguna otra clase de símil o metáfora. Pensé en cosas más amables. Estaría muy cansado, si se quedaba dormido en el tren. Quizá trabajaba muchísimo. Tal vez, cuando llega a casa algo le quita el sueño y solo puede dormir en el tren, pensé. Quizá su esposa y él tengan un bebé. Miré su traje. No mostraba indicios de la existencia de un bebé. Quizá su mujer, o su compañera, o lo que fuese, estaba deprimida y no podía salir de un círculo vicioso. Quizá él o ella tuviesen un resfriado que no los dejaba dormir a ninguno de los dos. Quizá viviese solo; quizá fuera la soledad lo que le quitaba el sueño de noche, y únicamente podía dormir a la ida o la vuelta del trabajo, rodeado de desconocidos.

Empecé a sentirme culpable de no haberle dedicado ni un pensamiento a la persona que había muerto en la estación a cuarenta kilómetros de distancia. ¿Era un hombre o una mujer? ¿Cómo había muerto? ¿Habría tenido un infarto? ¿Se habría arrojado a las vías, delante de un tren, una tarde de un día laborable en el cotidiano trayecto de vuelta a casa, o durante un trayecto a saber dónde que había sido incapaz de recorrer una vez más? Yo había oído, o tal vez había leído en alguna parte, que la primavera, la estación en que vuelve la luz, era para muchos la peor época del año. ¿O habría sido un accidente? ¿Habría corrido esa persona para coger el tren y llegar puntual a casa? ¿Habría resbalado en el borde del andén en el peor momento posible y después se habría caído a las vías? ¿Habría alguien esperándolo o esperándola en casa ahora mismo, con comida en la mesa y el televisor encendido?

Pensé en ti. Me imaginabas en un lugar donde no estaba. Me imaginabas más cerca de casa de lo que estaba en realidad. De un momento a otro llamarías al restaurante indio; a lo mejor ya habías llamado. A lo mejor llamabas justo ahora. Pensar que pedirías alegremente comida con el convencimiento de que yo iría a recogerla a tiempo, en cuestión de minutos; pensar que la cena estaba enfriándose en sus envases de papel de aluminio dentro de una bolsa de comida para llevar, encima de cualquier mostrador de la cocina del restaurante; pensar que te habías sentado en la sala, creyendo que llegaría a casa de un momento a otro, me hizo sentir peor que todo lo que podía imaginar sobre personas desconocidas, incluso sobre personas que había imaginado muertas.

Saqué el móvil, pero seguía estropeado. Me volví hacia la mujer que leía el libro sobre la depresión.

Disculpe, le dije.

Alzó la vista.

¿Podría dejarme su teléfono?, le pregunté.

No, respondió.

Oh, dije.

¿Quiere saber por qué?, preguntó.

Comprendí, demasiado tarde, que aquella mujer era la clase de persona que refunfuña sobre normas y reglas cuando ve a alguien comiendo golosinas en la biblioteca.

No llevo móvil por una cuestión de principios.

Ah, dije yo.

La relación entre los teléfonos móviles y los tumores cerebrales sigue sin descartarse.

Cierto, dije.

De modo que aunque llevase móvil, no sé si se lo dejaría. No solo me lastimaría a mí misma, sino también a usted, a todas las personas de este tren y a muchos cientos de personas que no conozco, pero que viven cerca de una antena de transmisión.

Sí, le dije. Gracias.

Volvió a su libro. Le resplandecía el rostro de satisfacción. Eché un vistazo a la chica de enfrente. Tenía un ojo entornado que cerró rápidamente para disimular que había estado escuchando. Pero yo la había visto, y ella lo sabía, así que volvió a abrirlo.

Te dejaría el mío, pero no queda saldo para hacer ninguna llamada, ni

siquiera aunque lo necesite yo. Lo siento, me dijo.

No pasa nada, gracias por el ofrecimiento. Todo un detalle por tu parte.

Asintió y cerró el ojo. Miré a las cuatro personas que estaban sentadas al otro lado de la mesa. Todas apartaron la vista. La levantaron al techo, la bajaron al suelo o la volvieron hacia la oscuridad, a las personas que dormían, leían o hablaban por el móvil en los trenes detenidos en las vías paralelas a la nuestra, y entonces nuestro tren, que no se había movido en tres cuartos de hora, reanudó repentinamente la marcha y las personas paralelas en las ventanas de los trenes vecinos se desplazaron hacia atrás mientras nosotros nos movíamos hacia delante.

Los pasajeros vitorearon y empezaron a llamar por el móvil. Bien, dijo la mujer del libro. La chica de enfrente me miró, miró a la mujer que leía el libro y pulsó algo en su teléfono, se lo acercó a la cabeza y dijo en voz baja: ¿Hola?

El tren aceleró. Dimos tumbos y bandazos sobre unas vías que sabíamos precarias. El tren volvió a aminorar la marcha. Los pasajeros gimieron.

No puede ser, dijo la chica al móvil, y tosió.

Cada vez lo mismo, pasa lo mismo cada puta vez que cojo el tren, dijo un hombre a mi espalda, probablemente por teléfono aunque también era posible que hablase solo en voz alta, como un loco. Nadie asume la responsabilidad. Nadie se hace responsable, dijo. Nadie hace nada al respecto. Nadie se hace cargo. ¿A quién podemos culpar? A nadie.

Observé la tela cutre y gastada del asiento. ¿Y si no había nadie cuando llegase a casa?, pensé. ¿Y si entraba en casa y tú no estabas? Abría nuestra puerta hipotecada, entraba, me quitaba el abrigo, me sentaba con la bolsa de comida para llevar y tú no estabas. No retiraba las grasientas tapas de los envases cuidando de no derramar el contenido por el suelo mientras tú no traías los platos y los cubiertos: te habías evaporado en el aire como en los cuentos; te habías esfumado, como desaparece la gente en la falsa magia, como algo que en teoría les ocurre a otros, a otras vidas ajenas a la nuestra. Tú habías desaparecido y el tejado de nuestra casa estaba arrancado y las vigas colgaban por encima de unos muebles volcados. El suelo se había abierto y se había tragado la casa entera. Yo volvía a casa y la casa no estaba allí; solo había un cráter en la tierra entre los otros edificios, como en esas viejas fotografías de guerra. Así que un desconocido había muerto. No me importaba, ¿por qué iba a importarme? En lugar de eso, para sentir algo me puse a prueba, me asusté imaginando qué pasaría si todo lo que era mío dejaba de serlo, y de ahí llegó la certeza, tan franca

e irrefragable como el cristal de aquella ventanilla, de que nada había sido mío jamás.

Miré mi reflejo en el cristal y a través de mí, detrás de mí, vi la oscuridad de la tierra. Era el fin, había ido lo más lejos que podía llegar. Cuando el tren renqueó hasta detenerse en una pequeña estación y la voz del techo anunció que permaneceríamos allí una hora y media como mínimo —probablemente más, dependía de la información— y las puertas se abrieron, y una oleada de pasajeros furiosos de un extremo a otro del tren confluyó, exigiendo dinero, taxis, explicaciones, en el único jefe de la pequeña estación paralizado de miedo ante su despacho, yo también me levanté y salí. Me abrí paso entre los pasajeros agolpados en el andén y seguí los carteles que indicaban la salida. No supe en qué estación ni en qué pueblo estaba hasta que llegué al espacio vacío reservado para taxis y lo leí en un cartel.

Era una ciudad jardín. Eso tenía algo que ver con árboles, ¿verdad? Una ciudad con muchos árboles y vegetación, y también se refería a algo histórico, pero no recordaba qué. Quizá los estatutos de la ciudad establecían que debía plantarse un determinado número de árboles, quizá debía tener un número concreto de hectáreas de vegetación; no tenía ni idea, y si antes lo había sabido, ahora ya no me acordaba.

Miré calle arriba, luego calle abajo, pero no supe cuál era la dirección adecuada. De modo que regresé a la estación, que seguía llena de voces airadas. Esquivé a la multitud y recorrí toda la longitud del tren del que acababa de apearme, saludando al pasar a las personas que habían bajado a fumar. Estamos juntos en esto, nos decíamos, encogiendo los hombros, con pequeñas sacudidas de cabeza, ¿qué se le va a hacer? Llegué a la cabecera del tren. El maquinista leía el periódico con los pies en alto, apoyados contra la ventana. Seguí hasta que se acabó el andén. A aquella distancia, el ruido de la estación quedaba sorprendentemente silenciado. Me senté en el extremo y luego bajé a la vía.

Era abril, lo notaba. Sentía un frío liviano en el dorso de las manos y por toda la ropa; mi abrigo seguía en el asiento del tren. Ahora vendría la parte más luminosa del año, todos los meses de luz. Embutí las manos en los bolsillos y eché a andar, intentando pisar las traviesas. Esquivé el papel higiénico y las aguas residuales. Los pies me dolían porque andaban sobre las piedras irregulares que llenaban los espacios entre los raíles; las piernas me dolían pese a la breve distancia recorrida. Las vías se curvaban bajo la escasa luz que llegaba del pueblo, y cuanto más me alejaba de la estación más pura se volvía la oscuridad que se abría ante mí. Ahora podía oír la oscuridad, los vehículos que

atravesaban carreteras distantes, el crujido ocasional de los arbustos y de la basura en los márgenes de las vías. Podía olerlo todo; tenía aire frío en la nariz y en el fondo de la boca, un aire que sabía a diésel o a gasolina, y también a madera joven, hierba y tierra.

Respondí en cuanto sonó.

¿Diga?, dije.

Un autómatas me preguntó si aceptaba una llamada a cobro revertido de... y entonces, después de un silencio, oí tu voz grabada allí donde estuvieras, pronunciando tu nombre.

Sí, dije en voz alta y firme, para evitar malentendidos, en el espacio reservado para mi respuesta.

Hola, dijiste tú.

Estabas bien. No pasaba nada. Llamabas desde la cabina de un supermercado abierto veinticuatro horas. El tren se había detenido una y otra vez debido a algún tipo de accidente. Volvías andando a casa. Calculabas que estarías a unos cincuenta kilómetros de distancia. Habías caminado durante horas por las vías hasta que tres empleados del ferrocarril con chalecos fluorescentes te habían perseguido, te habían abroncado y habían amenazado con demandarte. Entonces habías seguido andando por el arcén de hierba de una carretera secundaria hasta vislumbrar las luces del supermercado al otro lado de un campo. Tenías barro hasta los tobillos, en los zapatos e incluso dentro de los zapatos. Olías a granja.

Con una mano me llevé el teléfono a la oreja mientras con la otra me frotaba los ojos. Seguía pensando en tu voz al pronunciar tu nombre, breve, inocente, con su acento característico, fijado en el aire de la grabación telefónica.

Es increíble el movimiento que sigue habiendo a estas horas de la noche, me decías. Hay unas seis personas, puede que más, haciendo la compra. Compran cosas como esparadrapo o zumo de naranja. Una mujer acaba de pasar por caja; ha salido en plena noche para comprar unos calcetines de niño. ¿Por qué le compras calcetines a un niño en plena noche?

No lo sé, respondí.

Y la verdad es que no lo sabía. En aquel momento lo único que sabía era el breve sonido de tu nombre. El hecho de oír tu nombre de pila dentro de toda aquella maquinaria hacía que algo me doliese por dentro.

Ojalá se lo hubiese preguntado, me decías. Ahora la mujer ya se ha ido. Nunca podré preguntárselo. Hay un hombre con el carro lleno de galletas, todas

de la misma marca, una galleta francesa. Me ha dicho que recorre en coche los pueblos de los alrededores para comprar esta marca concreta de galletas porque solo las encuentra en esta cadena de supermercados. Es increíble lo que llega a hacer la gente.

Sí, dije. Increíble.

Una pareja de empleados está bailando en el pasillo del café y el té; han puesto la radio por los altavoces. Y hay cajas por todas partes, las están desempaquetando para mañana —es decir, hoy— y colocan los productos en los estantes. Mientras todo el mundo duerme, en otra parte hay personas que abren cajas enormes y ordenan su contenido, o cortan las cuerdas de los fajos de periódicos nuevos para los vendedores de prensa de los supermercados y otros comercios, y ni siquiera nos lo planteamos cuando compramos un periódico o lo que sea.

Ajá, dije.

Es muy interesante estar en un supermercado sin tener dinero para gastar, dijiste.

Sí, ya lo creo, dije yo.

Me contaste que te habías dejado la cartera y el abrigo en el tren, y también los libros que habías comprado, el trabajo que te traías a casa, las gafas y el móvil.

El móvil da lo mismo porque no funcionaba, pero intentaré recuperar las gafas.

Deberías cancelar las tarjetas de crédito, dije.

¿Tú crees? Arriba, en mi chequera, hay un teléfono de veinticuatro horas. Pero, oye, ¿te he despertado? No sabía qué hora era hasta que he visto el reloj al llegar aquí.

No pasa nada, no te preocupes. Bueno, ya sabes, estaba dormitando en el sofá.

Ah, y he oído un pájaro, dijiste. Yo iba andando y el pájaro cantaba, como hacen por la mañana, pero estaba muy oscuro y no había otros cantando. Me pregunto qué pájaro sería. ¿Qué pájaro hace eso, ponerse a cantar así en plena noche?

La cuestión es que deberías cancelar las tarjetas de crédito y tienes que hacerlo tú, dije. No creo que permitan que lo haga otra persona. Si les llamo, es muy probable que no me dejen.

La verdad es que me da igual. No me importa lo más mínimo. Quien las

encuentre, que se las quede. Pueden quedarse con todo el dinero de mi cartera. Adelante. Además, tampoco es que haya mucho dinero en ninguna de las cuentas. Bueno, excepto en una. La verdad es que en esa cuenta hay bastante dinero. Quizá deberías llamar para cancelar esa. La tarjeta oro. ¿Te importa? Pero la otra me da lo mismo. Ay, Dios. Y mi tarjeta de crédito. Creo que también llevaba la tarjeta de crédito.

Anoté las palabras «tarjeta de crédito» y dije que si no me permitían cancelarla les exigiría que la registraran como perdida para que no te cargasen ninguna cantidad después de mi llamada. Miré la hora. Eran las tres y diez de la madrugada.

Será mejor que cuelgue y les llame ahora mismo, dije.

No, espera. Espera un momento.

Pero ¿y ese hombre que compraba las galletas? ¿Y si las ha comprado con tu tarjeta de crédito?, pregunté.

No me importa. No cuelgues. Escucha, ¿lo oyes?

¿El qué?

Chist. Escucha.

En segundo plano se oía un golpeteo regular y apagado, como un latido industrial. Probablemente eran los latidos de mi propio corazón. Sin duda, algo palpitaba en mi interior con tal fuerza que me costaba mantenerme en el vestíbulo, con el teléfono en la mano.

¿Lo oyes?, dijiste.

Un poco.

Habías empezado a cantar, siguiendo el ritmo. *The moment I wake up*, cantaste. *Before I put on my make-up, make-up*.

Oí que alguien también cantaba en un segundo plano.

La que canta es Kerry, dijiste.

¿Quién?

Kerry. Trabaja en la caja. Con solo diecinueve años, ya tiene tres hijos, todos menores de cinco años, y lo terrible es que ella y su marido trabajan día y noche para mantenerlos.

El reloj de la cocina marcaba las tres y cuarto. Tú cantabas al teléfono. *I run for the bus, dear. While running I think of us, dear*. Comprendí que era posible que ni siquiera estuvieras al teléfono, que yo estuviese alucinando. Ahora me hablabas de Dave, el marido de Kerry, aprendiz de pintor y decorador, y por lo visto había poco trabajo para los pintores y decoradores debido a la moda del

bricolaje.

Te interrumpí. ¿Qué ha pasado con la Muerte?, pregunté.

Han parado el tren.

¿Por ese hombre?

¿Era un hombre? ¿Ha salido en las noticias? ¿Qué ha pasado?

Bueno, tú lo viste. Con un traje claro, en la estación.

Ah, dijiste. Ah, eso. Lo había olvidado. De veras. Imagínate ver a alguien y creer algo así. Que parecía la Muerte.

Reías. Será mejor que llame a tu banco, dije.

No, no cuelgues aún, dijiste, y tu voz sonó diminuta y ligera en mi oído. Pronto se hará de día. Pronto saldrá el sol.

Lo sé. Dentro de cuatro horas y media tengo que ir a trabajar.

Ah. Claro. Vale. Entonces, rápido, cuéntame antes de colgar: ¿qué tal la noche? ¿Qué has hecho?

Qué he hecho esta noche. Verás, primero me he visto de repente flotando en el aire, agitando brazos y piernas, como un pez atrapado en un anzuelo.

¿Qué?, dijiste.

Como si alguien me hubiese pescado desde lo alto del cielo con una caña gigante. O como si me hubiesen anudado el extremo de una cuerda a la cintura y el otro extremo estuviese atado a un avión. Y después he visto que nuestra casa se derrumbaba sin más y me he quedado un buen rato sobre los cascotes. Luego he desaparecido por completo. Me he esfumado. Y luego has llamado por teléfono.

¿Yo qué? ¿Y tú qué?, dijiste.

Respiré hondo y conté hasta diez. Mientras contaba pensé en mi noche.

Uno. Anochece. Me he echado en el sofá a ver la tele mientras tú vuelves en tren de Londres. Veo un programa sobre una mujer que una noche envía a su madre a Dorset para que busque al marido de la mujer, es decir, a su yerno; entretanto unas personas de la BBC arreglan en secreto el jardín trasero de la madre. El jardín es enorme, y mientras excavan el prado alargado y colocan las losas que van a reemplazarlo, los presentadores del programa se muestran preocupados ante la cámara por lo difícil que les resultará completar el episodio semanal con tan poco margen, sobre todo por el mal tiempo que hace. Lluve sin parar. Hay muchos planos de los presentadores y de la hija de la propietaria del jardín refugiados debajo de un árbol viejo y grande. Deciden que el árbol está enfermo. Cuando la lluvia cesa momentáneamente, talan el árbol con sierras

mecánicas y arrancan las raíces del suelo con una excavadora hidráulica. Al final, los presentadores del programa se esconden emocionados detrás de una pagoda nueva mientras la mujer entra con su madre y le muestra el nuevo jardín, que parece un cementerio moderno. La madre mira a su alrededor, perpleja. Cuando los presentadores del programa salen de un salto y la sorprenden, la madre rompe a llorar. Es increíble que seáis vosotros, dice. Es increíble que sean ellos. Sigue un montaje de planos del antes, el durante y el después. Descorchan botellas de champán. Los miembros del programa dan afectuosos achuchones a la hija, al marido y a la madre. La madre sigue moviendo la cabeza, enjugándose las lágrimas y mirando con incredulidad al equipo de la tele.

Termina el programa. Voy a la cocina a comprobar la hora, por si la que marca el reloj del vídeo no es correcta.

Dos. Llamo al restaurante. Me dicen que les debo veintidós libras con cincuenta.

Tres. Voy andando al restaurante y pago la comida. Me la llevo a casa y la guardo, sin sacarla de la bolsa, en el horno apagado.

Cuatro. Te llamo al móvil. Salta el contestador automático. Una grabación me dice que puedo dejar un mensaje. Te dejo un mensaje, consciente de que mi voz suena aguda y extraña. Al final la voz grabada me dice que puedo volver a grabar el mensaje si pulso tres. Pulso tres y borro el mensaje. Vuelvo a encender la tele y vuelvo a tumbarme en el sofá. Los bomberos están en situación de riesgo precisamente porque hay pocos bomberos. Un anuncio de Special K. Billar. Una mujer le dice a un hombre: Lo siento, Luke, lo siento de veras. Un futbolista recurre su sanción por usar esteroides. La respuesta es Gormenghast. Un viejo episodio de *EastEnders* en que todos parecen más jóvenes y la ropa parece anticuada. De las cien personas a quienes se pidió que nombraran un animal que aparece en los cuentos infantiles, nadie respondió «elefante»; la familia de un hombre pierde una vida cuando él responde «elefante». Dibujos animados. Un partido de fútbol entre alguien y Brasil. Una fotografía de un puente centenario y una voz en *off* que dice: En aquella época no había coches en la aldea de mi abuela. Un grupo de pop juvenil. Un anuncio de Kalms. Un viejo episodio de Star Trek. Un equipo de béisbol quiere cambiarle el nombre a su estadio. El tiempo de esta noche (despejado). Se venden fuentes para el horno con forma de corazón. Un viejo episodio de *Coronation Street* en que todos parecen más jóvenes y la ropa parece anticuada. Jerry Springer le dice a un anciano con una sola pierna: ¿así que la conoció en una tienda? Un anuncio de una cadena de televisión digital. A: Morecambe y Wise; B: Mulder y Scully; C:

Bonnie y Clyde. Un cerebro resplandeciente y una voz en *off* que dice: Creo que no hay un yo interior consciente. No somos más que una máquina construida mediante genes. Una idea puede afectar a nuestra mente como si fuera un germen, un parásito. Somos las creaciones de nuestros genes y de nuestros memes. Vuelvo a empezar por el primer canal y es como ver una marea de basura que se acerca flotando, una masa procedente de todo el mundo formada por sustancias que nunca se descompondrán.

Cinco. Apago el televisor. Voy a la cocina y te llamo al móvil. La voz me dice que deje un mensaje. Dejo un mensaje con voz tranquila en el que digo que espero que estés bien y te pido que me llames.

Seis. Subo a la planta de arriba y miro por la ventana. Bajo y vuelvo a llamarte al móvil. La voz me dice que deje un mensaje. Te dejo un mensaje con voz menos tranquila que la última vez y en cuanto cuelgo me arrepiento de no haberlo borrado. Saco mi móvil y te envío un mensaje de texto. DÓNDE ESTÁS? Pulso enviar. El mensaje no te llega. Vuelvo a pulsar enviar. Tampoco te llega. Llamo a mi proveedor de servicios y un autómata me dice que me quedan seis peniques en la tarjeta.

Siete. Abro la puerta y salgo a la calle a echar un vistazo. Avanzo un poco para poder ver la esquina. Avanzo hasta la esquina para poder ver la otra calle. Vuelvo a casa. La luz sale a raudales por la puerta abierta. Voy directamente al teléfono de la cocina y te llamo. Mientras escucho la voz que dice que deje un mensaje, me acuerdo: me has dicho que se te ha estropeado el móvil.

Ocho. Te has perdido. Te has perdido en alguna parte. No sabes dónde estás.

Me planto delante de la nevera y rezo, que es algo que llevo años sin hacer. Hace tanto tiempo que ni siquiera sé por dónde empezar. Rezo de forma educada y desesperada.

Estás en paradero desconocido, no puedo ni oírte ni llegar hasta ti, y estás sufriendo.

Hago un pacto. Prometo volver al catolicismo si regresas de una pieza.

Estás en un lugar que no quieres que conozca, con alguien que no quieres que conozca.

Nueve. Me siento en el sofá. Me miro las uñas. Luego me fijo en la uña del pulgar, primero una y luego la otra. Me pregunto qué pasaría si no tuviese uña en el pulgar, o en el índice, o en el meñique. Sé que es terriblemente doloroso y que se usaba como método de tortura. Nuestras uñas, como probablemente sé por algún programa de la tele, son una reliquia del hombre de Neanderthal y de las

garras de los animales; protegen los nervios de nuestros dedos y están formadas por una proteína, la queratina. Crecen muy rápido, crecen bastante en cuestión de una semana. E incluso nos siguen creciendo después de muertos, igual que el pelo. Siguen creciendo igualmente. Todo el mundo lo sabe.

Pienso en que hace unos años, para morderte menos las uñas, decidiste morder solo una uña al día: la del pulgar los lunes, la del índice los martes, la del siguiente el miércoles. Me obligo a recordar si todavía sigues ese método, o si últimamente te muerdes cualquier uña, o si ya no te muerdes ninguna. No me acuerdo. No sé cómo tienes las uñas, si están muy cortas o algo más largas.

Diez.

Volviste a pronunciar mi nombre desde el teléfono del supermercado.

¿Hola?, dijiste. ¿Cariño? ¿Sigues ahí?

Sí, respondí.

¿Qué has hecho esta noche?

Lo de siempre. Oye, ¿quieres que vaya a buscarte en coche? Será cuestión de media hora.

No, dijiste. Prefiero andar, de verdad. Además pronto se hará de día.

Era cierto; ya estábamos en abril. Después de colgar, yo llamaría al banco, cerraría todas las puertas, me cepillaría los dientes y me acostaría. Pondría el despertador para dentro de cuatro horas, me echaría boca arriba en mi lado de la cama e intentaría dormir el tiempo que me quedaba, con tu almohada sobre los ojos para protegerlos de la luz.

Llamaré al banco por ti, dije.

No cuelgues aún, dijiste.

Miré la hora.

¿Cinco minutos más?, preguntaste.

De acuerdo.

MAYO

Os lo cuento. Me enamoré de un árbol. Era inevitable. Estaba en flor.

Un día como otro cualquiera yo iba al trabajo por el mismo camino de siempre que separa nuestra casa del centro. Ni siquiera me había alejado mucho, estaba a la vuelta de la esquina. Miraba la acera al andar y me planteé si el ayuntamiento pagaría a alguien para que se pasara todo el día mirando el suelo, en busca de los puntos donde la gente puede tropezar. ¿Anunciarían un trabajo así en los periódicos? ¿Con qué título? Inspector de aceras y caminos. Auditor de bordillos. Asesor de erosiones en caminos locales. Me pregunté qué titulación exigirían. El presentador de un concurso televisivo o un sonriente desconocido en una fiesta preguntarían: «¿Y a qué se dedica?», y quienquiera que respondiese diría: Soy director de observación del asfalto, un empleo muy bien pagado que exige un elevado nivel de conocimientos, un trabajo con excelentes perspectivas laborales.

O quizá el ayuntamiento ya no se hiciese cargo. Probablemente una empresa privada enviaba empleados para que comprobasen el estado de las aceras y luego comunicaba sus datos a una comisión del ayuntamiento. Eso era más probable. Recuerdo que llevaba un rato caminando así, anotando mentalmente los lugares que necesitaban repararse, cuando llegó un punto en que ya no vi el suelo. Había desaparecido. Bajo mis pies, la acera estaba cubierta de lo que parecía seda en movimiento. Eran pétalos. Pétalos de un blanco precioso. Levanté la mirada para ver de dónde procedían y lo vi.

Una mujer salió de una casa. Me dijo que me marchara de su jardín. Me preguntó si me había drogado. Le respondí que no. Me advirtió que llamaría a la policía si seguía allí cuando volviese a mirar por la ventana y entró de nuevo en su casa, dando un portazo. Ni me había dado cuenta de que estaba en un jardín, ni mucho menos de que llevaba allí el tiempo suficiente para alarmar a alguien. Salí del jardín, me detuve al otro lado de la cerca y contemplé el árbol desde la

acera. La señora llamó a la policía igualmente y una mujer y un hombre aparecieron en un coche patrulla. Se mostraron educados pero firmes. Me hablaron de lo que suponía entrar en una propiedad privada y merodear, anotaron mi nombre, me hicieron una advertencia y me llevaron a casa. Esperaron para comprobar si tenía llaves y no me lo estaba inventando: aguardaron en el coche patrulla hasta que abrí la puerta, entré y volví a cerrarla. Se quedaron allí sentados delante de nuestra casa, sin moverse y con el motor en marcha, durante diez minutos. Finalmente oí que arrancaban y se iban.

No sabía que quedarse mirando un árbol durante más tiempo del que se había establecido como adecuado podía considerarse un delito. Cuando el coche patrulla se detuvo ante nuestra casa e intenté apearme, no pude; nunca había estado en un coche patrulla y resulta que no hay manijas interiores en las puertas traseras: es imposible salir, a menos que alguien te lo permita. Al principio creí que no encontraba la manija por lo que me pasaba en los ojos. Los tenía llenos de blanco. Solo veía blanco. Había experimentado el altercado con la mujer y los policías a través de un velo blanco en que todos y todo eran voces fantasmales, un drama que le sucedía a otra persona, a alguien que estaba detrás de mí. Incluso después, cuando esperaba en el vestíbulo a que se marcharan, lo único que veía era un blanco cambiante, ondulante, deslumbrante; y cuando ya se habían ido y yo me había sentado en la alfombra y llevaba un buen rato palpando la sorprendente inmensidad de los bultitos y las arruguitas del tejido, solo pude vislumbrar, entre el blanco, los contornos borrosos de los cuadros que colgaban de la pared, la montaña de correo en la mesa del vestíbulo y el rizo negro del cordón del teléfono en el suelo, a mi lado.

Pensé en llamarte. Luego pensé en el árbol. Era el árbol más hermoso que había visto en mi vida. Era lo más hermoso que había visto en mi vida. Tenía una floración de verano, no la de inicios de primavera de tantos árboles y arbustos que aparece en marzo y es el preludio de más nieve y frío. Estas flores eran de un blanco azul cielo, un blanco bruma cálida, el blanco de las sábanas que, de tan cálido el aire, entramos secas del jardín al poco de haberlas tendido. Era el blanco del sol, el blanco que conforma todos los colores existentes, un blanco boquiabierto sobre un blanco boquiabierto, cintas de blanco aromático que subían, bajaban y asentían sin cesar con la única palabra sí, un blanco que se derramaba sobre sí mismo. Era un blanco que ansiaba abejas, que te quería dentro, un blanco polvoreado, moteado de polen. Un blanco más hermoso si cabe por su fugacidad, por estar a punto de desaparecer, a punto de que se lo llevaran el viento y las hojas incipientes. Era el blanco que precede al verde, y

yo sabía que el verde de este árbol sería aún más hermoso que el blanco; sabía que si lo contemplaba cuando brotaran sus hojas, solo olería y oiría verde. Toda mi cabeza —no solo mis ojos—, todos mis sentidos, todo mi ser de la cabeza a los pies se llenaría y se transformaría con su clorofila. Yo ya había cambiado. Miradme. Mientras parpadeaba estúpidamente en el suelo del recibidor e intentaba ver, mientras alzaba la mano ante mis ojos para contemplar su movimiento como si perteneciera a otra persona, supe que jamás volvería a contemplar, sentir ni saborear algo tan hermoso como el árbol que por fin había descubierto.

Me puse en pie apoyándome en la pared. Avancé a tientas hasta la escalera y me agarré a la barandilla. Subí, me arrastré por el rellano hasta nuestro dormitorio y me obligué a echarme en la cama y cerrar los ojos, pero el blanco siguió allí, detrás de los párpados. Palpitaba como un latido; oscuro y más claro; claro y más oscuro. ¿Cuántas veces habría pasado por delante de aquel árbol, cuántas veces habría andado por allí sin verlo? Había recorrido esa calle mil veces, más de mil veces. ¿Cómo podía no haberlo visto? ¿Cuántas otras cosas me había perdido? ¿Cuántos otros amores? No importaba. Ya nada importaba. Los brotes eran como las pezuñas puntiagudas de una manada de diminutos cervatillos. Las flores eran como..., no, no eran como nada; solo flores. Las hojas, cuando saliesen, serían hojas y nada más que hojas. Nunca había visto un árbol tan árbol. Era reconfortante. Pensé en las raíces y el tronco. Me emocioné al pensar que las raíces y el tronco enviaban el agua arriba, a través de las ramas, a los capullos o las flores o las hojas, y luego, cuando llovía, el agua regresaba a través de las hojas para distribuirse por todo el árbol. ¡Tan inteligente! Yo respiraba gracias a eso. Bendije la corteza que protegía el duramen y la savia del árbol. Imaginé sus esbeltas hendiduras. Imaginé que las tocaba. Pensé en el interior, en los anillos que lo rodean infinitamente, uno por cada año de vida y de sus diferentes estaciones, y rompí a llorar como en mi adolescencia. Me acosté boca arriba y lloré riendo como si volviera a tener diecisiete años. Yo no era yo. Tendría que estar trabajando, pero me había echado en la cama y abrazaba una almohada, con mi corazón, o con mi alma, o con mi mente o con mis pulmones o con lo que fuese que me hiciera sentir así, esa embriaguez y esa liviandad; eso que, fuera lo que fuese, se había liberado y había ascendido flotando, y ahora estaba encima de mí, fuera de mi alcance, atrapado en las ramas más altas de un árbol.

Me dormí. Soñé con árboles. En el sueño subía a una habitación que también era un huerto; se encontraba en lo más alto de una vieja mansión cuya planta

baja estaba destartada y en ruinas, y cuya planta superior la formaban íntegramente árboles. Había subido todos los pisos por una peligrosa escalera rota hasta llegar a aquella puerta; dentro me esperaban los árboles, pequeños y quietos bajo el techado. Cuando desperté, veía con más claridad. Me lavé la cara en el cuarto de baño y me alisé la ropa. Tenía buen aspecto. Bajé a la cocina y revolví el armario de debajo del fregadero hasta encontrar los viejos prismáticos de tu padre en su estuche de cuero. Era imposible ver el árbol desde la ventana del baño ni tampoco desde las ventanas de los dormitorios posteriores, pero desde la ventanita del desván, si me inclinaba en un ángulo en que los aleros no se interpusieran en mi campo de visión, vislumbraba el blanco de la copa que resplandecía entre las casas. Si me asomaba por la ventana, podía verlo casi entero. Pero sacar el cuerpo por la ventana mientras guardaba el equilibrio entre los puntales del techo era complicado, por lo que fui a buscar el viejo tablero de debajo del colchón de la primera cama de la parte posterior del cobertizo, lo serré en dos partes para poder introducir las por la trampilla del desván, luego volví a bajar al cobertizo en busca del martillo y algunos clavos y uní de nuevo las dos partes del tablero arriba, en el desván.

Los pájaros visitaban el árbol. Se internaban en su follaje y se posaban unos instantes, a veces hasta un minuto entero, antes de levantar nuevamente el vuelo. Llegaban solos y en pareja, un aleteo oscuro en la blancura. O desaparecían entre las flores. Los insectos, un alimento excelente para las aves, suelen vivir en el tronco y en las ramas de los árboles, que también son un hábitat ideal para las granjas donde las hormigas crían, engordan y ordeñan insectos como los pulgones. (Descubrí todas estas cosas más tarde, en Internet). El tráfico pasaba, ajeno al árbol. La gente también pasaba, en ambas direcciones. Madres que iban a buscar a sus hijos al colegio y luego volvían del colegio a casa. Gente que volvía a casa del trabajo. El sol giraba alrededor del árbol en el cielo. Las ramas del árbol se mecían en la brisa. Sus pétalos se desprendían para posarse sobre un coche o en el césped, o caían exasperantemente fuera de mi alcance, donde no podía verlos. El tiempo voló. Literalmente. Debí de mirar durante horas, toda la tarde, hasta que de pronto habías vuelto del trabajo y me preguntabas a gritos qué hacía en el desván. Bajé, entré en Internet y tecleé la palabra *árbol*. Había mucha información. Lo dejé cuando me llamaste para cenar, volví al ordenador después de la cena y lo dejé de nuevo cuando me dijiste que si no me acostaba enseguida para que tú pudieras dormir un poco te plantearías muy seriamente abandonarme.

Me desperté en plena noche, sintiendo una furia inmensa hacia la mujer que

se creía propietaria del árbol. Me incorporé en la cama. La furia que sentía era inconcebible. ¿Cómo puede creer alguien que posee algo tan *imposeíble* como un árbol? Que estuviera en su jardín no implicaba que fuese suyo. ¿Cómo podía ser su árbol? Era claramente mío.

Decidí que debía hacer algo. Me acercaría sigilosamente, al abrigo de la noche, y arrojaría piedras a su casa, rompería una ventana o dos y me largaría corriendo. Eso le enseñaría que no todo le pertenecía. Eso le serviría de escarmiento. El despertador marcaba las dos menos cuarto. Tú dormías; te volviste y murmuraste algo en sueños. Me levanté con cuidado para no despertarte y me llevé la ropa al cuarto de baño, donde me vestí sin hacer ruido.

Cuando salí, llovía a mares. Busqué unas cuantas piedras de buen tamaño en nuestro jardín trasero, debajo de nuestros árboles. (No es que nuestros árboles fuesen menos importantes que el árbol que había visto, eran bonitos, agradables y demás; simplemente no eran él). Encontré unas piedras lisas que habíamos traído de alguna playa, me las guardé en el bolsillo de la chaqueta y salí por la puerta de atrás para que no me oyeran. De camino a casa de la mujer, pasé por delante de un gran contenedor. El contenedor estaba lleno de ladrillos y losas rotas porque alguien construía un porche y un sendero en su jardín. Nadie me vio. No había nadie en la calle, en ninguna calle; solo luces dispersas en algunas ventanas.

La casa de la mujer estaba sumida en la oscuridad. La lluvia me había empapado y la acera estaba cubierta de pétalos mojados. Me puse la losa partida debajo del brazo y abrí la cancela sin hacer ruido. Podría haberme dedicado profesionalmente a robar casas. Crucé en silencio el jardín y me detuve debajo del árbol.

La lluvia iba arrancándole pétalos que caían empapados y frugales, formando un círculo blanco en la hierba oscura que rodeaba al árbol mojado. Las ramas caladas amplificaban el ruido; la lluvia era un murmullo constante entre el que distinguía las gotas individuales que se estrellaban en las flores individuales. Había recuperado el aliento. Me senté en la hierba mojada, junto a las raíces; los pétalos envolvieron mis botas y, cuando me pasé la mano por el pelo, también se pegaron a mis dedos. Dispuse en una pulcra hilera mis piedras, los trozos de ladrillo y la losa, todo a mano en caso de necesidad. Los pétalos también se les pegaron. Retiré un par. Parecían la estela de una boda. Ahora yo tiritaba, no de frío, sino por la humedad. Era precioso. Me apoyé en el tronco, noté sus rugosidades en la espalda, en mi chaqueta, y contemplé las flores que se desmenuzaban, desprendidas por la lluvia.

Te sientas frente a mí a la mesa de la cocina y me dices que te has enamorado. Cuando te pido que me digas de quién, me diriges una expresión de reproche.

No es *alguien*, dices.

Y entonces me cuentas que te has enamorado de un árbol.

No tienes buen aspecto. Tu cara está muy pálida. Puede que tengas fiebre, o que estés incubando un resfriado. Jugueteeas con el mantel de debajo de la tostadora. Aparento serenidad. No quiero transmitir enfado ni malestar. Observo la hilera de migas que se acumulan bajo el mantel, restos de quien sabe cuántos de nuestros desayunos. Me digo que quizá estés mintiendo por una buena razón porque no sueles mentir, eso no es propio de ti. Pero es cierto que últimamente estás diferente. Has mostrado, sucesivamente, una expresión desafiante, una actitud preocupada y la pureza de la infancia; te marchas a hurtadillas de nuestra cama y de nuestra casa en cuanto crees que duermo y no paras de hablar de la dispersión de las semillas y la reforestación. Anoche me explicaste que un árbol necesita la energía de cincuenta hojas para crear una manzana, que un árbol puede producir millones de hojas, que en el tronco de un árbol hay dos clases de madera, el duramen y la albura, y que es en el duramen donde el árbol almacena sus productos de desecho, y que a los árboles del bosque que reciben menos sol porque crecen a la sombra de otros árboles se los llama sotobosque.

Me he enamorado de un árbol. Era inevitable. Tengo todo el derecho a enfadarme, pero mantengo la calma. Hay un modo de gestionar todo esto. Intento pensar en algo adecuado que decir.

¿Como en el mito?, pregunto.

No es un mito, dices tú. ¿Qué mito? Es auténtico, de verdad.

Vale, respondo en tono tranquilizador.

¿Me crees?

Te creo, digo. Suena como si lo dijera en serio.

Me lleva un tiempo creer de verdad que se trata de un árbol y, claro, cuando me lo permito siento alivio. Más que alivio: júbilo. Después de todos los años que llevamos en pareja, mi único rival ni siquiera tiene genitales. Me paso un buen rato sonriendo por mi buena suerte. ¡Un árbol, por Dios!, me digo, riendo, mientras pago la bolsa de manzanas en el supermercado o arranco una cereza de su tallo, la lanzo al aire y la atrapo alegremente con la boca, esperando que alguien me vea.

¡Qué inocente soy! No tengo ni idea.

Hasta que ocurre algo que hace que me lo tome en serio. Cuando un par de días después vuelvo a casa del trabajo, te encuentro arrancando el suelo de la sala con un martillo y un destornillador. La instalación de ese laminado nos costó una fortuna, y tú y yo lo sabemos. Me siento en el sofá. Me llevo las manos a la cabeza. Tú levantas la vista con expresión alegre. Luego me ves la cara.

Solo quiero ver qué hay debajo, dices.

Hormigón, respondo. ¿Recuerdas que, cuando nos mudamos, el suelo era de hormigón y nos pareció horrible y ese fue el motivo de que instalásemos el laminado?

Sí, pero quería saber qué había debajo del hormigón. Tenía que comprobarlo.

¿Y cómo vas a taladrar el hormigón? No lo conseguirás con un destornillador.

Compraré un taladro en Homebase, me dices. Necesitábamos uno, de todas formas.

Te sientas a mi lado en el sofá y anuncias que piensas trasladar el árbol a nuestra casa.

No puedes tener un árbol dentro de una casa.

Sí que se puede. Lo he investigado. Lo único que hay que hacer es asegurarse de que recibe suficiente agua y de que las abejas pueden polinizarlo. También tendremos algunas abejas. ¿Te parece bien?

¿Y qué me dices de la luz?, pregunto. Los árboles necesitan luz. ¿Y las raíces? Esa es la razón de que la gente los tale, porque las raíces crecen peligrosamente bajo los cimientos de las casas y las levantan. Es una locura que quieras arrancar los cimientos de la casa donde vives, ¿no te parece?

Frunces el ceño.

¿Y qué clase de árbol es?, pregunto.

No me vengas con esas, respondes. Ya te lo he dicho, eso es irrelevante.

En realidad, todavía no se me ha permitido ver el famoso árbol; lo guardas en secreto, como algo muy íntimo. Sé que se encuentra en algún lugar visible desde la parte posterior de nuestra casa, porque la ventana del desván está orientada en esa dirección y te pasas en el desván todas las horas del día que estás aquí. Sé que acaba de echar hojas y que antes, cuando lo viste por primera vez, estaba en flor, y todo ese rollo de que es blanco ya lo he oído varias veces, que ibas a llamarme por teléfono, pero te resultaba imposible dejar de mirarlo, etcétera. Todas las noches, cuando nos acostamos, antes de que yo haga ver que

duermo, me hablas de los árboles sin parar, como si te desesperase la idea de convencerme. La primera noche te pregunté qué clase de árbol era y te ofendiste (probablemente, supuse, porque en tu impostura, en tu intento de ocultarme a tu amante, simplemente se te había olvidado inventarte un tipo de árbol y yo te había pillado) porque la clasificación de los árboles es una etiqueta aleatoria impuesta por personas que necesitan categorizar las cosas, personas demasiado dependientes de la categorización, dijiste agitando los brazos en una clara muestra de pánico; la cuestión es que ese árbol no puede categorizarse, es el árbol más hermoso que he visto en mi vida, eso es todo lo que sé y todo lo que necesito saber, no me hace falta ponerle un nombre, ese es el quid de la cuestión, ¿acaso no lo ves?

No, respondí con voz tranquila y razonable desde el sofá de nuestra destrozada sala. A ver, lo que quiero decir es que algunos árboles pueden vivir en interiores, y otros, no. Se atrofian y mueren. Y me parece a mí, por tu descripción y demás, aunque no lo he visto personalmente como bien sabes, me parece que tu árbol ya es demasiado grande para vivir en el interior de una casa.

Lo sé, dices. Dejas el destornillador a tus pies, en el trocito de suelo que no has destrozado, y te apoyas en mí con inmensa tristeza. Experimento una sensación de triunfo. Noto tu calidez bajo el brazo. Asiento con la cabeza y mantengo una expresión compungida, como si lo entendiera.

Y probablemente sus raíces están demasiado arraigadas para trasladarlo sin hacerle daño, añadido.

Lo sé, dices con voz derrotada. Ya me lo imaginaba.

Y, además, continúo con suavidad porque sé el efecto que tendrá, la cuestión es que tu árbol pertenece a otra persona. No es tuyo para llevártelo sin más, ¿verdad?

Probablemente no debería haber dicho eso, aunque valió la pena porque esa noche te tuve muy cerca, fue una noche en que no me ignoraste, en que no mostraste una actitud fría y distante conmigo. Aunque sin duda es una de las razones de que al día siguiente tenga que sacarte de comisaría, donde te interrogan por haber causado destrozos intencionados en una propiedad ajena. No he hecho nada malo, me aseguras durante todo el camino a casa. Lo repites una y otra vez y me dices que es lo que le has dicho infinidad de veces al policía que te grababa en la sala de interrogatorios. Reparo en que quieres volver por el camino largo, que te empeñas en no tomar el atajo. En cuanto te dejo en casa, de nuevo en lo alto del peligroso desván con la taza de té que te he preparado, me escabullo y echo a andar por las calles que querías evitar. Al principio no veo

nada fuera de lugar, pero entonces llego a una casa de una calle acomodada y sé que lo he encontrado cuando leo las palabras que alguien ha escrito en la acera, con letras grandes de un verde intenso: LA PROPIEDAD ES UN ROBO.

Hay un árbol en el jardín. Lo observo con detenimiento, pero es solo un árbol; nada más que un árbol, con la misma pinta que cualquier árbol viejo, con las típicas efímeras revoloteando a su alrededor en los rayos bajos del atardecer, con sus hojas prietas y nuevas, y la hierba de abajo rala y sombría. Noto que me estoy enfureciendo. Intento pensar en otras cosas. Me digo que el término correcto para denominar a las efímeras es *efemeróptero*; lo recuerdo de la universidad, aunque no recuerdo por qué ni cómo aprendí semejante dato, y sobre todo no comprendo por qué lo he retenido en la memoria todo este tiempo. Pero ahí están, independientemente de cómo se las llame, molestando en el aire. Por un instante, las odio. Fantaseo con fumigarlas con algo que me libre de ellas. Pienso en emprenderla a hachazos con el árbol. Pienso en los dientes de las sierras y en el serrín que haría con los diferentes tipos de madera que se ocultan bajo su corteza.

Me pregunto si una carta anónima al propietario de la casa sobre el peligro que supone el árbol para los cimientos (aunque no está cerca de los cimientos) le incitaría a retirarlo. Estimado señor, me imagino tecleando, antes de quitarme esa idea de la cabeza y dar media vuelta para irme, y al hacerlo veo de nuevo las palabras pintadas en la acera. La forma en que están garabateadas, las letras rápidas, inclinadas y verdes, me recuerdan a ti cuando nos conocimos, cuando, poco más que adolescentes, todavía creíamos que íbamos a cambiar el mundo.

Una mujer aparece en la puerta. Es evidente que quiere que deje de reírme delante de su casa. Me grita que me vaya. Dice que, si no me marchó, llamará a la policía.

Vuelvo a casa. Tú estás arriba, en el desván. Me preocupa que estés allí. No tiene suelo y te mantienes en apasionado equilibrio sobre una fina plancha de madera. Te imagino contemplando el árbol a través de los gruesos círculos de los prismáticos con los que yo jugaba en mi infancia; para ti el árbol está en primer plano, silencioso, cercano pero intocable, moviéndose como en una película de super-8. Te conozco: nunca das tu brazo a torcer; de nada sirve que te grite que bajes. Pero me has dejado ensalada griega en un plato tapado con otro plato en la cocina, con un tenedor pulcramente colocado al lado. Me siento en el sofá delante del suelo arrancado y, mientras como, recuerdo la historia de la anciana pareja que se transforma en dos árboles; acogen a los desconocidos que llaman a su puerta y luego descubren que los dioses los han visitado y les conceden su

deseo. Rebusco entre los libros hasta que encuentro el tomo en cuestión, pero no localizo la historia de los ancianos. Encuentro la del joven afligido que se convierte en árbol y la de la chica celosa que provoca involuntariamente la muerte de su rival y se transforma en arbusto, y la del muchacho que toca una música tan hermosa en los campos que los árboles y arbustos levantan sus raíces y se le acercan para cobijarle bajo su sombra, y la del dios que se enamora de la joven que no lo quiere, que es feliz sin él y que, cuando el dios la persigue, resulta ser una corredora de rapidez excepcional porque es cazadora, y casi lo deja atrás. Pero como él es un dios y ella es mortal no lo logra, y en cuanto comprende que se le acaban las fuerzas y que el dios va a alcanzarla y a poseerla, pide ayuda a su padre, el río. Y su padre la ayuda transformándola en árbol. De pronto, los pies de la joven echan raíces. Su estómago se endurece en forma de corteza. Su boca se sella y su rostro se cubre de musgo; los líquenes cierran sus ojos. Surgen ramas de sus brazos alzados y cientos de hojas brotan de cada uno de sus dedos.

Doblo la página en esta historia. Preparo algunas cosas pendientes para el trabajo de mañana y te llamo, te digo como siempre que voy a acostarme y que si no bajas ahora mismo para que pueda apagar las luces y dormir un poco, te abandonaré.

Cuando estamos en la cama te doy el libro abierto por esa historia. La lees. Parece que te alegras. Vuelves a leerla, apoyándote en mí para alumbrarte. Leo por encima de tu hombro mi parte preferida, la parte sobre la deslumbrante belleza del árbol y cómo el dios, impotente, se adorna con sus ramas. Vuelves a doblar la página, cierras el libro y lo dejas en la mesita de noche. Apago la luz.

En cuanto crees que duermo, cuando respiro regularmente para hacértelo creer, te levantas de la cama. Después de oír que la puerta se cierra suavemente, me levanto, me visto, bajo la escalera y salgo también por la puerta trasera. Esta primera noche me digo que ojalá me hubiese puesto una chaqueta más gruesa; en el futuro, ya lo sabré.

Cuando llego a la casa donde está el árbol te veo allí debajo, en la oscuridad. Te has acostado boca arriba. Parece que duermes.

Me acuesto a tu lado, debajo del árbol.

PARAÍSO

La buena gente del pueblo duerme en sus camas. La mala gente del pueblo duerme en sus camas. Los turistas duermen en los *bed and breakfast* de las casas más grandes del pueblo situadas en las calles más refinadas, perfumadas por setos aromáticos, precio medio por persona y noche entre veinte y treinta libras, más caro con baño en suite, más caro en un hostel, mucho más caro en un hotel. Fuera, al final del desierto camino al lago, donde el monstruo duerme en las profundidades del agua, las colinas y el cielo empiezan a reaparecer invertidos en su superficie. Son las dos y media de la madrugada y hay luz.

No es que la luz se haya ido; entre las once de anoche y las dos de esta mañana la fina línea de azul, que a mediados de verano significa oscuridad, no se ha asentado en ninguno de los horizontes que rodean el pueblo, un paraíso turístico pese a la fiebre aftosa, el lugar que más tarde, este mismo año, los periódicos describirán como la mayor atracción turística de Reino Unido por su espléndido paisaje, su amable población local, su aire puro y su luz de medianoche, habitual e insólita a un tiempo, que impregna el entorno como solo sabe hacer la luz, una garra gigantesca que se cierne imparable sobre los campos, las carreteras de un solo carril y los bosques desinfectados y acordonados; imparable encima y alrededor del árbol de las afueras que solo escasos turistas conocen o encuentran, ese que está junto al pozo cercano a la carretera comarcal, de cuyas ramas, tronco y raíces cuelgan (y también de las ramas de todos los árboles del bosque que linda con la carretera) trozos de camisas, abrigos, ropa interior, faldas, cortinas y cualquier material que pueda rasgarse, así como calcetines, sombreros, pañuelos, bufandas, cosas que han dejado quienes creen que tienen más probabilidades de que se cumplan sus deseos si despedazan algo, algo cercano a ellos, algo que visten o que viste un ser querido, y lo llevan hasta allí y lo cuelgan de un árbol.

El bosque está desierto. No hay nadie en la carretera. Los pedazos de tela se

mecen suavemente, cual hojas aterradoras.

A lo largo de las tierras de labranza, en el estuario y más abajo, en el pueblo, solo se oye el canto de los pájaros que acaban de despertar. Cantan los pájaros en lo alto de High Street, donde dentro del cubículo de hormigón que ha instalado la policía y que, cuando se cierra por dentro, es imposible abrir desde el exterior, un joven yace acurrucado en el suelo después de que tres desconocidos lo persiguieran por la calle cuando cerró la discoteca, todos tras él a altas horas de la noche por las aceras, los aparcamientos y las tiendas de persianas bajadas, gritándole por la zona peatonal que iban a darle una paliza de muerte, rodeando el cubículo de seguridad, pateando y golpeando la puerta, rompiendo contra sus muros lo que sonaban como botellas, hasta que luego todo ha quedado en silencio y han empezado a cantar los pájaros, el joven ha dejado de temblar y por fin se ha dormido. El interior del cubículo siempre está iluminado con una luz a prueba de vándalos. En la pared hay una pantalla y un botón para establecer comunicación audiovisual con la sala de control de la policía y el joven, que tiene clarísimo que nunca va a pulsar ese botón, duerme debajo de la pantalla, encorvado contra la pared del cubículo con un brazo sobre los ojos.

En la acera, junto a la puerta del cubículo, resplandecen los cristales rotos. Los vientres blancos de las madrugadoras gaviotas centellean en lo alto del cielo, y también centellean los tejados de las casas, las agujas de las iglesias y el río negro, allá abajo: no han dado las tres de la mañana y una luz como la del día ya ilumina el pueblo flanqueado por sus nuevos supermercados, el pueblo arrebujado en una curva entre, de sur a norte, su puente, su hospital y su cementerio donde, según se cuenta, hace años dos hombres se emborrachaban un sábado por la noche entre las tumbas cuando, muy oportunamente, justo al quedarse sin bebida, se abrió una puerta en la ladera de la colina y entraron en una sala de altas paredes, excavada en la tierra e iluminada con antorchas de ardiente turba, que tenía enormes cubas de *whisky* y cerveza, todo gratis, y se lo pasaron en grande divirtiéndose y brindando con unos jóvenes desconocidos, alegres y bien vestidos. Estaban muy satisfechos de haber encontrado un nuevo *pub* y de haber conocido a tan elegantes amigos cuando, de pronto, sin previo aviso, la gran puerta de tierra volvió a abrirse y la colina los expulsó, sobrios, a la luz matinal, y como era domingo se encaminaron al pueblo para ir a misa. Pero el pueblo había cambiado, era nuevo, todo era irreconocible, y cuando entraron en la iglesia, mientras avanzaban por el pasillo entre unos bancos ocupados por desconocidos —las buenas gentes que habían pasado la noche durmiendo en sus camas—, los dos hombres se desmigajaron de la cabeza a los

pies hasta que lo único que quedó de ellos fueron dos humeantes montones de ceniza en el suelo de piedra de la iglesia, y eso les enseñará a no emborracharse la noche del sábado tan cerca del domingo, sobre todo en un cementerio.

Ahora, en el siglo XXI, bajo las vacilantes hojas estivales de los árboles perennes, los ángeles victorianos y eduardianos del cementerio de este pueblo presbiteriano están llenos de perdigonazos. Algunos tienen las alas partidas por la mitad o totalmente rotas; la hierba está sembrada de fragmentos de alas de piedra. Hay casquillos junto a los decorosos pies descalzos de un ángel y más casquillos en la hierba, junto al pedestal donde otro descansa con un cáliz en las manos y la nariz arrancada de un disparo. A algún que otro ángel los perdigones le han alcanzado justo en el ojo o en el centro de la frente.

La empresa tuvo suerte de que Kimberley McKinlay fuera la encargada la noche en que los tipos con gorros de agujeros recortados en los ojos entraron en la hamburguesería. Todo quedó grabado en el circuito cerrado: el de delante lleva la tijera de podar, el segundo la sierra y el último una especie de soplador de hojas con su cable y enchufe, que arrastra por el suelo, y que se ve más claramente después, cuando lo agita en el aire para amenazar a Rod, el guardia de seguridad, con la parte del tubo, aunque a saber qué creía que iba a hacer con eso, un soplador de hojas, por el amor de Dios. Pero es una conducta claramente amenazadora, sobre todo por parte del que lleva las tijeras de podar: saltó al otro lado del mostrador y amenazó a Michael Cardie, que atendía al público, y lo inmovilizó contra la pared con la tijera abierta al cuello.

¿Unas patatas fritas para acompañar?, fue lo que le dijo Michael Cardie, probablemente debido a los nervios, cuando el de las tijeras de podar lo inmovilizó contra la pared. Después Michael estaba pálido y tembloroso; Kimberley, que lo mandó a casa temprano, cree que después de lo de esta noche irá al hospital y tendrán que tratarlo del *shock* durante semanas. A la propia Kimberley quizá le den una medalla. La Orden del Imperio Británico. O al menos una suscripción a la BBC digital. Pero no, porque un día, cuando salga, por sus servicios prestados a la humanidad, en las listas que se hacen a fin de año, quizá cuando tenga sesenta años y su foto aparezca en el *Highlands News*, todos lo sabrán, porque el periódico contará que muchos años atrás, antes de que se convirtiera en la persona que acabaría siendo y trabajaba como encargada nocturna de la hamburguesería de un centro comercial, nadie escupía en las parrillas durante su turno, nadie se pajeaba en el cubo de la mayonesa, y si esta noche el encargado hubiese sido el inútil de Kenny Paton todo habría sido muy

distinto; aunque aparte de eso, aparte de esta noche en concreto, lo cierto es que no os recomendaría que comierais allí cuando él es el encargado y todos los chavales que trabajan en el turno de noche están aburridísimos, aburridos del copón, porque Kenny Paton se cree con derecho a vivir del cuento y nunca consigue que nadie haga las cosas bien.

De hecho, Kimberley McKinlay tira el viejo cubo de mayonesa por norma, independientemente de quién haya sido el encargado del turno anterior al suyo, sea Kenny Paton o no. No es mayonesa de verdad. Comparte algunos de los ingredientes de la mayonesa, además de conservantes y un edulcorante. Se sirve en tubos y es más fácil de untar que la mayonesa de verdad. No se queda pegada a los cubiertos. Es más fácil de limpiar. Kimberley McKinlay empieza igual todos sus turnos, es un ritual: tira el viejo cubo de mayonesa con las cubas de grasa del día y destapa uno nuevo recién sacado del almacén. Así está absolutamente segura. Ya se ha planteado denunciar a Kenny Paton, pero no es una soplona, por lo que no será ella quien se chive. Un encargado de mierda. No, no será ella. Las noches que él trabaja, si alguien tiene un antojo a la una y media de la madrugada debería dejar el coche en el garaje, quedarse en casa y, si tiene hambre, comerse unas tostadas; tendría que haber un número de teléfono al que poder llamar para saber si es el turno de Kenny, para no molestarse en salir a la maldita carretera y conducir hasta el centro comercial solo para comer lefa sin saberlo, eso es lo que piensa Kimberley mientras conduce de vuelta a casa a las siete y media de la mañana, parpadeando por la deslumbrante luz del día después de haber pasado toda la noche trabajando a la luz de los fluorescentes. Nunca se sabe qué pasa fuera porque no hay ventanas. Podría estar lloviendo o nevando, o podrían caer ranas del cielo, que no lo sabría hasta que saliera del trabajo y se encontrara el coche cubierto de animales, y hoy es una bonita mañana de verano, el coche arranca a la primera y más tarde hará calor, será un día precioso que ella pasará durmiendo, pero bueno, así es la vida y es lo que tiene el trabajo.

La paga de los encargados es de cuatrocientas veinte libras semanales, impuestos aparte, con incrementos. No es un trabajo difícil. No hay mucha gente que quiera comida rápida a altas horas de la noche, aunque Kimberley se imagina que será diferente en el sur, donde la gente es más estúpida a la hora de decidir qué hace con su tiempo, su dinero y su sistema digestivo. Ella sabe que no le apetecería. A veces entra el loco de turno, pero no hay muchos locos que tengan coche, gracias a Dios, o que se molesten en andar tan lejos, hasta el centro comercial. Sus clientes suelen ser personas tristes y personas solitarias. Hay que saber tratarlas. En invierno hay que mantener a los drogatas lejos de los

aseos, pero en verano vienen menos. También llegan borrachos, ruidosos chavales de catorce años que deberían estar en la cama, parejas que se magrean o se pelean y las prostitutas que se citan con los clientes que llevan al aparcamiento del centro comercial. Hay homosexuales que no tienen otro sitio adonde ir. Kimberley se pasa la noche echándolos de allí. Hay taxistas aburridos. Quizá un día se acabe casando con un taxista; tendría muchos momentos para ella sola con un hombre que tuviese un trabajo así. Hay clientes del supermercado las tres noches que permanece abierto. Muy de vez en cuando entra una familia con hijos que quiere desayunar a las cuatro de la mañana, pero lo habitual es que la hamburguesería esté desierta. Hay un pico de actividad que coincide con el final de la última sesión de los multicines, otro de personas que no deberían conducir que coincide con el cierre de los *pubs* y luego un largo período de tiempo muerto que se prologa durante horas.

Pero nunca están de brazos cruzados porque siempre hay cosas que limpiar y deben limpiarlas. Cuando Kimberley empezó a trabajar aquí, en el turno de noche, iba en círculos del almacén a la cocina, a la zona de servicio, al mostrador y al comedor y luego se dedicaba a limpiar las sillas, sobre todo en los sitios difíciles, en los recovecos del plástico, en las jorobas y las cabezas de monstruo donde se coagula la comida. Su primera noche de trabajo se la pasó restregando comida de los ojos de los monstruos y de las púas de la cola; la verdad es que es una suerte que hayan puesto esos asientos con forma de monstruo, porque todas las hamburgueserías a lo largo y ancho del país suelen tener la misma pinta. El encargado de entonces, que se llamaba Tony y ahora gestiona algo importante en la sede de Londres, se percató de la iniciativa de Kimberley, de que incluso limpiaba el estante más alto, el del nivel del techo, siempre cubierto de restos de comida y de bichitos muertos y de pelusa y de polvo; el aire acondicionado hace que la porquería se acumule ahí arriba y a ella todavía le gusta limpiarlo, es muy satisfactorio. Así es como la ascendieron, le dieron el puesto de Tony, fue una de las primeras mujeres en la empresa que se responsabilizaron del turno de noche y sentó un precedente. Después de esto, quizá hasta le den un puesto mejor, como a Tony, aunque es imposible que se enteren en la empresa porque ella no se lo contará a nadie, y además no se mudaría al sur por nada del mundo, tendrían que darle un puesto importante en Escocia.

Déjalo en paz, rugió Kimberley McKinlay al tipo de las tijeras de podar mientras salía en tromba del almacén para ver qué pasaba ahí delante. Al parecer rugía como una leona furiosa, ella apenas se acuerda, pero ese chico, Dallas, le contó después que gritaba que las cuchillas de la podadora estaban asquerosas y

que las apartase de la zona de alimentos, que si rascaba la pintura era a ella a quien pedirían explicaciones y que Michael Cardie podía coger el tétanos si se cortaba con esas hojas oxidadas. Imagínensela así, rugiendo como un león. Kimberley recuerda de cuando era niña los leones del circo en Bught Park, dando zarpazos al tubo transparente que rodeaba la pista, a los pies del público. Conduce por la carretera larga y recta que lleva al pueblo con los dos parasoles bajados, protegiéndose los ojos con la mano izquierda, muy consciente de su grave ceño fruncido; es joven, conduce tan rápido como le permite el coche, está dispuesta a todo y es una persona capaz de cabrearse mucho. Se pregunta, cuando los coches se acercan y la adelantan y ella ve a los conductores desconocidos en el instante en que los dos coches se cruzan en la carretera, un momento tan rápido que se limita a un fugaz vistazo de la cara, se pregunta qué pensarían esos conductores si lo supieran, y le resulta placentero que nunca lo sepan.

Entraron a robar en el local y al parecer ella se plantó delante de la caja registradora con los brazos cruzados (de eso no se acuerda). Querían el dinero. No os llevaréis nada de aquí, les dijo; lo único que os llevaréis es algo de la carta y tendréis que pagarlo antes y, os repito por última vez, sacad esos artilugios de jardinería del local, pueden estar infectados de *E. coli* y en este restaurante no se permite entrar herramientas de jardinería; si queréis comer algo, tendréis que dejarlas fuera.

Para que nadie los reconociese, se habían calado unos gorros de lana con agujeros recortados a la altura de los ojos; sin embargo, cuando uno de ellos la oyó decir eso, se echó a reír dentro del gorro, como si no pudiese contenerse. Era el que llevaba la sierra, y cuando bajó el brazo Kimberley vio que el otro tenía una mano falsa, una mano que no era real, y entonces lo reconoció: se trataba de Jason Robertson, de Kinmylies, que había perdido el brazo en un accidente de moto y también le habían quedado cicatrices en la cara, ella lo conocía de cinco años antes, del instituto, todos lo reconocían por el accidente. ¿No eres Jason Robertson?, preguntó Kimberley, y el que llevaba las tijeras de podar soltó un taco, y el que esperaba en la puerta con el soplador de hojas arrojó el soplador al suelo y dijo: Ya te dije que te lo taparas con la chaqueta, joder. Por tanto, uno de esos chicos sería Rich Riach, porque él y Jason Robertson eran inseparables; el de las tijeras de podar le resultaba familiar, sí, claro, era Rich quien se escondía bajo ese gorro con agujeros, pero seguía sin saber quién era el tercero, el de la puerta, al que ellos llamaban Kevin, o quizá fuese Gavin. Recordó que en realidad Rich no se llamaba Rich, se llamaba Gordon Riach y vivía en las casas

del otro lado del canal. Había sido un buen jugador de fútbol. Seguía inmovilizando a Michael Cardie contra la pared, con las grandes tijeras de podar en una mano; con la otra se había levantado el gorro hasta la nariz y con la boca sacaba un cigarrillo del paquete.

Oye, tú; aquí no se puede fumar, dijo Kimberley.

A Rich Riach se le cayó el cigarrillo de la boca cuando la abrió para soltar una maldición. Luego no pudo seguir inmovilizando a Michael Cardie contra la pared y coger el cigarrillo que se le había caído. Jason Robertson miraba a Kimberley. Ella le veía los ojos por los agujeros de la lana.

No soy Jason Robertson, le dijo.

Te conozco del instituto, repuso Kimberley, y vio que los ojos de él comprobaban el nombre de su placa.

Kimberley McKinlay.

No iba a tu clase, no te acordarás de mí, dijo Kimberley.

No soy Jason Robertson.

Viene el segurata, Jase, dijo el que llamaban Kevin o Gavin.

Kimberley McKinlay enarcó las cejas. Jason Robertson le dirigió una mirada de hartazgo. Kevin o Gavin se escondió detrás de la puerta con el soplador de hojas levantado por encima de la cabeza, como si fuera a golpear con él a cualquiera que entrase.

El guardia de seguridad se llama Rod, le dijo Kimberley a Jason Robertson. Tiene casi sesenta años. Su mujer no está bien. Y os están grabando las cámaras de seguridad.

Los ojos de Jason Robertson, ocultos en lo más hondo de la lana mal cortada, parecían unos ojos sin rostro.

Hemos tapado la matrícula del coche con cinta de embalar, dijo. La placa de delante y la de detrás. No podrán identificarnos.

Si ella no le decía a nadie quiénes eran, insinuaba él.

Dile a tu colega que saque esas tijeras del cuello de mi empleado, dijo Kimberley, mirándole directamente a los ojos. Sin pestañear.

Imagina tener una mano que no es tuya, una mano que no es una mano. Imagina no tener la mano con la que naciste. Mientras conduce del trabajo a casa, Kimberley mira la mano que cambia de marcha. Se ha hecho la manicura; ahora es la mano de una encargada. La vuelve, con la palma hacia arriba, y le echa un vistazo antes de mirar de nuevo la carretera. Esta es la parte que habría perdido, de haber sido él. Ella sabe dónde tiene la línea del corazón, la línea de

la cabeza y la línea de la vida. La derecha es la mano de lo cumplido, de lo que hemos hecho con nuestra vida, mientras que la izquierda es la del potencial, aquello con lo que nacimos; lo sabe por los libros. Imagina no tener tus líneas, dejarlas a saber dónde, como un zorro o un conejo se dejan la pata en una trampa. No, mucho peor que una trampa. Tuvo que salir despedido de la moto a gran velocidad y chocar contra el suelo o dondequiera que chocase con tal fuerza que perdió el brazo y luego, quizá sin notarlo aún debido a la adrenalina, lo trasladaron al hospital sin que él fuera consciente de lo ocurrido. O quizá se le quemó tanto que tuvieron que amputárselo. Ella no lo sabe. Sabe que Jason iba en moto y que un coche, o algo, apareció en la curva, y que al esquivarlo su moto chocó y se incendió, y en el hospital tuvieron que operarle la cara. Kimberley no recuerda qué aspecto tenía antes. En el instituto era un chico de cabello claro. Después dejó los estudios. Una vez ella estaba en un *pub* y él también. Kimberley ni lo miró, y luego, cuando volvió a casa a acostarse, se avergonzó en la oscuridad por no haberlo mirado.

Kimberley pone el intermitente de la izquierda, aunque no hay nadie ni detrás ni delante de ella.

Luego entró Rod, el viejo guardia de seguridad. Se detuvo en el centro del local y se quedó mirando, como si acabara de despertarse, a los chicos con los gorros de agujeros recortados. Parecía demasiado viejo. Los colores del local siempre le hacían parecer muy viejo.

Kimberley le aseguró que no pasaba nada.

He visto algo en los monitores, dijo él, hablando únicamente a Kimberley. ¿Por qué llevan esas cosas en la cabeza?

Kimberley se encogió de hombros. A mí no me preguntes.

Porque nos gusta ir a la última, respondió Jason Robertson.

Intentan venderme unos viejos artilugios de jardinería, dijo Kimberley. Ya se iban. Michael les estaba tomando nota. ¿Michael?

Michael ha vomitado en el suelo, dijo Dallas.

Dallas, coge la fregona y limpia eso, dijo Kimberley. Se puso detrás de la otra caja y marcó su código numérico. La caja se iluminó. A ver, chicos, ¿qué queréis tomar?, preguntó, y los tres se volvieron y levantaron las cabezas, todavía cubiertas por los gorros de lana, hacia los paneles que hacían las veces de carta.

Kimberley, que es muy buena con la marcha atrás, aparca limpiamente en el reducido espacio y apaga el motor. Se recuesta en el asiento y contempla la

fachada de la casa donde vive. Sus hermanas duermen dentro, una en la parte trasera de la casa, la otra delante. A esas cortinas les iría bien un lavado; seguro que recordará hacerlo antes de ir esa noche a trabajar. Apoya la cabeza en el volante.

Sentaos, les dijo después de anotar lo que querían; os lo llevaré a la mesa.

Rich Riach se quitó por fin el gorro de la cara y también el otro, los dos estaban sudorosos y congestionados, y el otro tenía bolas de pelusa pegadas a los pliegues de la nariz. Kimberley no lo conocía. Era extraño volver a ver a Rich Riach, que parecía mucho mayor. Lo recordó en cuanto lo vio. Jason Robertson se dejó el gorro puesto y esperó en el mostrador para ayudarle a llevar las cosas. Rich es pobre; Jason le dijo que Rich estaba endeudado y que quería el dinero para llevarse a su mujer de vacaciones, porque ella cree que Rich no la quiere desde que descubrió que tenía una aventura con una camarera del hotel Lochardil. El que se llamaba Kevin o Gavin estaba en paro; antes trabajaba en la torre de perforación. Quería el dinero para operarse las orejas y que se las pegasen más a la cabeza, pues opinaba que le sobresalían demasiado y que eso le había arruinado la vida; Kimberley lo miró y no le vio nada raro en las orejas, quizá sobresalían un poco, pero no demasiado. Kevin o Gavin se puso contentísimo cuando Rod le compró el soplador de hojas por quince libras antes de volver a la sala de seguridad, aunque quince libras no iban a servirle de mucho, Jason le contó que la operación costaría una fortuna si lo hacía por la privada. Kimberley le preguntó a Jason Robertson qué quería. No quiero nada, odio la comida de este sitio, dijo él. Kimberley se echó a reír. ¿Las cámaras de seguridad graban veinticuatro horas al día?, le preguntó Jason Robertson.

Le dijo que tenían los planos que usa la compañía para diseñar sus hamburgueserías y que todas son iguales, en cualquier parte del país. Le pidió que le dijera dónde guardaban la caja fuerte para que en el siguiente local por el que se decidiesen supieran exactamente adónde ir. En el almacén, dijo Kimberley, y se lo señaló con los ojos.

Lo que Kimberley quiere es un coche nuevo. No quiere pagar tanto dinero al mes por este coche inútil que solo arranca si no llueve, y ¿eso de qué le sirve? Quiere irse de vacaciones. Quiere pasar una temporada al sol. Quiere dormir de noche, para variar. No quiere saber que hay pedacitos de comida dando vueltas en el aire acondicionado. Quiere que le devuelvan los últimos cuatro años. Quiere ser ella la que vaya a la universidad en septiembre para estudiar medios de comunicación, sea lo que sea eso. Quiere volver a tener doce años y no pensar en nada, volver a tener doce años y poder entrar en una hamburguesería un día

de verano cualquiera, como hoy, y pedir cosas y comérselas en una mesa, y quiere que haya alguien despierto cuando salga del coche y entre en casa, y quiere que alguien le haya hecho la cama a la que está a punto de volver y que estará exactamente igual a como la dejó ayer por la tarde. Quiere lo mismo que quieren todos, pero sobre todo quiere que quede claro, sin tener que pasar por la vergüenza de decirlo, que no quiere que los empleados escupan o se masturben durante su turno como hacen en otros turnos, que con Kimberley McKinlay no se juega, que quede bien clarito.

Les descontó el precio de la comida de las quince libras de Rod, les dio el cambio y se fueron. Luego envió a Michael Cardie a casa en taxi.

Has estado increíble, le dijo Dallas. Has aparecido de pronto rugiendo como un leona, gritando saca esas tijeras asquerosas de mi zona de manipulación de alimentos, no se permiten utensilios de jardinería en este restaurante y si me desconchas la pintura, y si Michael Cardie pilla el tétanos, y si hieres a alguien de mi personal. Ha sido la hostia.

Y escuchadme bien, rugió Kimberley McKinlay en el último turno de anoche en la hamburguesería del centro comercial. Si les ponéis un dedo encima o si se os ocurre estornudar, si contagiáis un solo germen a algún miembro de mi personal, lo digo muy en serio, pringados: no me importa quiénes seáis, os las veréis conmigo.

Saca la llave del contacto, abre la puerta del coche y ya nota en la espalda el calor del sol. No conoce demasiado a ese chico, Dallas; suele estar en el turno de Paton. Le gusta. Es un buen trabajador. Le preguntará al director de la división si lo pueden trasladar a su turno y, si lo pide bien, es posible que se salga con la suya.

Se pasa todo el camino hasta el portal de su casa con una mano en la espalda, mientras con la otra lanza al aire las llaves del coche y las coge al vuelo cuando bajan.

Hace un día precioso y a Gemma, la auxiliar de crucero, la han obligado a quedarse abajo todo el tiempo que dure el desembarco en el día más largo y soleado del año, para guardar cuatro cajas de patatas fritas y medio estante de botellitas de *whisky* en miniatura de dos de esos turistas cabrones.

Hace tanto calor que el suelo está seco bajo sus pies. Nunca está seco aquí abajo. Nunca hace tanto calor. Es la clase de día en que es posible pillar una insolación, y ella se lo está perdiendo. Es cierto que hoy las vistas serán

espectaculares. En teoría debería encantarle. Le encanta. No sería escocesa si no le encantase. Supuestamente debe sentirse orgullosa. No sería escocesa si no estuviese. Lo grabarán. No serían turistas cabrones si no lo grabasen. Se harán fotos. Quizá si no las hiciesen no sabrían si están vivos; quizá significaría que están muertos, o perdidos, o desnudos, si no lo mirasen todo a través de una cámara. Graban el agua que tienen delante con la esperanza de que aparezca algo y ser ellos quienes lo capten. Se inclinan sobre la borda y graban la superficie del lago mientras los barcos lo atraviesan. Graban cualquier basura vieja. Graban los coches que pasan por la carretera del lago. Graban los árboles de las dos orillas. Les encanta grabar todo el jaleo de las esclusas. Siempre graban el castillo, que es patrimonio nacional, y también las embarcaciones de otras compañías que pasan llenas de otros cabrones que a su vez los están grabando a ellos. Siempre hay como mínimo un turista cabrón que quiere sacarle una foto a ella, y muchos más los días lluviosos en que todos se apretujan abajo, helados de frío con los canguros abrochados hasta la barbilla, mareados por el movimiento del barco que los obliga a quedarse ahí sentados grabando la lluvia por las ventanas y a ella, que está como ahora, plantada detrás de la barra.

Hoy, sin embargo, hoy los ciento treinta y nueve pasajeros permitidos (dos excepciones: la mujer que no para de quejarse en alemán de lo mucho que le duele la cabeza y la chica extranjera que lee el libro) se han pasado todo el crucero en cubierta, salvo cuando hacían cola aquí abajo. Bajan cegados por la luz, tienen que apoyarse en las paredes para orientarse en la oscuridad y caminan a tientas por los bancos atornillados al suelo, parpadeando para leer la carta del bar y luego pestañeando hacia abajo, al dinero que tienen en la mano, mientras hablan del día precioso que hace, y sí que lo es, después de zarpar ella ha estado todo el tiempo en cubierta hasta que Andy —*Buenos días, señoras y señores, soy Andy, el capitán del Bonnie Prince, bienvenidos a bordo para nuestra ruta de hoy por el canal de Caledonia y el lago Ness, una de las vías fluviales más hermosas del mundo, llena de lugares pintorescos y hogar del famoso Nessie, anda ya, capitán, si ni siquiera sabe nadar, joder, y a saber qué pasaría en caso de emergencia—* la había mandado abajo a que abriese el bar, pero no antes de que ella tomase el sol un rato y se sacara una propina de veinte libras. Lo necesitarás para tus estudios, le había dicho la señora. Era una anciana que contemplaba las colinas, le había contado que su familia procedía de allí; esto es precioso, había dicho con su acento, dolida y triste, mientras le apretaba el dinero en la mano. Su marido sostenía en alto su cámara Sony. También era viejo. Veinte libras por ser amable durante dos minutos con una pareja de ancianos canadienses. Ella no

quería su dinero, pero ellos habían insistido en dárselo y por eso lo había aceptado, siempre hay que dar a esos cabrones lo que quieren. Es parte del trabajo. Es como los peatones que tienen preferencia de paso en el código de circulación. En cualquier caso, solo le faltan tres meses para largarse de allí. Solo doce semanas. Se habrá largado en menos que eso; diez semanas y media, para ser exactos. No falta tanto, y ser educada tampoco es difícil. Están de vacaciones. No les importa que la mayoría de las fotografías estén trucadas, ni que la más famosa, la del cuello y la cabeza que salen del agua, sea un fraude de un periódico que engañó a la gente durante décadas.

Claro que existe. Claro que lo creo. No sería escocesa si no lo creyera.

No, no; lo llevan viendo desde hace muchos años cientos de vecinos del lugar. Y también cientos de personas de la historia, santos incluidos, y ¿por qué iba a mentir un santo?

A ver, es que es muy tímido, pero si mantiene los ojos bien abiertos, nunca se sabe.

Bueno, yo no lo he visto, pero siempre hay una primera vez, ¿verdad?

Sí, es un lugar muy misterioso, nunca se sabe cuándo alguien tendrá suerte y verá algo.

Sí, claro que puede, adelante. ¿Funciona? ¿Sí? Bienvenidos a las tierras altas escocesas y al Bonnie Prince, la principal embarcación de Cruceros Highland. Este es el lago Ness, el hogar del monstruo, y hoy es jueves, veintiuno de junio. ¿Bastará con eso? Gemma. McKinlay. McKinlay. Pues la verdad es que sí; está emparentado con los Buchanan, que puede que sea el clan más antiguo, el primero, de toda la historia escocesa. Sí, claro, creo que es rojo tirando a amarillo y también tiene azul y verde. ¡Lo sé! No, es un trabajo de vacaciones. A la universidad. Ja, ja, sí que existen esos estudios, pero yo no los voy a cursar, aunque hay gente que se pasa la vida estudiando el lago y parece que en el fondo, en la parte más profunda, porque este lago es profundísimo, pues resulta que el fondo es muy rico en nematodos que no se encuentran en ninguna otra parte del mundo ni tampoco en la historia de los nematodos. Nematodos. Eeh..., no lo sé. ¿Ene, e, eme, a, te, o, de, o, ese? Creo. ¡Ja ja, seguro! Estaría bien. ¡Buena suerte! Gemma. Ge, e, dos emes, a. Como Emma, pero con una G. No, no, no sea boba, no necesito ning... Ay, ¿está segura? Pues muchas gracias, es todo un detalle por su parte. Gracias de nuevo. Ay, no. Que pasen unas buenas vacaciones. Hasta luego. ¡Que les vaya bien!

Claro que existe. Seguro. Es un lugar muy misterioso. La gente, los

científicos, han visto cosas con las sondas acústicas que no pueden identificar ni nada. Sí, baje por esa escalera, hay algunas cosas para picar, refrescos y también tenemos licencia para servir bebidas alcohólicas.

Bueno, yo no lo he visto personalmente, pero siempre hay una primera vez, ¿verdad?

Claro que sí. Claro que existe. Yo no lo he visto, pero estoy segura de que está ahí y nunca se sabe, quizá hoy sea el gran día. Es un día precioso para verlo, ¿verdad?

Precioso. Y le quedan cuatro horas atrapada en este barco, atrapada aquí abajo, detrás de la barra, hasta que todos vuelvan después de visitar el castillo porque la entrada está incluida en su billete, pero luego Highland Cruises carga a esos estúpidos cabrones otras quince libras por el pasaje de vuelta si no quieren volver en autobús, y se pasará todo el regreso oyendo sus quejas porque se han terminado los refrescos, y es la hora de comer, y solo quedan bolsas de patatas fritas, y ella estará atrapada detrás de la barra oyéndolos protestar durante todo el trayecto de vuelta hasta el puente del canal.

La mujer alemana está tumbada boca arriba en el banco, con los ojos cerrados. Gemma sabe que es alemana porque hablaba en alemán cuando ha bajado la escalera sosteniéndose la cabeza y porque su folleto del lago Ness, que se le ha caído al suelo y que Gemma ha recogido junto con todas las cosas que acaban tiradas por el suelo, está en alemán. La chica que lee el libro es muy distinta, Gemma no sabe bien por qué: su ropa parece cara, es bonita, casi guapa, morena y de aspecto europeo, de algún sitio donde siempre hace calor, y no parece nada interesada ni en el lago ni en los árboles ni el castillo ni el monstruo ni en nada; desde que el barco ha zarpado ha estado aquí abajo, sola, leyendo ese libro. Parece como si lo leyera hacia atrás. Parece de la misma edad que Gemma. ¿Por qué alguien va de excursión en barco al lago Ness, por qué se compra un pasaje, si no quiere ver las cosas que se supone que tiene que ver? Esa chica no es consciente de que ella puede decidir leer un libro a oscuras, el día más soleado del año de toda la historia de las Tierras Altas escocesas, mientras que otras personas tienen que permanecer obligatoriamente allí abajo y perderse cuatro horas de sol perfecto y, para colmo, prácticamente ya no quedaban Coca-Colas cuando han pasado por Dochgarroch y también se han acabado las botellas de agua mineral, a esos cabrones les encanta comprar agua, tampoco quedan tentempiés calientes y ella está deprimidísima.

Pero dentro de diez semanas y media estará estudiando *el significado de las imágenes y su influencia en la cultura contemporánea*, como pone en el folleto.

Vivirá en una gran ciudad que solo ha visitado un par de veces. Nadie la conocerá. A nadie le importará lo que haga. No tendrá cerca un sitio tan bonito como este del que tan orgullosa se siente (no sería escocesa si no se sintiera así), ni este barco, ni árboles aburridos y preciosos, ni interminables colas de gente de otros lugares que miran el lago aburrido y precioso. No habrá nadie que le diga cuándo puede y no puede tomar el sol, ni nadie que la siga cada vez que entra en el almacén del despacho, que se le pegue para ver qué puede conseguir de ella y, si no puede, que la vigile para asegurarse de que no se lleva nada que no es suyo, recordándole de quién es el barco y quién le paga el sueldo, y en un día precioso como este, o haga el tiempo que haga en el nuevo sitio, podrá irse a casa después de clase sin que nadie la controle, sin nadie a quien controlar ni nadie de quien preocuparse. La señora que vive más arriba, cuya sobrina es maestra del colegio, la paró ayer en la calle cuando volvía a casa del trabajo y le dijo discretamente que Jasmine cuenta en el colegio —y no solo a cualquiera, sino nada menos que a su orientadora— que sus padres se ahogaron en un accidente de lancha motora. Anoche, cuando volvió a casa, Jasmine había salido, a medianoche seguía sin aparecer y esta mañana Kimberley dormía. Dentro de diez semanas y media será Kimberley quien tenga que preocuparse por la cría de doce años que no ha vuelto a casa pasada la medianoche porque ella estará en otra parte, muy lejos de aquí, descubriendo lo que significan las imágenes y por qué son importantes.

Aunque si sus padres hubiesen volcado en una lancha motora y hubiesen salido disparados por los aires y luego se hubieran hundido en las profundidades del agua... eso sería casi bonito. Muy inspirado por parte de Jasmine, la verdad. Al menos así sabría dónde están. Así podría mirar la superficie del lago y saber que se habían hundido allí. Al menos estarían muertos y eso tendría sentido, en lugar de vivir en otro sitio con otras personas con quienes mantenían relaciones sexuales. Se los imagina vestidos con sus mejores galas, con ropa ligera de verano; llevan una cámara, como el resto de cabrones, y filman el futuro que se acerca a toda velocidad tras la aparente seguridad del parabrisas de la lancha, que cruza el lago con la proa en alto; es justo antes de que gire demasiado rápido y la proa se levante y se levante en el aire hasta darse la vuelta como una tortilla, o una tortita, que es algo que recuerda que su madre les preparó una vez cuando volvieron a casa del colegio, el martes de primavera que se supone que hay que comer tortitas. Se los imagina a los dos de pie, en la pose incómoda de las viejas fotografías de boda; juntos en el mismo espacio aunque ahora su ropa está anticuada, pero qué más da, hasta un espacio con un motor fueraborda a punto de estallar, un espacio que va a volcar de un momento a otro, es una buena opción.

Los dos vuelan por los aires, agitando los brazos y las piernas, el reloj de plata de su padre resplandece en su velluda muñeca, el súbito pánico de su madre ante lo que pueda ocurrirle a su cabello cuando toque el agua, y entonces si alguien pulsa el botón la imagen se detiene como en el reproductor de vídeo, se quedan suspendidos unos instantes en el aire justo antes de desaparecer, y allí están ella y sus hermanas viéndolo no pasar en la tele del fondo mientras, sentadas a la mesa, comen tortitas con azúcar y limón; entonces un limón era exótico, algo que casi nunca tenían en casa, y Jasmine era un bebé chiquitito y ella misma era tan pequeña que el medio limón, recuerda, era inmenso en su mano.

Oye, a lo lejos, una voz que menciona algo sobre el agua.

Parpadea. Lo siento, estaba a kilómetros de aquí, dice.

La chica que leía el libro está delante de ella, al otro lado de la barra.

En otro planeta, añade Gemma. ¿Qué desea?

Un poco de agua, dice la chica. Para esa señora. Creo que debería beber algo.

Lo siento, dice Gemma la Auxiliar de Crucero. No nos queda. Puedo preparar una bebida caliente de las que tiene en la lista.

La chica frunce el ceño, sonrío, niega con la cabeza.

No quiero comprar agua, dice. Solo quiero que me des un poco para la señora que no se encuentra bien.

Lo siento, dice Gemma la Auxiliar de Crucero. No nos está permitido dar agua. Hay que comprar agua embotellada y lo siento muchísimo, pero se ha terminado. Puede elegir otra bebida de la lista.

Señala la Lista de Bebidas enmarcada en la pared, junto a la barra.

¿No está permitido dar agua?, pregunta la chica, mirando a los ojos a Gemma la Auxiliar de Crucero.

El barco se mece suavemente debajo de ellas.

Así es, dice Gemma.

¿Ves a esa señora echada en el banco? Sufre una deshidratación grave. Necesita beber algo. ¿No tienes agua de grifo? Seguro que sí, ¿qué usas para hacer té y café?

La chica no tiene acento extranjero, para nada, la verdad es que su acento es escocés. Pero no parece escocesa y el libro que sostiene en la mano apoyada en la barra está escrito en un idioma cuyas letras Gemma no reconoce; esa lengua, sea cual sea, con esas letras en forma de espiral, le revuelve el estómago, como aquella vez, hace años, que fue a la iglesia baptista y los miembros de la congregación se levantaban continuamente y gritaban cosas sobre Dios cuando

les daba la gana, como si fuesen locos.

La chica le habla despacio y claro, como si tomase a Gemma por idiota. La cabrona.

Lo siento mucho, señora, dice Gemma. Solo se nos permite usar el agua para preparar bebidas calientes.

¿Y por qué no simplemente para beber?, pregunta la chica.

Además el bar está cerrado, dice Gemma.

La chica la mira como si no la hubiese oído bien. ¿Que el bar qué?

El bar tiene que cerrar cuando el barco está vacío.

La chica suelta un bufido de desdén.

Es por la ley de consumo de alcohol, añade Gemma.

Me acabas de decir que puedo pedir otra cosa de la lista de bebidas, dice la chica. ¿Lo tenías abierto hace diez segundos y ahora has cerrado?

Lo siento muchísimo, dice Gemma.

La chica se inclina hacia delante y clava los ojos en los suyos. Sin lugar a dudas su piel es oscura, pero también tiene un claro acento de Glasgow. Gemma retrocede un paso.

Escúchame. ¿Sabes lo que la deshidratación le puede hacer a alguien?

Mientras le habla de sangre, mareos, convulsiones y hospitales, Gemma mantiene la mirada y una expresión educada sin dejar de repetirse mentalmente la palabra, una y otra vez. Cabrona cabrona cabrona cabrona cabrona. Pero ¿qué se creen esos cabrones? ¿Que por venir aquí y comprarse un pasaje pueden decirle a la gente lo que tiene que hacer? Venir hasta aquí y luego ni siquiera querer ver el precioso paisaje. No mostrar el menor interés. Preferir leer un libro escrito en una lengua rara. Se lo tienen muy creído. Gemma casi le dirige una sonrisa burlona, pero se contiene y asiente educadamente, como si la estuviese escuchando. Cuando la chica termina, le dirige su sonrisa más simpática, levanta los brazos, baja la persiana metálica que aísla el bar del resto de la sala y la cierra con el candado.

Oye la incredulidad de la chica al otro lado. Gemma retrocede de un salto cuando la chica zarandea la persiana y la golpea un par de veces. Siente una euforia repentina; es como si una persona distinta la empujara desde dentro de su piel para salir. Se abraza. Tiene el corazón desbocado. Que la chica extranjera se queje cuanto quiera. Dentro de diez semanas y media ella estará lejos de allí.

El suelo está cubierto de los cartones rotos y el plástico desechado de una mañana atareada. El cubo de basura está lleno a rebosar. ¿Quién tuvo la idea de

llamarlos cabrones? No lo sabe, pero es como los llama todo el mundo en el barco y en las oficinas de la empresa. La cola que hacen todas las mañanas para subir al barco llega hasta la calle Mayor. Llevan colores vivos y gafas de sol y un montón de cosas útiles. Están ilusionados como perros esperando la hora del paseo.

Con la persiana bajada apenas entra luz. La única ventana es pequeña y la tapa el refrigerador. Por la rendija de luz visible alcanza a ver el castillo que se mece fuera. No tiene mucho espacio para moverse y no queda nada para beber salvo el agua del café y del té, que no puede tomar porque la necesitará para el trayecto de vuelta.

Esa mujer alemana podría morir.

Se pregunta qué estará haciendo la chica. Ella, en su lugar, lo que haría en caso de emergencia sería recorrer el barco e ir recogiendo los posos líquidos que hubiesen dejado los pasajeros en los vasos, latas y botellas para dárselos a la mujer. Quizá la chica esté haciendo eso. Acerca la cabeza a la persiana, pero no oye nada. Lo asombroso de esa chica era la tersura de su piel. Cuando ha acercado su cara a la de Gemma, le ha visto el cutis y cómo eran sus ojos, eran

Se desploma en el taburete. Los ojos eran preciosos. Su belleza le ha calado tan hondo, sin darse cuenta la ha herido de una forma tan profunda que clava la vista en la persiana que tiene delante porque si la baja quizá vea la herida abierta en su piel; no se atreve a bajar la vista por miedo a estar sangrando. Recuerda la expresión dolorida de la señora canadiense cuando contemplaba el paisaje estival desde cubierta. Toquetea el billete de veinte libras que tiene en el bolsillo. En alguna parte de Canadá, en el futuro, Gemma sonreirá desde una pantalla y le contará a personas que nunca ha visto, ni nunca verá, cosas sobre tartanes y clanes y su tierra natal. Su voz saldrá de una pantalla de televisión en un lugar desconocido. A estas alturas, ya habrá versiones de ella por todo el mundo; versiones sonrientes que habrán cruzado muchos océanos, sin que ella lo sepa.

Quizá debería subir la persiana y salir a ayudar a esa chica. Debería usar el agua de las bebidas calientes. Nadie se enterará; dirá que ha vendido muchísimas tazas de té y café. Hace tanto calor que a nadie le extrañará. Ella pondrá dinero de su paga para que parezca que ha vendido más. Esconderá un montón de bolsas de té en la mochila. La mujer alemana parpadeará y le dirá que le ha salvado la vida. La chica con los ojos capaces de leer idiomas inesperados le sonreirá. Quizá sea de la ciudad donde Gemma va a estudiar. Quizá, cuando el barco ataque y Gemma se marche a casa, la chica se guardará el libro bajo el brazo y seguirá a Gemma la Auxiliar de Crucero a una distancia prudencial,

porque es tímida y sabe que Gemma también lo es. De camino a casa, Gemma andará más despacio para que la chica la alcance; pasarán juntas ante el cementerio, llegarán al final del canal y entrarán en el pueblo, y Gemma le enseñará los lugares de interés. La galería de arte. El museo. La catedral. El teatro. El castillo. Los conejos que comen hierba en la falda del castillo, si tienen paciencia para esperar a verlos. Las focas del río, si tienen suerte, si el río está bajo. Los lugares donde Gemma ha estudiado. La oficina del barco. Gemma tiene llave; todos los demás se habrán ido a casa. No habrá nadie dentro, estará vacía y la luz ya será la luz del atardecer. Se pasa la mano por el pelo. Respira hondo.

Cuando tira de la persiana para abrirla, descubre que está cerrada. Y luego no encuentra por ninguna parte la llavecita del candado. Mira en todas las superficies. Rebusca en todos los bolsillos, uno a uno, y repite la operación. Mira al suelo, a su alrededor, vacía la basura y comprueba su contenido. Levanta el taburete. Vacía las cajas de los sobrecitos de café. Mira detrás de las botellitas de *whisky*.

Tira del candado; aunque es pequeño, no cede. Le da la vuelta para ver la ranura. Hurga con la uña, luego lo suelta. No recuerda si Andy tiene una llave o no. Vuelve a sentarse en el taburete.

No hay nada que pueda hacer. El cubículo donde se encuentra se balancea porque el barco se mece en la superficie del agua, tira de la soga que lo amarra al muelle y todavía falta muchísimo para zarpar, de modo que pasarán siglos antes de que alguien la encuentre, y hace calor, apenas hay aire, y ahora tiene sed y ahí dentro no hay absolutamente nada que le esté permitido beber.

Está borracha, claaaaro que siií. Las copas de los árboles se mueven fíjate. Borracha está bien. Mejor que bien, es lo único que puede hacer, borracha como una cuba ¿o es un cubo?, cuba cubo cuba cubo, y aunque está taja perdida, aunque no controla nada nada, sigue siendo bueeena, porque da ene l blanco. Buena como un tirador, como un tirador profesional, sí sí sí. Le ha dado, fijo que tiene muy buena puntería si le ha dado estando pedo. Ha oído que daba en la losa EN RECUERDO DE CHARLES ROBERT CAMERON NACIDO EL 4 DE DICIEMBRE DE 1907 Y FALLECIDO EL 18 DE MARZO DE 1978. LO QUE EL SEÑOR NOS DA EL SEÑOR NOS LO ARREBATA lo que el señor nos da el señor nos lo arrebatata y la botella no se ha roto, oh vaya. Ha rebotado, sí, habrá dado por la parte gorda del cristal y no por la parte fina del cristal. Puede volver a lanzarla si se levanta y se acerca y la recoge puede volver a lanzarla si se

levanta. Es ella la perjudicada, no la botella. Ja ja ja. Ella es la fina. Ella es la que está pedo perdida eso es lo que está.

Nisiquiera se ha roto, no lo olvides eso es bueno. Se lo ha bebido todo y ya no queda nada porque las otras dos botellas están rotas en la yerba, una masacre como en ese poema de la escuela Inverness y la masacre de Culloden y los jacobitas después de la tragedia cuando matan a todos los jacobitas la chica se pone muy triste por la mas acre mas acra más acá jajaja jeje jajaja. Más acá más allá jo joo. Las otras dos se han roto cuando las ha lanzado a la lápida. Un momento antes no estaban rotas, eran botellas y ahora. Lo que puede pasar en un segundo, ¿eh? Pero no siempre no siempre pasa porque mira esa, la que no se ha roto cuando la ha tirado es alucinaaaante. Y allí está esa botella, tiene que guardarla por si viene el tipo de las escopetas, por si le deja disparar porque ella tiene buena puntería tiene puntería, vaya que sí. Ha sido alucinante, alucinaaaante, que no se haya. Todas las demás están a trocitos. Las etiquetas de papel de las botellas lo único que los mantiene juntos los trozos rotos BACARDIBREEZE. Será mejor que recoja los cristales por si viene alguien con un perro y las patas del perro, sería una pena. Mucha gente saca a pasear a sus perros por aquí pero ella nunca ha visto ninguna mierda de perro. La gente es respentuosa, será por los muertos. Le gustaría tener un perro. No le dejaría pasear por la yerba por respeto a los que están debajo, los que llevan años muertos, fijo que no les gustaría que les pisaran patas de perro ni que los pies de la gente les pasaran por encima, de sus cuerpos, de sus cabezas, todo el día y ¡ja! a veces también de noche. Cathy MacLennan follándose a ese Vaughn MacDonald de tercero junto a las viejas tumbas, bajaba por el camino a las diez y media alisándose la ropa y se cruzó con ella ahí, de vuelta del revolcón, tenía manchas de yerba y le decía a Vaughn que se había dejado el móvil ahí arriba, le decía si él iría a buscarlo y él le decía ni de coña, ve tú, y ella le decía ni en broma voy a subir ahí que está casi oscuro y los dos se decían no ni de coña y entonces ella la vio y dice mira es esa Jasmine McKinlay y ella le grita a Cathy MacLennan no me importa ir a buscarlo, dame tu número de móvil yo llamo desde el mío y tú lo oyes sonar y así lo encuentras, pero Cathy MacLennan pasó de ella, como si ni estuviese allí, y al día siguiente estaban en clase de economía doméstica haciendo bizcochos de fruta y queso cuando Cathy se le acerca y le dice te vi sola en el cementerio, estás como una puta cabra, allí hay drogas y de todo, estás chalada siempre yendo allí sola te vi ayer está lleno de gente muerta, eres un bicho raro si estás allí sin follarte a nadie, ja, la cabrona de Cathy MacLennan fardando de que folla, es un sitio horroroso asqueroso morboso le dice Cathy

Maclennan, pero entonces ella le dijo a Cathy Maclennan, le dijo pues vale cuando te mueras te gustaría ir al cielo y Cathy Maclennan dijo pues claro si es que hay un cielo y entonces ella dijo, ella dijo pues ya ves, si es el cielo es que tiene que haber muertos, eso es lo que es el cielo, no puedes entrar ahí si antes no has salido de aquí jajaja, hay un cartel que pone que ganó un premio, es el cementerio mejor cuidado de toda Escocia segramente por la yerba que siempre está muy limpia y demás, cuando ella vuelve siempre han limpiado las botellas que había roto la última vez que estuvo allí da igual donde las ronpiese, las encuentran y desaparecen y nunca hay ruido, solo los pájaros y el sonido de los árboles y ella ha estado allí montones de veces y nunca ha visto ningún drogata, ni una vez, alomejor si viese uno le daría algo que durase más que tres putos botellines. Alomejor si eres un drogata no quieres acercarte a un sitio así, porque alomejor alucinas, ves muertos y demás. Ese hombre, él no lo es, porque ella le preguntó ¿eres un yonqui? y él dijo que no. Tenía una escopeta de aire comprimido y la otra era otra cosa, se le ha olvidado joder, va Jasmi acuérdate, es... es... jo, no hay manera, más potente que la de aire comprimido, puede destrozar una mano o un cacho grande del hombro, cuando ella miraba todo el hombro desapareció como si nada, quedó hecho minitrocitos de piedra, nunca había visto nada igual. Él dice, el hombre dice que conoce a sus padres. Si él viene esta noche y ella tiene esa botella que no se ha roto, puede preguntarle. Podría colocarla arriba y luego si él le dejase la escopeta porque ella tiene puntería, ¿no? Incluso estando tan cocida como ahora, tío. Le ha dado seguro, no es que no acertara, fijo que ha dado a la lápida, pero la botella no se ha roto. Es como un milagro, como cuando él hizo vino de la nada en la boda en clase de religión. Un milagro que no se rompiese. Podría colocarla encima de la cabeza de un ángel jajaja un ángel con eso en la jajaja cabeza. ¿Quiere un trago, señor Ángel? Si fuese Red Bull te daría alas jajaja no te hacen falta, ya las tienes, mírate la espalda, se ve que ya has bebido je je je, un ángel bebiendo Bacardi Breezer en las nubes ji ji ay Dios ahora me siento mal, mierda mierda para, vale, siéntate un momento ahí, siéntate quieta ahí. Ahí. Ahí. Vale, espera. Vale.

Está vacía pero no está rota. Aunque hace mucho ruido, mucho ruido. A ella le encanta el ruido que hace al romperse. Cada ruido tiene su propio ruido cuando algo se rompe. Cuando la dejas caer desde arriba, el ruido es distinto. Cuando la lanzas con todas tus fuerzas es diferente. Si la dejas caer suave el ruido es más suave. Cuando intentas que no se rompa y se rompe igualmente, también tiene un ruido especial. Todos son diferentes y únicos como cada copo de nieve que cae del cielo, que están todos hechos de cristales de agua y ninguno

es igual que otro, es alucinante. ¡La nieve, joder! Ya nunca volverá a nevar, hace tanto calor, hoy ha sido el día más caluroso que recuerda, no puede pensar en nieve, ni imaginársela siquiera, cómo volverá a haber nieve, ¿eh? ¿Otra vez? ¿Cómo? ¿Eh? Hace tanto calor en el mundo que ya nunca volverá a nevar en Navidad ni en nada. El camión que lleva a Beelén baja hasta el valle que la nieve cubrió hoy el suelo ni siquiera está húmedo, el verano es una puta maravilla, hasta podría dormir aquí esta noche, estaría bien, nadie aparecería porque en esta época cierran las puertas a eso de las diez, pero a esa hora todavía no está oscuro ni nada hasta más tarde y las abren por la mañana para que la gente pueda visitar el cementerio antes de ir a trabajar, ella supone que para ver a sus seres amados y palmados, jajaja, madrugar para llorar a sus muertos, anoche amaneció muy pronto, a saber la hora, pero era muy muy temprano cuando ella volvió andando a casa, no se marchó de aquí hasta que hubo algo de luz, y cuando llegó a su casa ya era de día.

Y si el móvil de Cathy MacLennan empezaba a sonar aquí arriba y nadie respondía, si alguien que llamaba escuchaba el bipbip mientras el teléfono sonaba en la yerba y solo los pájaros y los árboles y las piedras podían oírlo.

Se pregunta qué melodía tendrá el móvil de Cathy MacLennan. ¿La de un programa de la tele? O un tema de S Club. O alomejor estaba apagado.

Joder se le está pasando la curda, ¿eh? ¿Eh? Mira, los árboles se siguen moviendo, está casi oscuro pero ella sabe que no oscurecerá mucho más, aunque tampoco queda nada en ninguna de esas botellas, estén rotas o no. Pasa el dedo por donde la etiqueta sostiene los cristales rotos pero no queda nada para beber dentro de los trocitos y no, cuidado o ella ay mierda, qué putada. Lo chupa para que deje de sangrar. Menos mal que no ha metido la lengua para ver si quedaba algo. Una pena que no queda nada de alcohol, porque es antiséptico. Será médica y lo curará todo cuando tenga el título, cuando se lo haya sacado todo en la carrera le dicen todas las carreras que podría hacer si quiere, que podría hacer lo que quisiera porque dicen que ella, si usa el cerebro, pero también le dicen *tienes que ponerle voluntad, porque nadie lo puede hacer por ti salvo tú misma*, pero si te pones en ese plan de estudiar y la gente lo ve, como esa Jacqui que nadie le habla porque es una empollona de mierda que se cree yo que sé, mírala, y si tú eres así todo el tiempo la gente te dirá quién coño te crees que eres y de qué vas y demás. No, molaría que le tocara la lotería y así no tendría que currar, o ser famosa en la tele, en una casa como *Gran Hermano* o en un grupo pop que gana un concurso, o no, porque ella será tiradora y se alistará en... cualquier sitio donde necesiten a alguien con buena puntería, tienen que estar muy

buscados. Se necesita gente con puntería. Porque incluso cuando está peda, no, pedo, mierda, ya vuelve, ay ay ya vuelve a empezar, mierda. Se golpea el dorso de la mano contra el tronco del árbol, por encima de la cabeza, es un pino, ay ay ay, no lo bastante lejos, la herida del dedo le duele, ay, joder, tres no basta, tres, ni siquiera es de noche, mira, todavía los ve moviéndose en el cielo y ella empieza otra vez. El dedo le sale sangre y le duele. Tres no basta, acuérdate Jasmi, la próxima vez compra cuatro, alomejor cinco, pide el dinero a Gemma, dile que para una excursión escolar al Parque Kincaig. Alomejor él vuelve, anoche se lo pasó bien con él. Estaba casi tan oscuro como ahora. Todavía ve las copas de los árboles, pero apenas. Eso estaría bien. Que él volviese esta noche. Anoche lo vio junto a los ángeles y ella se le acercó y le preguntó, él dio un salto cuando la vio, ella creyó que alomejor era un drogata y pensó que alomejor tendría algo, así que le preguntó si lo era y él le dijo que no. Se quedó ahí plantado, la miró y dijo:

No.

¿Pues qué eres? ¿Un guardabosques?, le había pre-guntado ella. Estaba bastante sobria y pensó que alomejor era por los zorros o los pájaros o las ratas o lo que estuviese prohibido allí que él llevaba dos escopetas, una en cada brazo, y estaban dobladas. O la palabra que sea para decir que están abiertas, dobladas por el sitio donde las cargas, dobladas en el brazo, le colgaba una de cada brazo, es bueno recordar eso, que se dice abiertas.

No.

¿Es para disparar a animales por diversión?

No.

¿Para disparar a las gaviotas?

No.

¿Es para disparar a los intrusos, como yonquis y así? ¿Eres el guarda del cementerio?

No.

Bueno, pues si no es para disparar a nadie ni a nada que esté vivo y aquí solo hay gente muerta que no hace falta que los dispaes, ¿a qué coño vas a tirar?, la había preguntado. Era viejo, no parecía un pandillero de esos que hay en las bandas. No parecía policía ni nada. Deja una de las armas en el suelo y le puso un pie encima.

No perjures, dijo él.

Cerró la otra escopeta y se la acercó al ojo y disparó. Hizo mucho ruido y

cuando le dio al ángel le arrancó una borla de piedra, ella fue a mirar y le había dado en la mano donde la mano estaba medio cerrada a la altura del corazón y tenía todos los dedos rotos por los perdigones.

¡De puta madre!, dijo ella, sacudiéndose el polvillo de piedra de la camiseta.

Apártate de ahí, dijo el hombre, indicándole con el arma que se acercara. Luego dejó esa arma y le puso un pie encima, cogió la otra, la cerró, se la acercó al ojo y disparó al ángel. Todo el hombro desapareció. El hombre esperó a que los pájaros dejaran de hacer ruido y se posaran en los árboles y luego, cuando pararon, volvió a disparar la misma escopeta y todos los pájaros se pusieron a chillar de nuevo. La parte alta de la cabeza y la cara del ángel volaron por los aires. Luego él abrió las dos escopetas y se las colgó de los brazos y dio media vuelta y se fue.

¿Puedo disparar?, le preguntó.

Ve a casa a acostarte, niña, dijo él mientras se alejaba, no deberías andar sola por ahí a estas horas. Tus padres son unos pecadores por permitirlo.

Ella se quedó flipada. ¿Cómo es que conoces a mis padres?, gritó a la espalda que se alejaba.

El hombre se detuvo. Soltó como un ladrido. Se volvió con sus armas al brazo, se acercó y se detuvo junto a una de las estatuas.

Si le dices a alguien que me has visto, Dios te castigará. Así que no lo cuentes.

Vale, dijo ella, pensando que si quería ser un friki religioso, allá él. No se lo contaré a nadie si me dejas disparar una vez.

El hombre la miró como si le tomase medidas para hacerle ropa. Luego miró su reloj. Luego alzó la vista al cielo entre los árboles. Suspiró. Rápido, dijo, antes de que vuelva la luz y alguien nos vea.

Cerró la escopeta. No toques, dijo. La sostuvo delante del ojo de ella. Ella miró y no pudo ver nada, luego el hombre le puso la mano en la cabeza y se la sujetó y ella vio un círculo de cristal en el telescopio del arma, un remolino de luz negra, debía de ser el cielo, luego los árboles muy cerca y la valla junto al canal y luego las lápidas como columpiándose. Después él apartó la escopeta.

Mira, dijo el hombre. Se llevó el arma a la altura de la cabeza y disparó al ángel que tenía los dedos pegados a la barbilla. Ella corrió y recogió el pedazo de piedra de la yerba. Algunos dedos seguían pegados a la barbilla, pero el lugar donde tenía que haber una mano estaba vacío. La mano estaba rota en la yerba. Ella trajo un trozo de vuelta. El hombre lo cogió y lo arrojó a los arbustos.

Ahora ese, dijo, y aunque era un poco viejo giró sobre los talones como un vaquero de película y disparó a uno en la cabeza y a otro en la Biblia.

Es el pastor de una iglesia. Los ángeles son ídolos. Es su trabajo. Él le enseñó a distinguir cuándo una escopeta está lista para disparar y cuándo no.

Entonces amaneció de verdad y el hombre se fue.

Dentro de la cabeza rota del ángel, del ángel al que el hombre había disparado en la cabeza y en el hombro, la piedra era blanquísima. Esta noche la vuelve a mirar. Todo el cabello rizado del ángel le cae sobre el otro hombro, pero no sale de ninguna cabeza porque no hay. Aquel hombre es un tirador de los buenos. Un profesional. En el trocito del cementerio donde están los ángeles, hay muchos decapitados o mellados. Solo una parte del cementerio tiene ángeles, la zona próxima al canal, no hay ángeles en ningún otro sitio. Es porque una de las religiones tiene ángeles y en la otra están prohibidos.

Ella sigue preguntándose de qué conoce ese hombre a sus padres. Sus padres pasan de la religión. Él no le dijo de qué los conocía. Alomejor le tomaba el pelo. Se pregunta, si es que los conoce, si los conoce a los dos o solo a su madre o solo a su padre. Se pregunta si ese hombre les diría que la había visto y dónde estaba y qué hora de la noche era y que ella merodeaba por el cementerio y que no estaba en casa ni nada. Pero mientras no se lo cuente a Kimberley, todo irá bien. Se pregunta si el hombre conocerá a Kimberley. Ahora está sobria. ¿Y qué narices quiere decir eso? Pues que puede sentirlo todo, joder, cada puta cosa del universo, puede sentirlo todo. La piedrecita debajo de la pierna, la yerba que le cosquillea en la muñeca, el aire tibio que la rodea, la tristeza de las luces encendidas en todos los dormitorios de las casas que dan al canal y que vislumbra entre los árboles y la alambrada, el dedo que le duele muchísimo y todo lo demás. Se lo ha envuelto en una hoja de acedera y lo aprieta para que no sangre.

Ya no va a oscurecer mucho más, así que si el hombre viene llegará de un momento a otro. Ella tiene la botella que no se ha roto —es alucinante—, pero ya no está borracha, la verdad es que no, y lo que quería era ver si podía acertar, darle cuando estaba pedo, porque eso sería muy impresionante. Pero también estará bien comprobar su puntería estando sobria. Porque primero quiere saber si tiene puntería. La escopeta más grande tenía pinta de pesar mucho, y la otra no sabía, no sabía si para ella será demasiado difícil abrirla, si necesitará que la ayuden o si podrá hacerlo sola, eso es lo que quiere saber.

Los ángeles levantan al cielo su mirada vacía y recatada.

Los hombres siguen de juerga dentro de la colina de los muertos.

Las gaviotas se reúnen en la ribera, dispuestas a empezar el día.

En el cubículo de cemento duerme otra persona, quizá una autoestopista con la cabeza apoyada en la mochila, o tal vez un vagabundo que la policía debería perseguir, vaya que sí, en lugar de darle alojamiento y comida gratis.

Las mil telas que cuelgan del árbol junto al viejo pozo doblan las ramas, inmóviles.

El monstruo dormita en las profundidades del lago y al mover su gran aleta enturbia el agua de arena.

Los turistas duermen en las camas de los hoteles, de los hostales y de los *bed and breakfast*.

La buena gente del pueblo. La mala gente del pueblo.

A medianoche, luz.

EROSIÓN

¿Qué necesitáis saber de mí para esta historia? ¿Qué edad tengo? ¿Cuánto gano al año? ¿Qué coche conduzco? Miradme, aquí estoy en el inicio, el nudo y el desenlace a un tiempo, un ser enamorado de alguien que no me corresponde. Despierto con la idea luminosa y nueva de ella; luego sigue la esperanzada embriaguez del día y al fondo, sombría como una bombilla fundida, la palabra *nunca*.

Vislumbro a alguien en el espejo del vestíbulo. Vuelvo a mirar. Soy yo. Es la primera vez que me veo desde hace días, parece que haya dormido con la ropa puesta. Voy a la cocina y reparo en que los platos amontonados tienen una costra de podredumbre. No recuerdo haberme comido ninguno. Entro en la sala; los libros están desperdigados por el suelo.

Salgo al jardín y contemplo el manzano. Es un manzano joven, lo planté hace tres años. Es tan alto como yo. El primer año dio una manzana comestible, de sabor intenso y agradable. El segundo dio tres. Este año asoman numerosas manzanitas; hay más de diez. Pero las hojas nuevas parecen mustias. Cuando me acerco, veo que los brotes de las ramas están plagados de unos pulgones de color gris y morado. Las hojas nuevas más grandes, que por delante parecen limpias y sanas, tienen insectos apiñados como ladrillos en el dorso, y los extremos de varias hojas aparecen firmemente enrollados, lo que las está matando. Cuando las desenvuelvo descubro escenarios de mugre diminuta, como si cada hoja enrollada albergara en su interior su propio vertedero.

Alrededor de toda la base, subiendo y bajando por el tronco del joven árbol, guardando el equilibrio en los extremos de las ramas, examinando la acumulación de pulgones y las nuevas y dulces posibilidades de la hoja: hormigas.

NUDO

Pero no podré hablar mucho rato, me estoy acercando a Londres y pronto empezarán los túneles, dice mi amiga.

No, oye, estoy bien. De veras. Estoy bien. Solo quería preguntarte: tengo el manzano lleno de hormigas y las hojas infestadas de pulgones.

No lo fumigues con insecticida, dice mi amiga. Te cargarás las manzanas, la tierra y el árbol. Olvídate de matar las hormigas. Es una granja de hormigas que cultivan pulgones. Tendrás que pedirles que se vayan. Con educación. Oye, voy a entrar en

¿Un monasterio? ¿Coma? ¿El infierno? En cualquier caso, ya no la oigo. Cuelgo el teléfono, esquivo los libros del suelo de la sala y salgo de nuevo al jardín. Voy directamente al árbol y me fijo en una hormiga que tantea el extremo de una rama. Levanto la rama a la altura de mi cara hasta que la hormiga está tan cerca que la veo desenfocada. No ha reparado en mi presencia, no repara en nada salvo en el extremo de la rama que ahora me acerco a la boca como si fuera una suerte de micrófono. Vete, por favor; le digo. Este es mi manzano y estás matando las hojas. Por favor, diles a las otras hormigas que se marchen contigo.

¿Un poco de jardinería?, pregunta mi vecino desde el otro lado de la cerca.

Lo que está diciendo en realidad es: ¿Por qué vuelves a estar en casa a media tarde y no en el trabajo?

Hoy has llegado a casa temprano, le digo.

Día libre, me dice. ¿Y tú? ¿No te encuentras bien?

Lo que está diciendo en realidad es: ¿Te han echado? ¿Te han despedido? ¿Ahora gano más dinero que tú? ¿Podrás pagar la hipoteca o tendrás que vender la casa? ¿En cuánto te la valoran? Porque probablemente la mía valga más, ya que he hecho más mejoras que tú.

No, no, estoy bien, le digo. Añado que estoy en excedencia. ¿Sabes algo de hormigas?

¿Hormigas? Dicen que hay que matarlas. Es lo único que funciona. Si no, lo invaden todo.

Lo que está diciendo en realidad es: Cuidadito con que invadan mi jardín.

Saca el cortacésped del cobertizo, corta el césped de su jardín aunque ya lo cortó hace solo tres días y luego vuelve a guardar el cortacésped.

Lo que está diciendo en realidad es: No cortas el césped como es debido. Mira tu jardín. Mira en qué estado lo tienes, joder.

Entra en su casa; oigo que cierra de un portazo. Ya llevo media hora

esperando junto al árbol y no parece que las hormigas hayan cambiado de actitud. Es evidente que no se marchan. Saco la vieja bicicleta del cobertizo y durante todo el trayecto al centro comercial pienso en ella en la piel de su axila y en cuál será su tacto e imagino la curva y el peso de su pecho cuando se alza hacia mi boca y mis ojos; por eso, cuando llego al centro comercial entro en el supermercado, donde suelo comprar, y no en la tienda de bricolaje, que es donde quería ir. Me detengo en el pasillo de la fruta y la verdura, sin tener ni idea de qué hago allí.

Una aprendiz está amontonando nectarinas, aparenta unos quince años. En su placa pone ANGELA PARA SERVIRLE.

Le explico a Angela lo de las hormigas. Me mira como si no hubiese oído nada semejante en la vida. Me mira la ropa y el pelo. Se aleja. Poco después se me acerca una mujer de unos treinta años. En su placa pone HELEN SELLAR SUPERVISORA.

¿En qué puedo servirle?, dice.

Le explico lo de las hormigas.

Guindilla en polvo, dice. Una hormiga no pisará la guindilla en polvo. No les gusta que se les pegue a las patas.

Gracias, le digo.

Me dirijo al pasillo de las especias y compro cuatro paquetes de guindilla en polvo suave. La compro poco picante en lugar de muy picante porque no quiero lastimar demasiado a las hormigas. Angela y Helen Sellar me observan mientras pago y mientras me marcho: me siguen observando desde el escaparate del supermercado mientras abro el candado de la bici.

Cuando vuelvo al jardín, rodeo el árbol con una barrera formada por el contenido de dos paquetes. Las hormigas siguen subiendo y bajando y andando bajo el árbol y cruzando por encima de la barrera naranja como si la guindilla en polvo no estuviera allí, como si no fuese más que tierra.

Entro en casa y llamo a mi padre.

Estoy viendo el fútbol, me dice.

No cuelgues, grito.

Vuelvo a llamarle enseguida. El teléfono suena largo rato.

¿Qué?, dice cuando por fin contesta. Tienes que pintar el tronco de blanco. No les gusta el blanco. Nunca pisan nada que sea blanco. No todo el tronco, y no lo pintes con esmalte, por Dios, o dañarás el árbol. Emulsión. Un anillo alrededor, eso las detendrá.

Vuelvo a entrar en el cobertizo y encuentro un viejo bote de pintura. Abro la tapa con un destornillador. Como no encuentro ningún pincel, uso el destornillador para aplicar ocho centímetros de blanco alrededor de la base del tronco.

Me siento en la hierba y espero a que la pintura se seque. Vigilo para que ninguna hormiga se quede pegada a la pintura antes de que se haya secado.

DESENLACE

Derribo una hormiga del extremo de una rama. Cojo otra y la aplasto. Veo otra que baja corriendo por el tronco y la mato con el pulgar. Varias hormigas más corren asustadas por el tronco. Mato todas las que puedo. Luego dejo de matarlas. Pueden cargarse el árbol si quieren. ¿Qué puedo hacer yo? Nada.

Entro en casa y empiezo a colocar de nuevo los libros en los estantes por orden alfabético.

Después vuelvo a salir al jardín y empiezo a cavar alrededor del árbol. Cavo hasta llegar a las raíces. Aunque hace solo tres años que está aquí, las raíces del manzano son muy firmes. Uso la pala para cortarlas y luego tiro con todas mis fuerzas hasta que arranco el árbol de la tierra.

INICIO

Me enamoro.

Más metafóricamente hablando, voy un día andando por la calle cuando de pronto me alcanza un rayo. Es un rayo que sale de la nada; no llueve, ni siquiera está muy nublado. Hace buen día, aunque es probable que el rayo esté relacionado con el excesivo calor del sur y el frío más intenso del norte, el encuentro entre los dos frentes. Cuando chocan es como si alguien me golpeará en la nuca con un bate de béisbol o me enchufara a una toma de corriente cuya potencia me ilumina todo el cuerpo. Pese al aturdimiento, resplandezco. Brillo tanto bajo la ropa que tengo que taparme los ojos. La luz me sale por los puños de las mangas, por encima de las manos. Me siento sobre las manos y me quedo pestañeando en el bordillo.

Ella detiene su coche en medio de la calle. Deja la puerta abierta y se me acerca. También está iluminada, también brilla como si ella fuese el verano. Te he visto, lo he visto todo, me dice. Describe la súbita luz que ha bajado del cielo

y asegura que me ha dado directamente en la nuca. En efecto, cuando me toco el cráneo noto un punto quemado en el pelo, que todavía huele un poco a chamuscado.

Puedo decirles que tiene el pelo amarillo.

Puedo decirles que tiene unos veinticinco años.

No tengo ni idea de qué coche conduce.

Días después, semanas después, posiblemente meses, me he enamorado del cielo, de la tierra, de las abejas que retozan en el polen de las flores. Cuando despierto soy una persona enamorada. Cuando me duermo soy una persona enamorada. Hay hormigas en mi manzano, que matan sus hojas. Las dejo hacer. Amo a cada una de ellas, cada invisible huella de ADN que dejan en la corteza. Les deseo suerte. Espero que sus pulgones engorden. Amo a sus pulgones. Amo no solo a mi amiga a la que amo porque es mi amiga, sino también a mi vecino y a Angela y a Helen Sellar del supermercado. Amo a mi malhumorado padre. Entro del jardín y me siento en la sala entre los libros que he sacado de los estantes, porque de lo contrario, ¿volveré a cogerlos y abrirlos de nuevo? Abro al azar mi antiguo diccionario Chambers del siglo XX. Todo tiene sentido. *Gordiano*: como en nudo gordiano. *Hílico* significa corpóreo. *Necesidad* significa carencia de lo imprescindible; un estado que requiere aliviarse. *Peltre* es una aleación del cinc. *Destello* es un resplandor momentáneo u oscilante, una centella, el brillo de un rayo, que en ocasiones puede utilizarse figuradamente, por ejemplo, «destellos de inteligencia», un rayo de esperanza.

Me tumbo en el suelo con la cabeza sobre los libros y los pies en alto sobre más libros, y me quedo mirando el techo y su vieja lámpara llena de bichos y en este punto de la historia hasta el techo es magnífico.

EL CLUB DE LECTURA

La chica desaparecida tenía mi misma edad. Publicaron su fotografía escolar en los periódicos y en las noticias de Escocia, lo que en aquel entonces me pareció muy emocionante porque en la tele nunca salía nada de donde vivíamos, ni siquiera en la tele escocesa. Yo tenía diez años. Pasé las largas noches luminosas de aquel verano jugando sola, entrando y saliendo del invernadero que mi padre construía en nuestro jardín trasero. Todavía no tenía plantas ni cristales, solo el suelo de hormigón, la estructura de los laterales y el techo y la puerta nueva, tiesa en sus guías. Podía pasar el brazo por el cristal inexistente e imaginar que atravesaba un muro sólido, como en *La mujer biónica*. Podía asomarme por la parte superior de la puerta como si fuese la de un establo, o agacharme bajo la barra metálica del centro de la puerta y cruzar por debajo sin abrirla.

Oí que mi padre hablaba con alguien en la cerca, junto a los garajes. Me llamó para que me acercara. Le encantan los libros, le decía mi padre al hombre. Oye, me dijo, este hombre dice que puedes elegir el libro que quieras de su furgoneta, y que cuando lo hayas leído, lo devuelves y puedes coger otro.

El hombre se llamaba Stephen; vendía libros por las Tierras Altas y las islas. Su furgoneta estaba llena de libros. Tenía unos peldaños plegables en las puertas traseras; entré porque mi padre me dijo que podía entrar. No era una biblioteca, no eran libros de préstamo, sino de compra. Tenían títulos como *Papillon* y *Shogun*. Elegí uno sobre alguien que buscaba a alguien, con la actriz que ahora sé que es Diane Keaton en la cubierta, sonriendo y fumando un cigarrillo. Lo elegí porque ella era guapa.

Si lo cuidas, dijo el hombre de la furgoneta, podré seguir vendiéndolo.

Me mostró cómo sostenerlo y curvarlo suavemente para que el lomo no se arrugase y para no manchar el borde de la página con las manos sucias. Lo leí en la cama. Iba sobre sexo, luego alguien la mataba. Todas las noches sostenía el libro como él me había enseñado en consideración a la persona que lo leería

después, quizá alguien que vivía en una de las islas. Alguien de allí arriba lo compraría en la furgoneta y lo tendría en su casa, y debía asegurarme de que no supieran que yo lo había leído antes. En mi escuela había una niña de las Hébridas exteriores. Hablaba como si sus palabras tuvieran más sonidos y unos bordes recargados, como los tapetes de ganchillo que mi madre fijaba con largos alfileres a los respaldos y los brazos del tresillo de la sala.

Mi madre me miró fijamente por encima de los platos del desayuno.

Estás un poco pálida, Iona. Ven aquí.

Me tocó la cabeza. Yo me había dormido mucho más tarde que los demás porque había estado leyendo y releendo las partes sobre sexo y la parte del final en que el hombre lo hace, con el libro abierto lo mínimo y la cabeza en ángulo para intentar descifrar las palabras que quedaban ocultas en los extremos interiores de las líneas.

Anoche me quedé leyendo hasta tarde, dije.

Mi madre untó mantequilla en su tostada con un movimiento directo y seco del cuchillo. Mis padres no leían libros. Si trabajabas, no había tiempo para eso. Mi madre, sobre todo, ni tenía tiempo ni le veía la utilidad, por lo que todavía me sigue sorprendiendo que una de las pocas cosas que conservo de ella, diez años después de su muerte, sea un libro. *Rip van Winkle y otros cuentos* de Washington Irving. Me lo dio una tarde cuando yo tendría poco más de veinte años, un verano en que había vuelto a casa de la universidad; puedes quedártelo, me dijo. A saber dónde lo tenía guardado; era la primera vez que lo veía, y eso que yo conocía todos los libros de la casa. Era un libro escolar. El nombre de soltera de mi madre y el nombre de su escuela estaban escritos con letra pulcra dentro de un marco impreso que rezaba *Este libro pertenece a*, y su nombre garabateado en emborronadas mayúsculas azules cubría toda la página con diferentes y desordenados tamaños de letra. La fecha de publicación era 1938, el año que su padre murió y y ella se vio obligada a que dejar la escuela. Tenía catorce años. Ahora yo tengo el libro, sus guantes de conducir de cuero gris y su anillo de boda.

Pienso todo esto durante el trayecto entre el aeropuerto y mi casa. Voy en un taxi negro que cruza el sudoeste de Inglaterra. El taxista tiene ganas de entablar conversación, lo presiento. Saco un libro del bolso y lo abro, aunque sé que si intentara leerlo de verdad me marearía. Es un libro que el año pasado estuvo seleccionado para muchos premios. Lo escribe un hombre, pero la gracia del libro es que parece escrito por una mujer. Todo el mundo dice que es muy bueno. Le doy la vuelta. Huele a los tomates de mi padre. Me lo acerco a la nariz y paso

rápidamente las páginas. Llevo la bolsa llena de tomates, algunos casi maduros, otros verdes. Los pondré en el alféizar de la ventana cuando llegue a casa.

El taxista se vuelve un poco hacia mí. Abro el libro por la mitad. Le echo un vistazo y luego miro por la ventana. La hierba del arcén vuelve a estar alta y los campos tienen el color dorado habitual en esta época del año. Pulso un botón junto al reposabrazos y bajo el cristal de mi derecha. Penetra el aire estival. Parece que los veranos vuelven una y otra vez sin envejecer, tersos y repetitivos, otra vez verano, pero en realidad envejecen tan irremediabilmente como un viejo vinilo en el tocadiscos, o quizá como cuando sacamos el vinilo del tocadiscos y lo arrojamos al canal en un día apacible como el de hoy y luego nos quedamos mirando la superficie, donde no hay nada que indique que algo ha resbalado por encima o se ha hundido por debajo o ha ocurrido siquiera.

Ahora el taxista me pregunta algo. Perdóname, dice desde detrás de la mampara. ¿Adónde quiere ir?

Su voz suena amplificadas pero lejana. Ya le he dicho adónde iba. ¿Y si vamos en dirección equivocada? No llevo mucho dinero encima y el animado círculo de su taxímetro se ilumina de nuevo cada tres o cuatro segundos, lo que significa diez peniques cada vez que el círculo da una vuelta completa que ya ha completado un inquietante número de veces, y eso que solo estamos en las afueras de Luton.

Vuelvo a decirle el nombre de la población.

Ya, pero ¿dónde?, pregunta.

Cerca del centro, se lo diré cuando lleguemos, grito a través de la mampara.

Pero ¿dónde exactamente?, dice él. La calle en que vive. El nombre de la calle.

No la conocerá, le grito. Es muy pequeña.

No hace falta que hable tan alto, me dice él. Puedo oírla.

Sin apartar los ojos de la carretera, señala un cartel situado encima de su cabeza. Cuando la luz está encendida puede hablar con el conductor, reza el cartel.

Ah, vale, grito. Luego sigo hablando en un tono más normal. La calle donde vivo es muy pequeña, pero cuando lleguemos le indicaré por dónde ir.

No, dice él. Porque mire.

Tiene una pantalla del tamaño de una cuartilla integrada en el salpicadero. La enciende con un movimiento del dedo. Luego teclea en unos botones.

Le acabo de indicar la ciudad adonde vamos, me dice.

Una voz surge de la pantalla, la voz de una señora inglesa de clase media. Dice: *En la siguiente rotonda, continúe recto*. Las palabras aparecen en la pantalla al mismo tiempo, diciendo lo mismo.

Llegamos a la rotonda. Continuamos recto.

¿Dónde vive exactamente?, pregunta el taxista.

Teclea el nombre de mi calle en su máquina. Aparecen varios mapas. Es ahí donde vive, ¿verdad? ¿Es ahí donde vive? ¿Ahí? Su cabeza se vuelve hacia mí y de nuevo a la carretera y luego otra vez hacia mí y de vuelta a la carretera. El taxi zigzaguea cuando se vuelve. Me escurro en el asiento.

Sí, respondo.

¿Lo ve? Está bien, ¿verdad? Localiza cualquier sitio. Cualquier sitio que le diga. Cualquiera. Envía una señal a un satélite y el satélite le envía una señal de vuelta.

Señala una cajita negra embutida en el otro extremo del taxi.

Y se puede tener la voz encendida para las indicaciones, o solo las palabras en la pantalla si no quiere oír la voz, o las dos, si quiere las dos, o ninguna, si no quiere la voz ni la información escrita, me dice.

Activa y desactiva la voz para demostrármelo. Sube y baja el volumen. El taxista es mucho más joven que yo. Es un taxi nuevo. Todas las partes metálicas resplandecen y el interior gris está impecable. Un adhesivo junto a mi mano, en la puerta, proclama: *Hecho en Coventry con orgullo*.

Cuesta mil ochocientas libras, y no es todo lo que hace. Además puede decir todas estas cosas.

En la siguiente rotonda continúe recto, dice la voz de la señora.

El taxista pulsa una serie de botones.

Me indica la ruta más rápida, dice el taxista. Y la ruta más tranquila. Me dice exactamente cuántos kilómetros quedan antes de girar a la izquierda o a la derecha. Me dice si hay obras. Me dice la distancia en kilómetros hasta su casa, no solo a la ciudad, sino a su casa. Y, mire, me indica la ruta que me ahorra más combustible, y cuando entremos en la ciudad me dirá exactamente por dónde ir para llegar a su casa y exactamente cuántos metros quedan antes de que tenga que girar a la derecha o a la izquierda para llegar hasta allí. ¿Ve esa señal de tráfico? ¿Qué dice?

Bedford veinticinco kilómetros, le digo.

Mire aquí, mire, ¿qué dice?

Bedford veinticinco kilómetros, le digo.

Exacto, me dice. Exacto. De modo que si quisiéramos ir a Bedford sabríamos con seguridad, sin necesidad de ninguna señal de tráfico, que está a solo veinticinco kilómetros de distancia. ¿Había viajado antes en un taxi como este?

No, es mi primera vez.

Me pregunto si será una técnica sofisticada para ligar. En plan ¿quiere ir a Bedford?, o algo así. Me dice que pronto todos los taxis, y probablemente todos los coches, tendrán sistemas de navegación como el suyo.

Me llamo Wasim, dice. Le daré mi número de móvil y siempre que necesite un taxi desde Luton puede llamarme y la recogeré en el aeropuerto.

¿Qué?, pregunta cuando le digo mi nombre. ¿Cómo se escribe?

Intenta encontrarle la lógica.

Suena como tres palabras, no como una, dice.

Es el nombre de una isla, le explico. Es un sitio. Puedes teclearlo en tu máquina y lo encontrarás.

Ja, ja. Pero ¿de dónde es usted, si puedo preguntar?

Señalo la pantalla. Lo sabes exactamente, respondo.

Ah, dice. No, antes. Es de otra parte. Lo sé por su acento.

En el siguiente cruce gire a la izquierda, dice la señora de clase media.

Me dice que tiene un primo que vive en Glasgow. Le digo que Glasgow no está cerca de mi ciudad natal.

Fui de visita. Llovía, me dice.

Aparta las dos manos del volante para encogerse de hombros en un gesto que incluye todo el territorio que nos rodea, sumergido en el sol del atardecer.

Yo asiento y sonrío. Me recuesto en el asiento.

¿Tiene calor? ¿Pongo el aire acondicionado? Dígame si necesita algo, me dice.

Estoy bien, gracias.

Si quiere dormir, adelante. La despertaré cuando lleguemos.

Pulsa un botón del salpicadero. Se apaga la lucecita roja de encima de su cabeza.

Se llamaba Carolyn Fergusson y vivía cerca del transbordador, eso era antes del nuevo puente, y recuerdo los carteles pegados en los escaparates con su fotografía escolar, donde parecía triste. La encontraron en casa de su tío en Kinmylies, escondida en bolsas de supermercado por todos los armarios. Recuerdo que un amigo de mis padres vino a contárselo; lo sabía porque

trabajaba en el laboratorio de la policía y dijo que cuando entraron el olor era terrible, aunque el verano no había sido tan caluroso como el del año anterior. Estaban en la cocina hablando de eso y yo escuchaba al otro lado de la puerta, y cuando me descubrieron mi madre me gritó que saliera al jardín y entrara la colada. Aquel verano *I Feel Loved* Donna Summer fue número uno durante semanas. Después Brotherhood of Man. *Running away together, running away forever*, Angelo. Siempre que oigo estas canciones me acuerdo de aquel verano. No nos dejaban salir del jardín; debíamos estar siempre allí donde nuestros padres pudiesen vernos. El verano siguiente ya nos dejaron ir adonde quisiéramos y no recuerdo qué canción fue número uno.

En la bolsa, junto a los tomates, veo la fiambra donde se descongela la masa de sopa; mi padre la ha envuelto en papel de periódico para mantenerla fría. Se niega a tomar ninguna de las pastillas que le ha recetado el médico. Estaba orgulloso de eso. Es una estupidez, le he dicho. Bobadas, me ha dicho él, hacen más mal que bien. Me ha sacado al jardín, ha señalado unas enormes losas de hormigón junto al invernadero y me ha soltado: En cuanto te vayas, voy a sacar esas siete losas, las colocaré al otro lado del jardín y así podré darle la vuelta a la caravana, y luego hay una nevera con congelador en el garaje que dentro de un rato trasladaré a casa si consigo que quepa por la puerta. Será una broma, le he dicho yo. Pero está un poco sordo de un oído, miraba hacia otro lado con la oreja mala vuelta hacia mí y no me ha respondido.

El taxi gira a la izquierda. La sopa está envuelta en papel de periódico con noticias de las escolares desaparecidas, que supongo será el motivo de que me haya acordado de Carolyn Fergusson. La noticia ha relegado la escalada bélica a la segunda y tercera página de la sección internacional. Siempre desaparecen en verano, como si fuese la estación adecuada, como si la gente que se las lleva esperase, como los agricultores, o los recolectores, o los editores de prensa amarilla, el clima adecuado para ponerse a ello. Cuando tenía doce años, una noche de verano llegué tarde a casa; me habían estado llamando por el vecindario y no lo había oído, y mis padres estaban tan enfadados que me zarandearon por toda la cocina, mi padre sujetándome de un brazo en cuanto mi madre me soltaba del otro. Reboté en todos los muebles y acabé llena de moratones. A mi madre se le daba especialmente bien lo de enfurecerse, lo de clavar el tenedor en un trozo de patata a la hora de cenar y apartar amenazadoramente la vista sin decir nada, porque decir nada era mucho peor que decir algo. La recuerdo diciendo:

Te juro, Iona, que dentro de un momento me convertiré en un bofetón.

Me vas a matar, niña.

Lo lamentarás cuando yo ya no esté.

Entonces me viene a la memoria algo que no recordaba desde hacía años. Mi madre hojeaba una revista en la mesa, la levantó y me miró. Era verano. Yo estaba en el otro extremo de la sala, sentada en el sofá, viendo algo en la tele. Tenía diecisiete años y un malhumor constante. Mi madre agitó la revista en el aire.

Creo que tendríamos que apuntarnos.

Sería algo sobre costura, o catolicismo, o ser más femenina de lo que era. Me concentré en la tele como si emitieran algo fascinante.

Si enviamos a esta gente un penique por libro, nos darán cuatro libros. Solo un penique por libro. Puedes elegir entre todos los libros de esta página. Lo único que hay que hacer es comprar su Libro del Mes. Y entonces lo que hacen es enviarte su Libro del Mes todos los meses durante un año, pero no tienes que comprarlo si no quieres. Hay todos estos libros entre los que elegir por un penique. *Las obras completas* de William Shakespeare. Ese sería un libro útil para ti.

¿Qué?, pregunté, porque llevaba casi un año batallando para que me dejaran estudiar Literatura Inglesa en la universidad; ni Derecho ni Idiomas, sino algo que implicara que nunca tendría un trabajo decente. Me recuerdo cruzando la sala con ojos como platos y una expresión de asombro infantil, o como alguien cuya incomprensible lengua extranjera de pronto todos comprendieran, y a mi madre de lo más satisfecha, sosteniendo la página abierta ante mí.

Pedimos las obras de Shakespeare y un diccionario monolingüe y un diccionario de sinónimos y un libro de citas. Cuatro semanas después llegó todo por correo en una caja que también contenía el Libro del Mes del Club de Lectura, que se llamaba *La princesa Ana y sus caballos* y estaba lleno de fotografías en color de la princesa Ana y sus caballos. Mi madre rio sin parar. Luego vio el precio del libro.

El mes siguiente el Libro del Mes iba de palacios reales. El siguiente, sobre la vida de una dama inglesa de la corte eduardiana. El siguiente era la historia de la caza del zorro. Llegaban todos los meses: libros sobre los jardines y las mansiones de la realeza lujosamente ilustrados con fotografías en color, libros de tapa dura caros e inmanejables que mi madre siempre olvidaba devolver antes de los ocho días de rigor, por lo que siempre acababa pagando. Mi madre los amontonaba en el suelo, bajo la mesilla de centro de una habitación trasera, y

siempre había más cuando volvía a casa al final del trimestre lectivo.

Me pregunto dónde habrán acabado todos esos libros inútiles, dónde estarán ahora, si seguirán amontonados sin leer en algún rincón de casa de mi padre, cuando oigo la voz del taxista. Abro los ojos. La luz roja está encendida.

Fíjese qué cerca estamos.

En segundo plano, la voz de la señora de clase media le dice que gire a la izquierda dentro de veinte metros.

Casi en casa, dice.

Casi en casa, digo.

El taxi avanza entre los coches aparcados a ambos lados de las calles estrechas antes de llegar a mi calle estrecha. Conduce bien.

La he oído reír mientras dormía, me dice. Habrá tenido buenos sueños.

Se detiene delante de mi casa. El taxímetro marca menos de lo que me esperaba. Es la cantidad exacta que él ha dicho que costaría. Mientras saco el dinero, lo cuento e intento arañar una propina decente, quiero preguntarle: ¿Quién decidió llamarte Wasim? ¿Fue tu padre o tu madre? ¿Te lo pusieron por alguien? ¿Significa algo? ¿Qué significa? Quiero decirle: ¿Estás casado? ¿Tienes hijos? ¿Tus padres todavía viven? ¿Son lo bastante mayores para que deban tomar medicinas y se niegan a tomarlas? ¿Te criaste en Luton? ¿Cómo era entonces? ¿Cómo es ahora, desde que Vauxhall cerró y tantas personas perdieron su trabajo? ¿No podemos seguir paseando en taxi, a cualquier parte, elegir un lugar al azar? ¿Ir adonde sea, sin saber nuestro destino hasta que lleguemos allí? ¿Podríamos apagar el sistema de navegación y ver dónde acabamos?

Salgo del taxi y le doy el dinero.

Gracias, le digo.

Su libro, me dice. No se lo olvide.

Retrocedo y lo cojo del asiento.

Ahora Wasim está mirando su reloj. Mire, nos ha llevado poco tiempo. Hemos tomado buenas carreteras. Hemos tenido suerte.

Escribe su número en el dorso de un recibo y le digo que lo llamaré la próxima vez que necesite volver a casa. Conduce hasta el final de la calle, dobla la esquina y desaparece. Busco mis llaves, abro la puerta, entro y cierro.

CRÉEME

Tengo una aventura, dije.

No es verdad, dijiste.

Era un domingo por la mañana. Fuera se oía el tañido de las campanas de la iglesia y a alguien que segaba el césped. Era septiembre; no quedarían muchos más días para segar el césped aquel año. Había preparado café mientras tú salías a comprar cruasanes y luego te habías quitado la ropa, la habías dejado en el suelo y habías vuelto a la cama conmigo, como siempre. Te abrazaste a mi cintura y apoyaste la cabeza en mi espalda.

Que sí, dije. ¿No me crees?

No tienes ninguna aventura.

No, tienes razón. No es una aventura, es mucho más que una aventura. La verdad es que estoy casada con un hombre a quien nunca has visto con quien tengo tres hijos de los que tú no sabías nada.

Ah, dijiste.

Y todos los días, cuando salgo de casa y crees que voy a trabajar, en realidad voy a ver a mi familia.

Vas a la casa de otra persona.

Bueno, también es mi casa.

¿Y te quedas ahí todo el día? ¿Desde las ocho y media de la mañana hasta las seis de la tarde?

Hay mucho que hacer allí, dije. Hay que quitar la mesa del desayuno y lavar y planchar y hacer las camas y limpiar...

¿No tienes ayuda doméstica?, preguntaste.

... Y preparar la comida para cuando vuelvan del colegio ahora que ya han empezado las clases, y asegurarme de que vuelven a clase a tiempo y luego quitar la mesa y recogerlos del colegio a las tres y media y comprobar que

acaban los deberes, y eso los días que no hago la compra ni tengo que cuidar de la madre de Eric.

¿Quién es Eric?

Por suerte ahora puedo hacer gran parte de la compra por Internet, dije. Eso me ahorra muchísimo tiempo, ni te lo imaginas. De vez en cuando hasta puedo sentarme a la mesa del comedor de mi otra casa y leer una revista o unas páginas de un libro.

Me parece increíble que tengas una mesa de comedor que no conozco, dijiste. Me parece increíble que no me hayas presentado a tus hijos. Me encantaría conocerlos. ¿Cómo se llaman?

Ben tiene doce años, es muy bueno esquiando. El año pasado ganó el premio del colegio en la pista de esquí artificial. Nos sentimos muy orgullosos de él cuando en junio le dieron el certificado y el libro en la entrega de premios. Aplaudimos como locos. Nos costó encontrar un colegio que entendiese a Ben, pero Parkside parece que le encaja. Académicamente Ben es un poco... recalcitrante, pero ellos creen que se pondrá las pilas, va a clases de repaso y la verdad es que le encantan las matemáticas, como a su padre.

¿A su padre le encantan las matemáticas?, preguntaste.

Bueno, al parecer le encantaban cuando iba al colegio.

Pero tú odias las matemáticas.

Los opuestos se atraen, dije, y luego está Amanda, que tiene diez años y es algo mandona, siempre regaña a los chicos y le gusta actuar, cantar y bailar, es muy buena, va a clases de claqué y su profesora dice que rítmicamente está muy avanzada y sé que pronto dirigirá ella solita la revista de la escuela y seguro que acabará siendo una periodista importante, se le dan muy bien las palabras.

Eso son solo dos, dijiste. Hay uno más.

El tercero es mi chiquitín. Jonathan. Tiene siete años.

Es tu preferido. Lo sé por la forma en que hablas de él.

Bueno, es que es mi chiquitín.

Pero ¿cómo has conseguido ocultármelo durante tanto tiempo?, preguntaste.

Soy muy discreta.

No puedes ser discreta con un embarazo. ¿Cómo has podido ocultarme tres?

Comía muy poco. Iba con mucho cuidado. Hasta adelgacé durante los embarazos. Y... ¿sabes los viajes de trabajo para dar conferencias?

¿Te refieres a cuando te ausentabas largos fines de semana?

¿Recuerdas el viaje a Hawái, hace diez años?

¿El que duró quince días y del que volviste con *jet lag*?

Un embarazo difícil. Amanda. Venía de nalgas. Querían hacerme la cesárea, pero me negué.

No querías una cicatriz en tu precioso abdomen.

Así es. ¿Cómo te habría explicado lo de la cicatriz?

¿Y entonces esa camiseta que me trajiste que dice «I love Honolulu»?

Me costó un poco organizarlo, pero ya sabes que soy muy buena organizando cosas, dije.

¿Y desde cuándo vives esta doble vida?

Oh, desde que nos conocimos.

¿Qué? ¿Todo el tiempo? ¿Todos estos años?

Conocí a mi marido, Eric, exactamente el mismo día que te conocí a ti.

¿Se llama Eric?

Sí, se llama Eric. ¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes? Espero que no te rías de su nombre.

Eric es un nombre estúpido hasta para un personaje inventado, dijiste.

Eric no es un personaje inventado. Es mi marido. Y si lo conocieras personalmente, como yo, no te parecería que tiene un nombre estúpido.

¿Y es Eric tan bueno como yo haciendo esto?, pre-guntaste mientras me besabas el vientre y deslizabas la mano entre mis muslos para tirar de mí.

No podría compararos, dije cuando salimos de nuevo a la superficie, jadeando, después de que me hicieras el amor. Eric es mi marido. Tú eres mi amante. Cubrís diferentes funciones y necesidades.

Me decepcionas, dijiste. Eres tan antirradical...

Antirradical no es ninguna palabra.

Me refiero a que... Tienes la oportunidad de inventarte otra vida, y ¿qué haces?

¿Qué quieres decir con inventar? Yo no invento nada.

Podrías haber sido lo que quisieras, cualquier persona del mundo, dijiste. Podrías haber sido una, una... superheroína. Podrías haber trabajado para los servicios secretos o para el Gobierno.

¿Qué? ¿Mentir yo?

Podrías haber sido una ladrona de guante blanco, o alguien que escapaba y se unía a un circo y domaba elefantes para que guardaran el equilibrio sobre pelotas de playa, o qué sé yo, una amiga y confidente de los ricos y famosos que

ayudaba a Kim Basinger con sus problemas y que había sacado de la cárcel y metido en rehabilitación a ese hombre que sale por la tele...

¿Qué hombre?, pregunté.

No recuerdo su nombre, fue a la cárcel y sale en el programa de esa mujer delgada.

¿Qué mujer delgada?, pregunté.

La de ese programa de la tele que odio. Da lo mismo. A lo que iba, podrías haber sido un miembro importante de las fuerzas de paz de la ONU. Podrías haber sido la doctora que descubre la cura de la enfermedad de las vacas locas antes de que acabe con todos nosotros. Pero no. Un marido. Tres hijos. Una suegra, por Dios.

Ya te he dicho que Elaine es una pesada.

¿Quién es Elaine?

Mi suegra, y ni te imaginas las mentiras que le cuenta a Er sobre mí.

¿Que le cuenta a quién?, preguntaste.

A Er. Abreviatura de *Eric*.

Soltaste una maldición y golpeaste las sábanas con ambas manos.

Como sigamos así, enloqueceré.

Yo también, si ella sigue contándole esa mentira de que soy una alcohólica que se pasa el día bebiendo en casa a escondidas, dije. Estoy segura de que lo llama de noche, cuando yo no estoy, y lo pone en mi contra. Estoy segura de que le ha dicho que tengo una aventura. Estoy segura de que le insiste para que coja a los niños y me deje. Aunque Er no va a creerla, claro.

No, porque él confía en ti, ¿verdad?

No es que quiera dármelas de nada, pero él y yo nos conocemos muy bien. Pero la última vez que miré la botella de *whisky*, juro que lo que vi no era polvo, juro que había una fina línea de tiza rodeando la botella por fuera, para marcar el nivel. ¿Y sabes cuando al descolgar el teléfono oyes un pequeño clic...?

¿Ese pequeño clic que indica que hay alguien escuchando tu conversación?, dijiste. ¿Te refieres a ese pequeño clic?

Pues sí. Ya te puedes imaginar la clase de mujer que es. Nunca le he caído bien. Ni un solo día, desde que me casé con él.

No me puedo creer que esté en la cama contigo, dijiste. Lo que dices es tan típico que no puede ser verdad.

Es verdad. Todo. Ya sabes que nunca miento.

¿Y dónde creen Eric y Ben y Amanda y Jonathan y Elaine que estás ahora?, preguntaste. ¿Dónde creen que estás todas las noches, y todos los fines de semana, y en Navidad y en Pascua y en días festivos?

Soy una mujer ocupada. Una mujer moderna. Saben que tengo una vida propia.

Solo me preguntaba...

¿Qué?

Tu Eric. ¿Qué aspecto tiene?

¿Por qué?

No seas desconfiada. Por ejemplo, ¿lleva bigotito?

No, dije. No mi Er.

Sí, encaja. Tampoco el mío, dijiste. ¿Es calvo y con algo de sobrepeso?

Para nada. Mi Er está estupendo.

Ya me lo suponía.

¿A qué te refieres? ¿Y qué quieres decir con eso de que «el tuyo» tampoco lleva bigote?

Tengo que confesarte algo, dijiste.

¿Qué?

Tengo una aventura.

No es verdad, dije.

Con un hombre que se llama Eric. Y no me cabe duda, por tu descripción, de que se trata del mismo Eric.

¿Mi Eric?

Bueno, también es mi Eric, dijiste.

Imposible.

Conozco a Ric desde la infancia. Fuimos juntos al colegio. Recuerdo que le encantaban las matemáticas. Crecimos juntos y luego nuestras vidas tomaron rumbos distintos. Ahora es un padre de familia.

De ningún modo te vas a apropiarse de mi otra vida, dije.

Nos vemos de día, cuando su mujer se cree que está trabajando, dijiste. Su madre, Elaine, estará muy mayor; era amiga de mi madre, solían fumar, charlar y reír juntas en los portales de las casas de protección oficial donde...

Ah. Vale. Resulta que mi Er no se crio en un barrio de protección oficial...

Ric siempre miente al respecto. Le avergüenzan nuestros orígenes. Todo en él es muy frágil, vive una mentira.

¿A qué te refieres?

Bueno, su mujer, por ejemplo.

¿Qué pasa con ella?, pregunté.

Me preocupa, dijiste. Que su marido tenga una aventura. Sola todo el día en casa, bebiendo, o atrapada con esos niños horribles. El mayor es prácticamente un delincuente juvenil...

¿Que es qué?

Todo ese asunto con la policía y el correccional, dijiste. Y su hermana no es mejor, con solo diez años la pillaron robando vodka en una tienda, y cuando los agentes la trajeron a casa dijeron que nunca habían oído a una niña tan malhablada. Salió del coche patrulla vestida con su tutú de *ballet* soltando barbaridades, insultando a los policías con unas obscenidades que yo no había oído jamás, de tan obscenas que eran. Y el hijo pequeño. El «chiquitín», lo llaman.

¿Qué pasa con él?

Es el menor y el preferido de la madre. Es clavadito a ella, no se parece en nada al padre. Porque, para confesarte la verdad de mi relación con Ric...

¿Qué?

Bueno, si tuviese que admitir la verdad... dijiste.

¿Sí?

Tendría que decir que la única razón de que siga relacionándome con él es su esposa.

¿Su esposa?

Es tan guapa... dijiste. Tan encantadora. Confieso que me he enamorado irremediabilmente de ella. Solo sigo cerca de Ric para poder estar cerca de ella. Es una mujer con grandes aptitudes. No me cabe duda de que es una mujer capaz de hacer muchísimas cosas.

Si le dan la oportunidad.

Exacto, dijiste.

Hicimos el amor. Nos pasamos el resto de la mañana y parte de la tarde haciendo el amor. Empezamos cuando me separaste los muslos con una presión tan sutil que me sorprendió a media frase, respiré y tú te deslizaste entre ellos y seguiste con la lengua la fina línea de vello de mi vientre que bajaba entre mis ingles y luego subiste y me besaste con descaro y habilidad porque me conoces muy bien, y luego yo me puse encima de ti porque te conozco como un libro

abierto, y porque la gracia de un libro que nos gusta, si es bueno, es que varía como la música; crees que lo conoces, lo has leído tantas veces que claro que lo conoces, claro que el placer de leerlo reside en cuánto lo conoces, pero entonces oyes, en segundo plano, algo que nunca habías oído antes, y al volver una página ves una combinación de palabras que nunca habías visto, creías que conocías el libro pero te deslumbra una vez más como el libro diferente que es, y no solo eso, sino por la persona distinta en que te has convertido, la persona distinta que eres ahora al leerlo de nuevo, y tú, mi amor, eres un libro excelente para mí, y luego tú y yo a un tiempo, lo que requiere cierto talento con el ritmo, pero afortunadamente tenemos mucho talento a la hora de aprendernos.

Hicimos el amor toda la mañana y parte de la tarde. Pasaron las horas. Fuera, las hojas de los árboles se contrajeron levemente; tenían el verde profundo de inicios de otoño. Era un domingo de septiembre. Solo habría cuatro. Las nubes estaban altas y las golondrinas se quedarían un mes más antes de partir hacia el sur, antes de volver de nuevo el verano siguiente.

CANCIONES DE AMOR ESCOCESAS

A Violet se le aparecía una banda de gaiteros vestidos de gala. Nunca había tenido tantos hombres fornidos a su alrededor sin tener que alimentar a ninguno. Sus faldas escocesas ondeaban en la sala, el roncón de sus gaitas arañaba el techo y sus altos gorros de piel de oso rozaban los dinteles de las puertas y las barras de las cortinas. Los adornos de la casa salían volando en todas direcciones. Los gaiteros desfilaban escalera arriba y escalera abajo y arrugaban la alfombra del descansillo. Movían las cortinas del dormitorio y torcían los cuadros que colgaban de las paredes.

Se aparecían a todas horas del día o de la noche y siempre tocaban la misma canción. La música hacía temblar toda la casa, que seguía temblando cuando se marchaban. La mano de Violet también temblaba cuando se agachó, despacio porque le dolía la espalda, y recogió una vez más el petirrojo, los pinzones en su rama y la pareja de enamorados encaramados a la cerca para devolverlos a su sitio en el estante. Al subir la escalera, notó el crujir de los peldaños bajo los pies, pero no lo oyó. Enderezó los marcos. Vio su reflejo en el cristal del cuadro de los pájaros a orillas del agua. Parecía diez años más joven. Vaya vaya vaya, se dijo en voz alta. Pero era como hablar junto a una catarata; no podía oír nada, salvo la eterna melodía de su cabeza. Era una melodía triste. Era buena. Era lo que llamaríamos conmovedora. En el rellano se inclinó para alisar la alfombra. Luego volvió a erguirse y bajó la escalera.

También visitaba a Violet una chica desconocida. Llegaba en autobús desde Dalston. Era joven y todavía soltera, por lo que no tenía nada mejor que hacer. Siempre le traía un pastel o un paquete de galletas de las tiendas caras del barrio donde vivía. Se veía a la legua que esa joven nunca había pasado hambre. Aquí la tenía de nuevo, en la puerta.

¿Qué quieres ahora?, preguntó Violet.

La chica era un fastidio. Acudía como voluntaria de un servicio gratuito para

ancianos. Tenía el buen cutis y la belleza de los acomodados. En cualquier caso, Violet no podía oír nada de lo que le decía.

Se sentaron ante la estufa de la sala.

No notarás el calor llevando eso aquí dentro, gritó Violet.

La joven se quitó el abrigo.

Tendrás frío, dijo Violet, subiendo la intensidad de la estufa.

La chica también se quitó el jersey. Era joven y entraba fácilmente en calor. Se levantó para preparar té en la cocina de Violet y lo sirvió en una bandeja, donde colocó las tazas y puso en platos las galletas que había comprado en las tiendas caras.

La joven y la banda de gaiteros no eran las únicas visitas de Violet. Podía hacer que el médico acudiera en caso de necesidad, gritando al teléfono. Su hija la visitaba varias veces al mes, a veces con su marido y a veces sin el marido. Cuando venía sola, leía la sección inmobiliaria del periódico local o merodeaba por la casa levantando cosas, observándolas y volviéndolas a dejar en su sitio. Violet la miraba mientras su hija, sentada delante de ella, contaba las piezas de cristal de la vitrina. Puedes saber que es cristal auténtico si le das un golpecito con el dedo, le había enseñado Violet cuando era pequeña. Después de que Violet se casara, aquella casa siempre estuvo llena de cristal. Los años sesenta y setenta fueron la época dorada del cristal coloreado. Ojalá su hija se levantara, se acercase a la vitrina e hiciese sonar el cristal, pensó Violet; cerró los ojos en la melodía interminable e imaginó que su hija se levantaba de la butaca, deslizaba la puerta de vidrio por la guía, elegía una copa de vino, la sacaba sin rozar ninguna de las demás, se la acercaba al oído sosteniéndola por el fuste como los diapasones que usaban para afinar pianos y preparaba el dedo para darle el sutil golpecito, solo para comprobar si era verdad. Pero cuando abrió los ojos su hija no se había movido ni un poco. Ahora miraba la mesa rodante que había junto a la vitrina. La señaló y movió la boca. Le decía algo.

Quédatela, dijo Violet, agitando la mano como si espantara una mosca.

Últimamente el marido de su hija se dedicaba a trabajar en el garaje, haciendo cosas. Siempre que Violet tenía que visitarlos, él estaba en el garaje haciendo cosas. Cuando era él quien la visitaba, se quedaba en el umbral o apoyado en el respaldo de la silla, siendo paciente mientras su mujer hablaba a Violet más de lo que le hablaba cuando la visitaba sola. Tampoco es que Violet pudiese oírla, pues lo único que llegaba a sus oídos eran las gaitas, más tenues si los gaiteros no estaban en casa y más fuertes si estaban. En cualquier caso, ni su

hija ni el marido parecían darse cuenta; eran sordos y ciegos a la banda. El último miércoles los gaiteros —que pese a ir impecablemente uniformados, con escarcela y jarreteras incluidas, parecían haber pasado por una o dos guerras— habían desfilado formando ochos en la cocina ante las mismísimas narices de su hija y de su yerno, proporcionándoles un galante acompañamiento mientras leían, de pie ante la mesa, el folleto de seguros de vida que alguien había echado bajo todas las puertas de la calle. Violet reía y aplaudía. La hija y el marido cruzaron miradas. La tomaban por una vieja loca. Violet señalaba los adornos desconchados del aparador. Mirad, gritaba. Ellos retomaron la lectura del folleto. Podías ganar ochenta mil libras si te morías.

Violet despertó parpadeando. Hoy en la silla no estaba su hija, sino esa chica. Llevaba ahí toda la tarde. Era lo bastante joven como para sentarse con las piernas cruzadas encima de la silla, igual que un gato que había tenido. Violet no entendía qué hacía esa chica en su casa. Ya había venido a visitarla varias veces, pero Violet ni siquiera sabía su nombre.

Ella vio que Violet la miraba. Descruzó las piernas. Se enderezó en la silla.

¿Has estado alguna vez allí?, preguntó Violet.

La joven no la entendió.

Canadá, dijo Violet en voz más alta. ¿Has estado alguna vez en Canadá?

La joven negó con la cabeza.

¿No has estado en ese sitio de las cataratas?, dijo Violet. ¿Una chica rica como tú, que puede ir adonde quiera del mundo?

La chica sonrió.

Pues te diré que el ruido de esas cataratas es lo más fuerte que hay. Se oyen a kilómetros de distancia. Estábamos lejísimos y ya lo oíamos. Cuando nos acercamos, el ruido no nos dejaba oír nada más. Por eso puedo decir que he visto una maravilla del mundo. Y también que he oído una maravilla del mundo. ¿Cuántas personas pueden decir lo mismo, de los millones de personas que hay en el planeta? 1953. Tenían un sitio para bailar. ¿Lo sabías?

La joven asintió.

Yo podría haber sido una persona distinta, dijo Violet. En el otro lado del mundo.

La boca de la joven se abrió en forma de sí.

Deberías ir, dijo Violet.

La joven asintió y amontonó los platos y las tazas en la bandeja.

No irte ahora, sino ir allí, a Canadá; a ese sitio, ¿cómo se llama?, preguntó

Violet.

La joven sonrió y miró el reloj. Levantó la bandeja y todas las cosas se deslizaron a un lado. Aquella chica no era buena con las bandejas. Violet observó los objetos que entrechocaban silenciosamente, pues el único ruido que oía era el que hacían los gaiteros en el piso de arriba, el ruido que hace el aire al salir de un viejo pulmón de cuero, un ruido en forma de melodía que estremecía el corazón. ¿El fuelle de las gaitas era de cuero? No lo sabía. Pero sí que era duro; muy resistente. Tocaban en algún lugar cercano, directamente encima de ella, quizá en el dormitorio o a lo mejor en el desván, con todas las fotografías en las cajas y todos los trastos amontonados que Violet nunca volvería a ver. Podían apartarlos a patadas para hacerse sitio, si querían. Podían desordenar todo lo que les viniese en gana. A Violet no le importaba.

Esa chica había vuelto a la sala. Se ponía el jersey. Ya había terminado su visita.

Mi hija se llama Jean, dijo Violet. Le puse el nombre por Jean Simmons.

La coleta de la joven reapareció por el cuello del jersey.

Jean Simmons era una actriz, añadió Violet.

La joven dijo algo. Rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un objeto. Era un librito, del tamaño de su mano. Lo abrió por el centro. Tenía las páginas en blanco. Rebuscó en su otro bolsillo hasta dar con un bolígrafo, escribió algo y se lo mostró a Violet. Violet cogió el librito y se lo acercó a los ojos. La chica le había escrito el nombre de su barrio. Violet había conocido el interior de muchas casas de aquella zona. Había limpiado para gente adinerada. Ahora las habitarían personas distintas.

El sitio del que te he hablado, dijo Violet. No recuerdo su nombre.

La chica volvió a coger el librito y anotó algo. Violet lo leyó del revés; debajo de «Chelsea» ponía: Canadá.

No, dijo Violet. El sitio, el pueblo donde está el agua. No recuerdo el nombre.

La chica anotó algo más. Le mostró la página a Violet, tres palabras más entre signos de interrogación. ¿Cataratas del Niágara?

Eso es. Eso es, dijo Violet. Niágara. Justo al borde del precipicio, toda esa agua. Suave en la parte de arriba, como si se cociera a fuego lento, y luego todo se despeña. Seguirá igual hoy. Cuando lo veas, te parecerá increíble que hace años hubiese personas que se acercaran al borde de la cascada dentro de un tonel y sobreviviesen, o que se cayeran y siguieran con vida cuando llegaban al fondo;

pero eso hicieron y sobrevivieron, algunos. No todos. Ahora escucha, le dijo. Cogió a la joven del brazo porque había vuelto a mirar la hora.

Qué, dijo la boca de la chica. O quién, o cuándo.

Violet se sentó lo más erguida que podía. Tosió. Tragó. Carraspeó. Esperó a que los muchachos de arriba empezaran a tocar de nuevo su ágil lamento. Golpeó el suelo con un pie para coger el ritmo y le cantó la canción a la chica rica.

A Chelsea se le había aparecido su amiga Amanda en plena noche en un sueño, sin ropa. No era la primera vez que soñaba algo así. Echó a andar por las frondosas calles de casas blancas (Chelsea vivía en el barrio de Chelsea) e intentó pensar en otras cosas. Pensó en aerodinámica. Pensó en la proporción de nitrógeno y oxígeno del aire. Pensó en cómo la señora Waterman gritaba continuamente, como si le hablase desde el otro lado de un barranco. Pensó que ahora era primavera en el otro lado del mundo, que allí acababa de terminar el invierno mientras que aquí estaba a punto de empezar, con este calor tan poco habitual. Hacía demasiado calor para esta época del año. Pensó en lo que ocurriría si el calentamiento global continuaba desestabilizando el clima. Pensó en el estanque del centro de Hyde Park. Pensó en cómo los microbios respiraban en el agua. Pensó que Amanda era microbióloga. En una ocasión, le había enviado a Chelsea un mensaje desde un río que decía STROY EN PLNO RIO TAY VESTIDA D LA CABZA A LS PIES CN 1 TRAJE AISLANTE!! YO + MUCHS FORMS D VIDA T MNDAMOS NSTRO AMOR. Eso había sido el año pasado, antes de que Amanda se marchara. Amanda, desnuda y sentada con las piernas cruzadas en su futón, miraba fijamente a Chelsea. Chelsea se había despertado en plena noche, empapada, pronunciando la palabra *no*. Troposfera tropopausa capa de ozono estratosfera, pensó mientras abría la puerta de la tienda de delicatessen. Era una tienda muy buena. De excelente reputación. Estratopausa mesosfera mesopausa termosfera aurora. La atmósfera tenía una estructura. Chelsea se sabía correctamente los nombres de todos sus niveles.

En la tienda, haciendo cola detrás de ella, había muchos hombres vestidos con faldas escocesas. Cuando Chelsea salió de la tienda, ellos también salieron. La seguían. Chelsea se detuvo en la acera y se dio la vuelta. Los hombres empezaron a tocar una música ensordecedora. Chelsea rio con educación. Los hombres iban manchados de barro y llevaban unos ropajes imponentes, aunque tenían pinta de haber pasado una mala noche.

Buscó algo de cambio en su monedero. Dejó un par de libras en la acera,

junto a los zapatos de grandes hebillas de uno de los gaiteros, y les dirigió un gesto de agradecimiento. El hombre la ignoró. Peor aún; levantó la barbilla, ofendido. Quizá pertenecieran a una banda más oficial de lo que parecía. Probablemente algo que ver con el Victoria and Albert Museum.

Pero la banda pasó ruidosamente de largo ante las puertas del museo y la siguió por Brompton Road. Chelsea apretó el paso. Luego empezó a correr. Esquivó a los turistas y cruzó la calle sorteando los coches que circulaban a toda velocidad. Se detuvo delante de Harrods y el portero le abrió la puerta. A ellos no los dejaría entrar. Pero entraron, sin dejar de seguirla, sin dejar de hacer aquel ruido espantoso. Nadie del personal de seguridad hizo nada para ayudarla. La siguieron por la sección de Delicatessen. La siguieron por la sección de Joyería. Volvió sobre sus pasos y lo mismo hicieron los gaiteros, que se apiñaron en las escaleras mecánicas detrás de ella. Chelsea clavó la vista al frente con expresión inocente y una mano apoyada en la barandilla móvil. Pero ellos siguieron soplando y bufando y resoplado y alborotando por Libros y luego en Juguetes y luego en Artículos de Piel. La siguieron escalera abajo y de nuevo a la calle como si Chelsea fuese el director de la banda. Corretearon tras ella hasta la estación de Knightsbridge, donde les dio el esquinazo agachándose tras el control de equipajes.

Era el tren del aeropuerto. Se sentó en el primer sitio que encontró. Contuvo la respiración. Los gaiteros seguirían arriba, buscando cambio para las máquinas expendedoras de billetes, intentando pasar con sus uniformes y sus instrumentos por las puertas automáticas. El tren partió. El hombre que tenía delante leía el periódico. La mujer de al lado miraba la nada. Chelsea abrió la caja para comprobar el estado del *sushi*. Cerró la caja y cerró los ojos. El tren continuó hasta la siguiente estación, las puertas se abrieron y oyó el gañido acerado que se acercaba desde el vagón posterior o anterior. Las puertas se cerraron. El hombre leía el periódico como si no pasara nada. La mujer seguía mirando el vacío. Otra mujer miraba también el vacío. Una mujer al fondo del vagón leía el periódico. Otra leía un libro. Un par de pasajeros se mecían con el tren junto a la puerta. Dos turistas en pantalón corto estaban apoyados en una mochila. Chelsea bajó la vista al suelo mugriento. El linóleo tenía motitas grisáceas, como un falso cielo estrellado bajo sus pies. En cada parada las puertas se abrieron, algunas personas entraron y otras salieron, y el ruido de los gaiteros, detrás o delante de ella, resonó fuera del tren y se extendió por el entramado de túneles.

Tocaron la misma canción, una y otra vez, hasta que llegaron a Heathrow y también durante toda la vuelta, y continuaron tocándola mientras la seguían

fuera del metro hasta la calle.

¿Les apetece un café o un té?, volvió a preguntarles Chelsea al cabo de unas horas.

Los gaiteros tocaban en formación circular alrededor de la mesita de la sala. Allí estaban desde que habían reventado la puerta para entrar. La puerta seguía abierta. El pecho les subía y les bajaba según tomasen aire o lo expulsaran. Cada uno soplaba sus diferentes ritmos, tocando siempre la misma canción. Los tubos engalanados de tartán descansaban sobre sus hombros y sobresalían como ramas. Era como si un bosquecillo de árboles torcidos con pulmones hubiese crecido de la nada en el suelo de casa de su madre. Hablar con ellos era tan inútil como hablar con los árboles. ¿Les apetece tomar algo? ¿Piensan quedarse mucho tiempo? ¿Han tocado en otros sitios? ¿Han estado viajando? ¿Alguno de ustedes ha visitado Australia? Estuve allí hace poco y pasé un tiempo en Melbourne, ¿conocen Melbourne?

Los hombres la habían ignorado como seguían ignorándola ahora. Joder, pensó Chelsea. Sentía un leve temor a que hiciesen algo desagradable que manchara la alfombra y las paredes, que luego ella tendría que limpiar. Pero como era una persona educada, lo que dijo en voz alta fue: También tengo infusiones. O puedo descorchar una botella de vino. ¿Les apetece comer algo?

Los gaiteros miraban a todas partes, salvo a ella. Su expresión era más bien desdeñosa. Sus mejillas se hinchaban de aire, se vaciaban gradualmente y volvían a llenarse. Con cada aliento que entraba en ellas, las gaitas parecían cobrar vida, narigudas e implacables, con tres patas al aire como si un carnicero las hubiese colgado para sacrificarlas; Chelsea sabía que si las soltaban echarían a correr, ciegas y presas del pánico, espantosamente asimétricas, asfixiándose como animales marinos fuera de su elemento.

Cerró la puerta; las bisagras se habían torcido por la entrada forzada. Entró en la cocina y se preparó una taza de té. Picoteó el *sushi* que seguía en la caja. No tenía hambre. Fuera llovía y había oscurecido temprano. Se quedó en la cocina e intentó leer un libro apoyada en la barra, pero no podía concentrarse: el sonido de las gaitas era espantoso. Encendió la radio, pero había demasiado ruido. La apagó. Encendió el televisor y se puso los subtítulos, pero solo había subtítulos en los canales que no quería ver. Lo apagó.

Se dirigió a la sala.

Paren, por favor.

Los gaiteros siguieron tocando con todas sus fuerzas.

Cabrones, les dijo. Salid de casa de mi madre.

Soplaron. Resoplaron. Evitaron mirarla. Con desdén.

Se planteó llamar a Servicios Sociales y preguntarles qué se podía hacer cuando un grupo de personas pobres de otro país ocupaba tu propiedad. No sabía por qué departamento preguntar. Decidió llamar a su madre, que estaba en un hotel de Helsinki.

¿?, dijo su madre.

Apenas te oigo, dijo Chelsea.

Me has despertado, dijo su madre. A estas horas, por Dios. ¿Qué quieres?

¿Qué?, dijo Chelsea.

¿Qué?, dijo su madre. Hay interferencias, no te oigo bien.

Tendrás que hablar más alto, dijo Chelsea.

¿Pasa algo?

Chelsea levantó el teléfono y lo dirigió hacia la sala, hacia el ruido. Lo sostuvo así diez segundos y luego se lo acercó de nuevo al oído.

¿Hola?, dijo su madre. ¿Hola hola hola hola?

¿Hola?, dijo Chelsea al teléfono.

Como ya te he dicho, ¿querías algo?, preguntó su madre.

Da lo mismo.

¿Qué?

Da igual.

Aquí todo va bien, dijo su madre. Si necesito algo, te lo haré saber. Asegúrate de pagar la factura del encerado del suelo, serán ciento sesenta y tres libras, sácalo del efectivo. Y hay que recoger de Arcadia los trajes de tu padre y también mis cosas, hay siete piezas más en total, ¿puedes comprobar con él cuántos trajes? ¿Y podrías decirle a Maria que limpie los canalones?

De acuerdo, respondió Chelsea. En realidad, no entendía nada de lo que su madre le decía. Probablemente hablaba de la ropa de la tintorería, que ya había recogido. Te quiero, dijo inaudiblemente su madre desde el hotel de Finlandia. Adiós, dijo Chelsea desde el piso de Londres. Colgó. Levantó el auricular, marcó, se pegó el teléfono al oído y se tapó la otra oreja con el dedo. Oyó que el teléfono sonaba a miles de kilómetros de distancia y luego la voz del contestador, a ninguna distancia. El mensaje era alegre. Hizo que Chelsea se sintiera peor. Lo escuchó hasta el final, escuchó la nada que dejó en el espacio destinado a su propio mensaje y luego volvió a colgar.

Se sentó de nuevo en el sofá. La canción que tocaban acababa por gustarte. Estaba llena de furia y también de amor. Era ruidosa y suave. Rezumaba tristeza y esperanza.

Chelsea advirtió que las rodillas de los gaiteros, desnudas bajo las faldas escocesas, eran inmensas. Tenían las manos en carne viva de tanto tocar. Al más cercano le corría el sudor por la cara. A todos. Debía de ser durísimo poner cada aliento en soplar por esos instrumentos, abrigados con enormes gorros de pelo y pesadas chaquetas en aquella sala con calefacción central.

Cuando terminaron una vez más la canción, Chelsea se dio por vencida. Aplaudió.

Bravo, dijo.

El hombre que tenía más cerca casi sonrió. Los gaiteros intercambiaron guiños y señas por encima de la cabeza de Chelsea. Y empezaron a tocar de nuevo.

A medianoche todos se habían sentado a su alrededor en el sofá, en los brazos del sofá, en la mesita de centro, en las sillas, en el suelo. La jornada laboral había terminado. Uno de ellos cantaba. Aunque ahora que se habían quitado los gorros de pelo era difícil saberlo, creía que se trataba del mismo que antes se había mostrado desdeñoso con ella. Si mi verdadero amor no viene, cantaba. Seguro que otro encontraré.

Era una canción triste sobre una época salvaje en la montaña. Todos se unieron en el estribillo. Al final vitorearon, aplaudieron y brindaron. El gaitero barbudo que estaba sentado al lado de Chelsea empezó a cantar. Tenía la cara sonrojada por el esfuerzo y la bebida. Cantó que su novia le había prometido amor verdadero y que él moriría por ella, de lo bonita que era, con sus ojos azul oscuro y su cara, la más linda en que había brillado el sol.

El pequeño, moreno y de aspecto dolido cantó sobre un hombre que casualmente conoce a una mujer en un camino. Ella le pregunta cuánto falta para la ciudad y qué camino debe tomar; por cortesía, y porque la joven es encantadora, él se desvía de su ruta para acompañarla. Cuando vislumbran las agujas de la iglesia en la distancia, ella le da las gracias. Él le da un alfiler de oro de su abrigo, la besa y la joven desaparece. Tenía el rostro y la figura de un ángel cuando andaba a mi lado, cantó.

A Chelsea le conmovió la canción. Finalmente lloró. Finalmente los hombres parecían satisfechos. Parecían graves. Parecían leales. El de la barba rodeó a Chelsea con el brazo y le dio un beso húmedo en la boca. Olía y sabía a *whisky*,

o a sangre.

Después, cerca del alba, Chelsea salió al parque a que le diese el aire. Los gaiteros la siguieron en formación de a dos. Se sentó en un banco junto al lago, desierto en otoño, y contempló los pájaros que alzaban el vuelo y se posaban en las ramas. La banda de gaiteros se mantuvo algo apartada y tocó ceremoniosamente, una última vez, mientras en Londres empezaba a amanecer.

Él era un joven escocés que trabajaba en una granja de Ontario. Siendo todavía menor de edad se había alistado en el Ejército al final de la guerra, acabó en Canadá y allí se quedó. Yo tenía diecinueve años. Canadá era la tierra de las oportunidades y mi madre, medio escocesa y con familia en Banff, había ahorrado para comprarme un pasaje a lo que se suponía que era una vida mejor. Pero todo el tiempo que estuve allí solo quería volver a casa. E iba de camino a casa cuando lo conocí. Se sentó delante de mí en el autobús que se dirigía al este, me gustó su aspecto y empezamos a hablar. Ya en la ciudad, fuimos a ver *Romance con un desconocido* y luego me dijo que al día siguiente me llevaría a ver una maravilla del mundo. Cuando llegamos, ¡era imposible oír nada! El agua hacía muchísimo ruido. El aire estaba rociado de agua, acabamos mojados solo de estar ahí, yo acabé con el pelo empapado. Él quería que me quedase. Hubiésemos tenido nuestra propia granja, allí las granjas eran enormes, mucho más grandes que aquí. Pero yo ya iba de camino a casa, tenía mi pasaje y no sabía nada de granjas, había crecido en la ciudad y, en cualquier caso, aún no estaba preparada para casarme. Al año de mi vuelta mi madre murió, y al año siguiente me casé con un hombre que había conocido en un baile del ferrocarril, era vendedor, vendía cristal.

UNA FRASE INACABADA

Se acercaba el cambio de siglo y también el cambio de estación. Acababa de salir del banco y me sentía desorientada, así que crucé el parque para visitar la galería de arte contemporáneo donde todavía se exhibía una exposición que todos los periódicos consideraban culturalmente importante.

Aquel día la ciudad sufría los coletazos de una tormenta que se desataba (o quizá ya se había desatado) a miles de kilómetros, en el Atlántico; a lo lejos, en el parque, un tractor esparcía fertilizante por el césped para prevenir los daños del invierno. Yo andaba bajo los árboles. Las hojas endurecidas y zarandeadas por el viento me arañaban la cabeza y me rozaban la cara. Delante de mí, un hombre recogía las hojas caídas. Parecía ridículo, demasiado grande para la máquina que conducía y que chirriaba con el tono excesivamente agudo de una aspiradora doméstica mientras absorbía hojas por la boquilla y otras muchas caían delante de mí, en el mismo sendero que aquel hombre acababa de limpiar. Las hojas volaban a nuestro alrededor como pájaros, o como nieve pintada. Cuando llegué a la galería, tuve que sacudirme unas hojas diminutas de los hombros.

Delante de la puerta, un hombre hablaba con otros más jóvenes. El viento le despeinaba el cabello y él se lo sostenía con una mano mientras gesticulaba con la otra. La deferencia de los jóvenes, así como el ángulo de su espalda y la curva de la nuca, implicaba que el hombre era una autoridad en algo. *Por supuesto, tiene su propia narrativa inherente, decía, pero su narrativa es...*

Su narrativa es. Pero no supe qué era. No pude oír el resto, porque si aflojaba el paso o me paraba a escuchar los tres hombres lo habrían notado y eso les habría incomodado. Un loco, o una persona con leves indicios de ser peligrosamente impredecible (la ciudad estaba llena de ellas) se habría detenido a escuchar la conversación de una forma inapropiada. Achicharrada ahora en el caluroso vestíbulo de la galería, me quité el jersey por la cabeza, irritada por el

hecho de que fuera tan fácil que me tomaran por loca o por una de esas personas impredecibles. Sin embargo, lo que más me irritaba, pensé con la boca llena de lana, era que nunca, jamás, sabría qué seguía al «es» de aquel hombre. O de qué hablaba exactamente, qué implicaba con aquellas palabras, qué sabía él que los demás desconocíamos.

Había más hojas en la capucha del jersey. Algo se cayó. Cuando golpeó el suelo, rebotó bastante arriba e hizo un ruido sorprendentemente intenso para algo tan pequeño. Lo recogí. Era una semilla de sicomoro; su única ala estaba surcada de venas como una especie de piel, lo que le daba un aspecto surrealista: una pequeña nuez volante, una hélice con una cabecita acoplada, un pescado casi todo aleta. Como un empleado de la galería me observaba con cierto interés desde detrás del mostrador de las postales, devolví la semilla al suéter junto con las hojas, me lo doblé sobre el brazo y escuché educadamente mientras me explicaba que la entrada era gratuita, los folletos de la exposición también y que los catálogos ilustrados costaban dieciséis libras con cincuenta.

Por norma, los empleados de las galerías de arte suelen mostrarse desdeñosos con las personas que entran a ver las obras; pero este empleado era nuevo, todavía entusiasta, nada hastiado. Dejé que me lo explicara todo: el precio de las postales pequeñas, el precio de las postales grandes y el de las que tenían efecto tridimensional, así como el hecho de que los pósteres se habían agotado, pero los repondrían cualquier día de estos. Abrí un catálogo de muestra por una página ilustrada con una fotografía de dos tazas de café sobre una mesa; lo hojeé, lo cerré y lo devolví al montón de los otros catálogos envueltos en celofán. El empleado me tendió un papel con la fotografía de un coche. Era el formulario de un concurso organizado en tándem con la exposición, leí. Si anotaba mi nombre y mi dirección, permitía que una compañía de automóviles incluyera mi nombre en una lista de propaganda por correo y si explicaba en un máximo de diez palabras por qué pensaba que el arte contemporáneo era importante, podía ganar un coche. Puede rellenarlo después, me dijo el empleado, y dejarlo aquí al salir. O puede rellenarlo ahora, si lo prefiere. Le presto mi bolígrafo.

Aquel tipo estaba empezando a agobiarme. Sonreía muchísimo. Actuaba como si me conociese. Me guardé el papel en el bolsillo, le di las gracias y cogí un folleto de la exposición.

Si me hubiese parado a escuchar a los tres hombres que hablaban fuera, pensé mientras empujaba las puertas giratorias de la galería, quizá no se habrían sentido incómodos en absoluto, quizá les habría complacido en secreto, porque siempre es bonito, de un modo u otro, saber que alguien te escucha. Quizá

habrían sonreído tímidamente y me habrían indicado con señas que me uniese a su grupo, haciéndome sitio. Tal vez el hombre que peroraba hasta se habría avenido a explicar. *A lo que me refiero es. O: Me refiero al modo en que.* ¿Quién sabe? Di una vuelta por la galería y miré los cuadros, las esculturas y las instalaciones.

Los autores eran unos gemelos que ahora tendrían unos cuarenta años; habían nacido como siameses y los habían separado al poco de nacer. Los gemelos y su obra estaban de moda; un tablón en la pared anunciaba que gracias a aquella exposición los habían preseleccionado para un prestigioso premio de arte. Últimamente los periódicos estaban llenos de listas de seleccionados y preseleccionados: la mejor música del año, la mejor novela, la mejor recopilación de poesía, el mejor arte. Los periódicos habían publicado fotografías de los gemelos poco después de que los separasen y de ellos en la actualidad, además de fotografías de sus esculturas y pinturas e imágenes de sus vídeos. Sus probabilidades de salir premiados eran escasas, como de tres a una. Deambulé por las salas de la tórrida galería; aunque había varias personas que, como yo, deambulaban y se detenían ante las obras, todos actuábamos de forma respetuosa, como se hace en las iglesias y en las librerías. Pero yo sudaba. El sudor me corría por la espalda, me resbalaba por la columna. Me llevé la mano a la nuca, justo por debajo de la línea del cabello, y la saqué mojada. Me detuve en el centro de la galería y observé el sudor de mis dedos.

Se debía al cambio de temperatura entre el interior y el exterior, o a las más pronunciadas modificaciones de temperatura que se dan con el cambio de estación. O, tal vez, pensé mientras reía para mis adentros y me enjugaba la mano en la camisa, la razón de que sudase era porque nunca sabría cómo había acabado su frase el hombre de la puerta. Me sentía algo mareada. Me sentía débil. Empecé a preguntarme si no habría cogido un espantoso virus de la gripe o algo peor, algo sin nombre que ahora mismo se multiplicaba en mi interior. Eché un vistazo al hombre que miraba las obras en la dirección incorrecta, la contraria a la sugerida por las flechas de la entrada. Él, por ejemplo, tenía buen aspecto. No sudaba, ni siquiera parecía acalorado. Nadie en la sala parecía acalorado.

Me detuve junto a la escultura de una mesita con tazas medio llenas de un material color óxido y un periódico doblado al lado. Las tazas tenían lo que parecía plexiglás en la parte de arriba y las páginas del periódico estaban grapadas con unas finas grapas de metal. Continué. Me pesaban las piernas. Seguí andando al paso habitual de las galerías; no quería llamar la atención. El

único sonido era el que llegaba ocasionalmente de las instalaciones de vídeo: un chirrido intermitente, como el rechinar de los dientes en la boca de una persona dormida, grabada muy de cerca, o un ruido industrial. Las pantallas de vídeo ocupaban tres paredes de una sala en penumbra. Me detuve un rato a mirar, pero no conseguí saber qué estaba mirando. En las tres paredes había algo rojo y oscuro; su superficie se movía y tenía un brillo apagado. Quizá fuese el enorme interior de una boca, una lengua plana sobre el hueso palatino. Tomé conciencia de mi boca cavernosa y del modo en que mi mandíbula elevaba el hueso que se convertía en mis dientes inferiores. Salí de la penumbra. Decidí concentrarme en las pinturas.

Todas eran enormes y cuadradas. Llegaban del rodapié hasta el techo y cada par ocupaba una pared completa de la galería, que se había diseñado a finales del pasado siglo precisamente para dar cabida a pinturas de este tamaño. Las pinturas formaban parejas. La primera imagen era algo reconocible y doméstico, como una tetera o un perro. La segunda era un lienzo casi vacío, nítido, con alguna mancha en el centro, como si el pintor lo hubiese tocado sin querer con una mano no del todo limpia. Las parejas de imágenes se titulaban: *Tetera, 1 y 2*, o: *Perro, 1 y 2*.

Lo entendí. Tampoco costaba mucho captarlo. Aquello iba sobre la alienación y la distancia, ¿verdad? Solo tuve que dar una vuelta completa a la galería, que es bastante pequeña, para entenderlo, pero di un par de vueltas más para demostrarme que era capaz pese a estar empapada en sudor. A la tercera vuelta me detuve y me senté jadeando en un taburete del rincón, de esos donde suelen sentarse los empleados de las galerías de arte.

Las dos pinturas que tenía delante se titulaban *Carretera, 1 y 2*. La de la izquierda era una carretera desierta, flanqueada por arces de hierba, que se extendía hasta la media distancia. La de la derecha era otro lienzo casi completamente vacío detrás del cristal, con solo una mancha de barro en el centro que parecía suciedad o una huella involuntaria. La primera página del folleto gratuito me dijo que a los gemelos les gustaba *pintar dos obras idénticas y luego, despacio, laboriosamente, retirar toda la pintura de uno de los lienzos, dejando tan solo un pequeño rastro en el centro de la imagen desaparecida*, y en cuanto lo leí recordé que ya sabía que eso era lo que hacían los gemelos, que había leído que seguían aquel proceso en un periódico dominical, o algo así.

Me sentí avejentada, engañada por mi propia memoria. Me senté de nuevo en el taburete, me apoyé en la pared de atrás y cerré los ojos. Y entonces me acordé: la última vez que había visitado una galería de arte, varios meses atrás, también

me había encontrado tan mal que tuve que sentarme. Había sido en una galería más grande y lujosa del centro de la ciudad. En lo alto del edificio, después de subir varios tramos de escalera y cruzar un pasillo revestido de un mármol tan espejado que me veía reflejada de la cabeza a los pies, había llegado a tres salas llenas de las imágenes pequeñas, coloristas e implacables que una pintora había utilizado para documentar las diferentes historias de su vida y de las vidas de su familia en el Berlín de los años treinta y cuarenta antes de su muerte inevitable, embarazada, estadística. Aquel día, recordé ahora, solo había podido contemplar tres de los cientos de pinturas antes de sentir que el suelo empezaba a moverse y a resquebrajarse bajo mis pies, como si toda la galería que teníamos debajo —bajo todas esas personas que vagaban por las salas escuchando la historia de las pinturas en los reproductores alquilados que llevaban colgados de la cintura, donde los cedés rechinaban en pequeños círculos, inimaginables para cualquiera de la época en que se pintaron los cuadros— fuese un barco en un mar picado y nosotros nos meciéramos en su cofa.

Me había balanceado sobre los talones y los dedos de los pies para mantener el equilibrio, con expresión indiferente, hasta que alguien, una señora, se levantó de la butaca acolchada que había en el centro de la sala y me dejó sitio a mí. Entonces me había sentado en esa misma sala y había contado los listones de madera del suelo, había examinado el polvo barnizado y las partículas atrapadas en sus resquicios. Las pinturas siguieron allí, como un color estridente que planeaba sobre mi línea de visión, hasta que sonó el timbre que anunciaba que cerraban, un hombre uniformado vino a decirnos que nos marcháramos y yo me pude ir.

Quizá fuese el arte lo que me hacía sudar. Quizá las esculturas y las pinturas eran inherentemente malas para mí. Contuve la risa. Era curioso. Aquella misma mañana había estado en el banco donde tenía la hipoteca. A saber por qué, la mujer de detrás de la ventanilla siempre me cuenta historias de enfermedades y muertes. Siempre se hace pruebas no concluyentes, generalmente de enfermedades espantosas. Tal vez, me dije, podría hacerme pruebas de intolerancia al arte, como esas pruebas con parches que se hacen para la alergia. «Tenemos los resultados —diría el médico—. Muestra usted intolerancia a los ácaros, al pelo de gato y de caballo, al marisco, a los metales de la familia del níquel y a varias formas de expresión cultural». Yo soltaría un suspiro de alivio. Descubriría, no demasiado tarde, que mi vida podría haber sido sencilla y sin síntomas, podría haber consistido en respiraciones profundas, saludables y exentas de fluidos de haber sabido que no debía acercarme al arte. Después del

diagnóstico visitaría los teatros, las galerías, los cines y las librerías amodorrada, sumida en la bruma de los antihistamínicos, con los sentidos tan embotados que no me importaría lo más mínimo cuál era o podía ser la narrativa inherente.

Al parecer, en el banco siempre acaba atendiéndome esa misma mujer. Canadiense, morena y delgada, tiene una piel frágil que no expone al sol; su cara, detrás de la mampara de doble cristal salpicada de saliva, siempre está pálida. Aquella mañana, antes de sentirme repentinamente tan desorientada que decidiera tomarme el día libre y visitar una galería de arte contemporáneo, la empleada me había contado una historia triste mientras conformaba mis cheques. Una colega del banco, de solo treinta y tres años recién cumplidos la semana pasada. Un año y medio antes le sale en el brazo un bulto del tamaño de una pequeña mandarina. De una clementina. La operan. Le dan el alta. Hace seis semanas empieza a tener unos espantosos dolores de cabeza. De vuelta al hospital. Estaba infestada. Murió ayer. Solo treinta y tres años. Imagínese. Divorciada. Con una hija de cuatro años que le dijo a Mary, otra colega del banco, «mamá está en el hospital y puede que no vuelva».

Yo había asentido desde el otro lado de la ventanilla, había dicho algo, había firmado la hoja de ingreso y la había introducido por el hueco que tienen las ventanillas de los bancos para tal fin. Una vez más noté que se me encogía el corazón; una vez más decidí, pese a mi expresión comprensiva, cambiar de sucursal. La mujer apoyaba algo en su lado de la ventanilla, me mostraba una fotografía borrosa —un fax o una fotocopia— de unas personas sonriendo en una fiesta o un *pub*. Esa es la mujer que ha muerto, la de la derecha, me decía; ¿la reconocía? Las caras estaban oscuras, ennegrecidas, y la fotografía tenía varios pliegues y arrugas blancos; había pasado por demasiadas manos. «Así que haga algo frívolo —me había gritado la mujer desde el otro lado del cristal, cuando yo salía del banco—. Asegúrese de hacer algo frívolo hoy».

Algo frívolo: había ido a una galería de arte. Sudaba. Estaba sentada en el taburete de una galería de arte con los ojos cerrados.

Los abrí y vi a una niña de unos tres o cuatro años que me sonreía. Cuando le devolví la sonrisa, dejó de sonreír y se escondió detrás de las piernas de su madre, que estaba hablando en educados susurros con otra mujer en el centro de la sala. La niña empezó a girar alrededor de las piernas de su madre, agarrándose con ambos brazos. Se soltó. Se dejó caer al suelo. Saltó de un cuadrado de piedra a otro. Ignoró *Carretera 2* y se detuvo delante de *Carretera 1*. Al lanzarse hacia la carretera como si fuese a correr por ella, se golpeó contra el cuadro de frente, con todo el cuerpo. El cuadro se estremeció en la pared. La niña soltó una

exclamación de sorpresa. Retrocedió y se tocó la nariz.

Ay, dijo.

Dios mío, dijo la madre. Dios mío, Sophie. Por Dios.

Se volvió hacia mí. Lo siento, lo siento muchísimo. Ella solo. Lo siento.

No, le dije yo. Yo no soy la. O sea que. Yo soy...

Me levanté. La madre frotaba con un pañuelo de papel dos claras huellas que su hija había dejado en el cristal. Se reía, avergonzada, perjurando por lo bajo. Sophie, murmuraba.

No, le dije. Por favor, no toque las pinturas.

Ah. Claro. Lo siento, dijo la mujer.

Retrocedió y se quedó con el pañuelo en la mano, sin saber qué hacer. Se lo guardó en el bolso. Se volvió, bonita y sonrojada, y cruzó miradas con su amiga, que sostenía a la niña por los hombros y sonreía con la vista baja, mirando la coronilla de la pequeña, para no echarse a reír. La niña cantaba algo impenetrable y volvía a bailar.

No pasa nada, dije. Es solo que... no podemos permitir que nadie toque las pinturas.

Lo siento muchísimo, volvió a decir la mujer. Vamos, Sophie, tenemos que irnos.

Las dos mujeres consiguieron ponerle un anorak a la niña.

No, pueden quedarse en la galería, no hay ningún problema. Simplemente no dejen que vuelva a pasar.

La mujer se relajó. Me lo agradecía. Pero entonces vi que se acercaba un verdadero empleado, de modo que dirigí a la mujer lo que imaginaba que era una sonrisa de despedida adusta y oficial antes de dar media vuelta para irme. Para que no se percataran, detuve al empleado al pasar y le pregunté en voz baja a qué hora cerraba la galería. La mujer que estaba detrás con la niña pensaría que me daba indicaciones sobre el trabajo, o que quizá yo se las daba a él.

El empleado me miró con los ojos y la altivez de alguien que lo sabe todo. Pero me dio lo mismo. Él no sabía nada. Esta noche la galería cierra a las seis, me dijo.

Gracias, dije yo. ¿Y cuándo termina la exposición?

Esta exposición se acaba el día trece.

Crucé la sala que parecía una boca por dentro y salí por el otro lado. Me pasé el suéter por encima de la cabeza. No me importaba. Me sentía mejor. Iría a dar un paseo. Me lanzaría al día. Estaba inspirada, estaba tranquila; plácida y lozana

como el buen césped residencial, pasearía por el Támesis columpiando los brazos, mientras el agua borbotaba por debajo y los policías de la comisaría cercana discutían ante unas tazas de té dulce.

Cuando salía de la galería, oí que alguien me llamaba. Quizá me habían descubierto. Alguien corría para alcanzarme; percibí sus jadeos que se acercaban por detrás. Era el empleado que al entrar me había explicado todo lo que era gratis y todo lo que no. Quizá quería que le devolviese el formulario con la frase de diez palabras: el arte contemporáneo es importante para mí porque. Me puse a pensar, a ver si se me ocurría algo rápidamente.

Corría de un modo extraño, con la mano cerrada por delante del cuerpo. Espere, gritó sin dejar de correr. Espere. Se le ha caído algo. Se le ha caído esto.

Parecía desesperado y satisfecho, henchido de importancia, como esos mensajeros medievales portadores de buenas noticias del campo de batalla que aparecen en las obras de teatro o en las películas. Me palpé el bolsillo por si había perdido la cartera, pero ahí estaba. Me pregunté qué más podría haberse caído. Le miré la mano con atención.

Estaba llena de hojas rotas y semillas de alas extravagantes.

AL CALOR DE LA HISTORIA

Era mediados de invierno. Todo estaba muerto.

Tres mujeres entraron tarde en la misa del gallo; sus tacones repiquetearon en las losas cuando los congregados ya iban por la mitad de la primera lectura. Avanzaron por el pasillo tosiendo, como ciervos invernales de pezuñas finísimas.

Se desplomaron sin miramientos en un banco que ya estaba lleno de gente. Iban borrachas; era más que evidente. El alcohol y el perfume ajado podían olerse a seis bancos de distancia. Una era joven, otra era mayor que la primera y la tercera era mayor que las otras dos. La ropa demasiado chillona y demasiado descocada de la más joven era inútil en esta época del año, o en cualquier otra: naranja y azul metálico con cuello y hombro al descubierto. Las tres iban desaliñadas con la misma felicidad líquida y, apoyadas entre sí, pateaban el suelo y se frotaban las manos para entrar en calor. El ruido que emitían ascendió, transparente como el nailon, hasta la elevada bóveda de la iglesia, y se quedó planeando sobre las cabezas de la bien abrigada congregación.

La mujer del centro encendió un cigarrillo. Al recordar dónde estaba, se horrorizó sinceramente y lo soltó. El pitillo rodó debajo del reclinatorio y allí se quedó, humeando. Cuando ella se inclinó para recuperarlo, obligó a toda la hilera de feligreses a desplazarse, y luego las otras dos tuvieron que levantarla para que no perdiese el equilibrio y pudiera aplastar el cigarrillo en el linóleo, con la punta del zapato. Eso hizo que las tres tuvieran que contener la risa durante los evangelios, atragantándose mientras el anciano sacerdote leía la historia una vez más: sin sitio en la posada, los pastores, aterrorizados por la misteriosa luz, la multitud de ejércitos celestiales cantando y alabando al Señor.

Luego cantaron el contrapunto de *Venid, fieles todos* en los versos equivocados, cuando no lo cantaba nadie más en la iglesia.

En el saludo de la paz, las tres mujeres se mostraron educadas y comedidas mientras estrechaban la mano de los abochornados feligreses que ocupaban los

asientos vecinos. Ellas se abrazaron para desearse la paz.

Aunque en realidad, lo crean o no, las tres acababan de conocerse esa misma noche, como la ligera de ropa, la más joven, le había contado al hombre de al lado con voz franca y exultante por la bebida, una voz tan involuntariamente alta que la habían oído hasta en la primera fila, antes de echarle los brazos al cuello para darle un navideño beso de la paz. Después, cuando la misa terminó y llegó el momento de entonar *Escuchad, los arcángeles cantan*, una de ellas dijo «de la cosita de una virgen nacido» para que rimase con «contemplad al que esta noche ha venido», y la risa y el enfado se desataron a su alrededor. Los feligreses sonrientes, indignados o indiferentes que pasaron ante las mujeres de camino a la salida tuvieron que esquivar y evitar que sus hijos tropezaran con las piernas de la más joven, que asomaban al pasillo con un zapato de aspecto enrevesado colgándole del pie, mientras ella yacía en el banco con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el regazo de la mujer treintañera que, si la miraban, les deseaba feliz Navidad y próspero año nuevo, mientras la mayor, que estaría en la cincuentena —o quizá en los cuarenta, no era fácil saberlo—, les agradecía con una mirada y una sonrisa turbias que no chocaran con las piernas de su amiga.

Cuando el sacerdote salió de la sacristía, en la iglesia solo quedaban las mujeres. Estaban peligrosamente cerca del altar. Dos se habían agachado a un lado del pesebre y la tercera agitaba algo en el aire, algo más lejos. Al acercarse, el sacerdote vio que uno de los monaguillos, que la seguía frotándose la nuca sonrojada y sonriendo, le había dejado el largo apagavelas y le explicaba cómo levantarlo para apagar las velas que ardían en lo alto de los muros.

Las dos que estaban junto al pesebre se habían inclinado ante las figuras de María, José y el niño Jesús. Recolocaban las flores próximas a la Sagrada Familia. El sacerdote vio que una empujaba una azucena de vetas rojas entre las piernas de José.

Vamos, chicas, vamos, dijo.

Luego las echó.

¿No puedo acabar lo de las velas? Todavía me quedan seis, dijo una de las mujeres.

Ya lo hará el muchacho, repuso el sacerdote. Devuélvele el apagavelas. Suéltalo de una vez.

Ahí fuera hace un frío que pela, padre. No tenemos adónde ir, dijo la segunda.

Y padre, además... Ella está embarazada, dijo la última, abrazada a los

hombros de la más joven. No puede echarla. Está a punto de dar a luz, se lo juro. Mire.

La mujer le levantó la blusa a la más joven. El anciano sacerdote vio un vientre desnudo, plano y pálido de frío. Llevaba un *piercing* en el ombligo.

Está tan a punto de dar a luz como yo, por Dios, respondió el sacerdote mientras las conducía a las puertas abiertas. Ya al otro lado, se volvieron para mirarlo. El sacerdote cerró uno de los portones y bajó el pasador, que se clavó en el suelo de piedra.

Los hombres podrán parir muy pronto, decía la chica. Lo he visto en el canal Discovery.

Pero sí que lo está, padre, insistió la mayor de las tres. ¿A que sí, querida? Y no tiene adónde ir. Díselo, Diane.

Pues sí, padre. Es verdad. Estoy a punto de ser madre, de un momento a otro, y no tenemos adónde ir. ¿No podemos dormir esta noche en la iglesia?

A mí no me parece nada encinta, dijo el sacerdote.

No se ve a simple vista, repuso la joven. Es un embarazo espiritual.

Dará a luz un espíritu, padre, dijo la otra.

Un espíritu santo, dijo la joven. Necesita estar en una iglesia.

Esta joven está henchida de espíritus santos, dijo la tercera.

El sacerdote habló por la estrecha rendija antes de cerrar la puerta: Ahora id a casa con vuestras familias.

Giró una llave en la cerradura. Oyeron sus pasos que se alejaban por la iglesia que todavía conservaba la calidez de toda esa gente, y poco después oyeron que también se iba el último coche que quedaba en el aparcamiento de atrás: los padres del monaguillo se lo llevaban a casa. El chico se había quedado detrás del sacerdote en la puerta, riendo tímidamente de las bromas de las mujeres. La más joven le había despeinado el cabello, la segunda le había puesto la mano en el hombro, junto al cuello, y la mayor le había dirigido una sonrisa deslumbrante. El monaguillo se había sonrojado de placer y calidez. Ahora el motor se caló, volvió a calarse, luego arrancó pese al frío y se desvaneció en la noche.

Las mujeres se quedaron tambaleándose al otro lado de la puerta cerrada, respirando de forma bien visible.

La mayor se llamaba Etta. La mediana se llamaba Moira. La más joven era Diane.

Se ayudaron a cruzar la calle por debajo de las vías y bajaron a la ribera. El río iba crecido y la hierba donde se sentaron estaba helada. La mediana sacó el mechero y encendió un cigarrillo. También encendieron la vela que había robado la más joven. Seguía haciendo muchísimo frío, pero ahora apenas soplaba viento.

Noche de paz, dijo la más joven.

Sí que lo es, dijo la mayor, mirando el cielo. La helada de mañana será peor.

Escuchad, dijo la mediana. Esto es verdad, os lo juro. Había una mujer...

¿Qué mujer? ¿Alguien que conocemos?, preguntó la mayor.

No, veréis, dijo la mediana.

¿Cómo se llama?, preguntó la mayor. ¿Dónde trabaja?

Escuchad, dijo la mediana. Alguien me lo contó. Esto es lo que hizo. Resulta que su hombre murió y ella fue a sentarse en su tumba todas las noches durante un año. Os lo juro por Dios.

Como ese perro de Edimburgo, dijo la mayor.

La joven se dejó caer de espaldas. La hierba helada le arañó las orejas. ¿Todas las noches? ¿Un año entero? Trescientas sesenta y cinco noches. Sesenta y seis, si era un año bisiesto. Se incorporó. ¿Por qué? ¿Creía que él iba a subir a saludar?

No lo sé, dijo la mediana. ¿Cómo quieres que lo sepa?

¿Cómo pasaba ante el vigilante todas las noches?, preguntó la más joven. ¿No cierran el cementerio de noche? ¿Esa mujer nunca se tomaba una noche libre? ¿Se llevaba la cena? ¿O cenaba siempre antes de salir?

No lo sé, respondió la mediana. No sé qué coño tomaba para cenar.

Arenques ahumados, dijo la mayor.

¿Y qué pasó al cabo del año?, preguntó la más joven.

A veces te apetecen, dijo la mayor. No me suele pasar, pero esta noche me apetecían.

Por Dios, decía la mediana. Solo es una historia.

Permanecieron sentadas en silencio. La frialdad del río bramaba en sus oídos.

Pues escuchad esto, dijo la mayor. También es verdad, porque es algo que me contaba mi madre, que en paz descansa. ¿Sabéis que hoy es Nochebuena? ¿Y mañana Navidad?

Eso sí que es una verdad como un templo, dijo la mediana. Se le había

apagado el cigarrillo. Acercó el extremo a la vela, luego se lo llevó a la boca y aspiró. No consiguió encenderlo.

Pues escuchad, dijo la mayor. En la víspera de Navidad pasaban cosas raras. Réiros si queréis, pero os lo digo en serio. Mi madre vivía en el campo cuando era niña. En la medianoche de la víspera de Navidad, si estabas en una encrucijada del campo, podías oír voces.

¿Qué voces?, preguntó la más joven.

Voces que te decían cosas, dijo la mayor.

¿Qué cosas?, preguntó la mediana.

Cosas que podían pasar, dijo la mayor.

¿Y tu madre lo vio?, preguntó la mediana.

No. Resulta que si había agua en un pozo podía convertirse en vino. Pero si lo veías, oídme bien, había que apartar la mirada, no lo mirabas, pues en tal caso te morías antes de que pasara el año.

Todo ese vino desperdiciado, dijo la mediana.

Antes de que pasara el año, dijo la más joven. Eso es solo una semana. No es mucho tiempo. ¿O se refería al nuevo año? ¿Al año siguiente?

Antes de que pasara el año; eso es lo que siempre decía, respondió la mayor con los ojos cerrados.

Siete días, dijo la más joven. La mediana negó con la cabeza.

La mayor tiritaba de frío pese a llevar abrigo. Y a veces el agua podía convertirse en sangre, no en vino. Pero era lo mismo. Si lo veías, si veías el vino o la sangre en tu pozo o en tu fuente, si veías el agua transformada, morías antes de que pasara el año.

¿Y un río?, preguntó la más joven. ¿Podía cambiar?

Las tres miraron el río, que bajaba rápido y crecido.

Pues el cura de esa iglesia, dijo la mayor. Os juro que es verdad. La vieja MacKinnon trabaja para él, lleva trabajando para él desde que yo era niña, y os apuesto seiscientas libras, las seiscientas enteritas, a que esta noche está en la cama con ella.

Se volvió y señaló, con un gesto vago, el resplandor anaranjado de una habitación en la casa de encima de la iglesia.

Eso espero, por su bien, dijo la mediana. Ahora también tiritaba. Vaya noche, hace un frío que pela.

Es que es Navidad, dijo la mayor, embutiendo las manos en los puños del abrigo.

Un año me regalaron un muelle mágico, dijo la más joven.

¿Un qué?, preguntó la mayor. La mediana se echó a reír.

Un muelle loco, dijo la más joven. Ya sabes, de esos que bajan solos la escalera.

La mediana se partía de risa. La mayor parecía perpleja.

Es un muelle de juguete, explicó la más joven. Recuerdo que jugaba con él en la escalera y que en la tele ponían *Fuego de juventud*, de Elizabeth Taylor y su caballo de carreras. Es una película antigua, ella todavía era una niña. Había un montón de rojos y marrones muy potentes.

En esas pelis de antes los colores eran más intensos, dijo la mediana. Los resaltaban. Tecnicolor.

Ha pasado por todo, esa Liz Taylor, dijo la mayor.

Eso parece, dijo la mediana.

Ganó la carrera. Se cortó todo el pelo, dijo la más joven.

¿Y si vivías en una casa sin escaleras y te regalaban un muelle loco por Navidad?, preguntó la mediana.

La mayor contempló sus risas.

Una vez, dijo. No mucho después de la guerra, así que a saber de dónde lo sacó. Mi padre. Apareció con un cesto de mimbre bajo el brazo, lleno de fruta. Todo el frío entró con él, lo dejó en el suelo de la cocina. La cara de mi madre ni os la cuento. En aquella cesta había frutas que ni nos podíamos imaginar. Había frutas que no he vuelto a ver jamás.

¿Te acuerdas del sabor?, preguntó la mediana.

Hasta el día de hoy, dijo la mayor.

Como comer en tecnicolor, dijo la más joven.

La mayor asintió con un gesto.

Las otras dos se han ido, una corriendo y la otra cojeando, ambas persiguiendo una luz en lo alto de un coche, por si era un taxi. Solo queda ella. La mediana le ha dado un billete de diez libras. La otra le ha dado su abrigo, que ahora lleva puesto. El abrigo tiene toda la espalda mojada porque ha estado en el suelo. Los hombros y los brazos conservan la forma de la mujer mayor, pero también su calor. Yo no lo necesitaré, le ha dicho mientras se lo quitaba y lo dejaba caer al irse. Te hará más servicio a ti. Nosotras cogemos ese taxi.

Levanta la vista. El cielo está tachonado de estrellas, como una incipiente

barba blanca.

La mayor tiene un padre enfermo. Quizá por eso no quería volver pronto a casa. La otra no parecía tener ningún motivo. Podría ser cualquier cosa.

Sube por la pendiente de la ribera ayudándose de las manos. Abajo, en la hierba, hay tres manchas oscuras donde la escarcha se ha fundido, que señalan el lugar donde las tres se han sentado a hablar. Nota la cabeza más despejada, menos brumosa. Antes todo se movía a su alrededor como figuras en la niebla. Ahora se han detenido. Ve la iglesia al otro lado de la calle, lúgubre a la luz de las farolas. Se acuerda. Entraron para calentarse un poco.

Eso la hace reír. Ahora, al pasar por delante de esa iglesia, podrá decirse: He estado ahí dentro y he apagado las velas de la misa del gallo. También había un viejo sacerdote que las ha echado, pero solo al final. Y el hombre que estaba a su lado en el banco, al que ha besado. Todos los feligreses, abrigados para la Navidad como si fuesen regalos caros, escuchaban la vieja historia de un nacimiento en pleno invierno. Como si en la mañana de Navidad, al abrir sus puertas, fueran a encontrarse a sí mismos, como recién nacidos, en su propio portal, en una cesta como la de las frutas exóticas o en una de esas cajas para vino hechas de madera cara, rellenas de paja.

Sigue el meandro del río. A la vuelta de la esquina, calle abajo, las luces de la ciudad continúan encendidas aunque la mayoría de sus habitantes estén ahora durmiendo en casa, esperando. El monaguillo; estará durmiendo en su camita, en alguna parte, con las mantas hasta la barbilla y una calefacción central que se encenderá automáticamente por la mañana. Todos los habitantes de la ciudad están reclusos en sus sueños, dentro de casas cuyos tejados, satinados de blanco, volverán a ennegrecerse cuando el sol los alcance por la mañana. Y esa mujer, la de la tumba de su amado. Si esta noche está en el cementerio llevará una buena zamarra, guantes y bufanda, y tendrá una de esas estufas que los campistas usan en vacaciones, y el calor que emite iluminará el cementerio y sus árboles, todas sus ramas desnudas y heladas, perennes y heladas.

Hay arena en la acera. La nota debajo de los pies. Sobre su cabeza, hielo y un cielo vacío. Alarga el brazo y sacude la escarcha de una rama próxima al parquímetro. La rama tiene brotes cerrados y prietos. Al soltarla, salen despedidos cristales helados, como un perro que se sacude el agua.

El reloj del parquímetro está cubierto de hielo iluminado desde atrás. Lo aparta con la mano fría. Las dos cuarenta y seis de la madrugada. Se apoya en la barandilla y aguza el oído. Nada salvo el río y, más allá, a lo lejos, algunas personas de fiesta, que gritan y cantan. Se arrebujá en el abrigo y hunde las

manos en los bolsillos. Una vela a medias; un billete de diez libras; las migas y el polvo de otra persona.

Echa a andar sin saber adónde, a cualquier parte.

La calle está desierta, salvo por un hombre que se acerca por la otra acera. Ha salido a pasear con dos pequeños Jack Russell a las tres y media de la oscura madrugada de Navidad.

Aquí hay una historia, piensa ella mientras se cruzan.

Está demasiado oscuro para verle la cara. Feliz Navidad, querida, le grita él desde el otro lado de la calle. Que la disfrutes.

Son palabras llenas de deshielo.

Feliz Navidad, responde ella. Que le vaya bien.

EL PRINCIPIO DE LAS COSAS

Era el final y lo sabíamos.

¿Y qué haremos al respecto?, preguntaste.

Me encogí de hombros.

No tengo ni idea, dije.

Negaste con la cabeza.

Ni yo.

Nos quedamos en la sala como un par de inútiles. Los muebles eran absurdos. Comprendí que parecía que yo esperaba educadamente a que te fueras. Tú también esperabas con formalidad, como si acabaras de levantarte para despedirte de una visita.

Me crucé de brazos. Te pusiste en jarras.

Tenías ojeras negras, como si llevaras semanas sin dormir. Yo sabía que también tenía esas mismas ojeras. Fuera caía aguanieve, hacía una noche gélida; era el peor mes del año, aquel en que los días parecen más oscuros, las semanas parecen más largas y el dinero parece tardar más en llegar a las cuentas bancarias de la gente.

Me senté en el sofá. Tú te sentaste a mi lado. Aunque la calefacción estaba al máximo, parecía que la casa estuviese llena de agujeros. Nos quedamos mirando la chimenea vacía.

¿Sabes qué?, dijiste.

¿Qué?

Podríamos encender un fuego.

Sí.

Fui a por las cerillas del dormitorio mientras tú rompías el periódico de hoy. Luego salí al gélido exterior para coger leña del cobertizo. Escogí algunos troncos de los más pequeños, un par grandes y luego seleccioné con sumo

cuidado un gran tronco mojado de la montaña de fuera y lo coloqué en equilibrio en lo alto de mi montón porque, como siempre dices, un tronco mojado arde realmente bien en un buen fuego. Cuando subí por el jardín, encontré la puerta trasera cerrada. No se abría. Dejé la leña en el suelo. Volví a probar.

Llamé. Llamé más fuerte.

Cogí el tronco más grande y pesado, y lo usé para golpear la puerta con fuerza. Pequeñas cochinillas, arañas y trocitos de madera podrida salieron despedidos del tronco. La puerta se manchó de una baba verdosa que también me impregnó las manos y las mangas. Retrocedí un paso y volví a golpear la puerta. Entonces abriste un poquito la parte superior de la ventana de la cocina.

No hay otra forma de hacer esto, dijiste por la rendija.

Serás cutre, dije yo.

Para ya. Te cargarás la puerta.

Pues claro que me la cargaré. Es mi puta puerta, puedo cargármela si quiero. Y, si no abres ahora mismo, también romperé todas mis ventanas.

Es mi casa, dijiste. Cerraste la ventana y corriste el cerrojo.

Un carpintero nos había instalado esos cerrojos para disuadir a los ladrones. Podía verte al otro lado del cristal empañado. Aguardabas junto a la tetera, fingiendo que yo no estaba allí. Salía humo de la tetera. Abriste la nevera para sacar la leche. Era yo quien había comprado esa leche; la había comprado en la tienda tan solo un día antes, y que tú la usaras como si tal cosa me cabréo muchísimo. Me quedé bajo el aguanieve, gritando y perjurando. Tú actuabas como si no me oyeras. Sacaste una bolsita de té con aire pensativo, como si yo no existiera, como si nunca hubiese existido, como si no fuese más que público y te observara como el resto de las masas: la estrella de la película, preparándose trascendentalmente una taza de té.

Volví a coger el tronco más pesado, lo levanté a la altura del hombro y te apunté directamente. Pero las ventanas de nuestra cocina tienen cristal doble, las arreglamos el año pasado cuando cambiamos los viejos marcos de madera que se estaban pudriendo e instalamos un cristal reforzado. No quise hacer el ridículo y arrojarte un leño que simplemente iba a rebotar en el cristal. Así que lo dejé de nuevo en el suelo.

Ahora el aguanieve caía en todas direcciones. Tenía hielo en el pelo, en el jersey, me resbalaba por la nuca. Un pedazo de hielo se derretía en mi cara. Lo aparté. Ya no sentía las manos. No tenía guantes ni abrigo, no tenía nada: ni dinero ni tarjetas, ni teléfono. Todo lo que necesitaba estaba en la casa. Pensé en

mi abrigo y en mi bufanda, colgados sencilla e inaprensiblemente en el gancho de la puerta. Me estaba congelando. Me abracé para entrar en calor. Ni siquiera podía sentarme en el coche: las llaves estaban en el bolsillo del abrigo. Lo único que tenía era la llave del cobertizo. En cuestión de minutos, si aumentaba el frío, tendría que refugiarme allí.

Y entonces caí en la cuenta de que si tenía la llave del cobertizo probablemente también tendría otra de la puerta principal, pues siempre guardábamos una copia en el mismo llavero, el de la pequeña bola del mundo. Me metí la mano en el bolsillo; allí estaba, el mundo en la cadena y las dos llaves, pero entonces, en la misma fracción de segundo (lo vi por cómo te volvías junto a la encimera y te detenías con la taza en la mano), se te pasó por la cabeza que quizá yo tuviese esas llaves; al mismo tiempo en que yo echaba a correr hacia la parte delantera de la casa, vi de reojo que tú también corrías para llegar antes.

Fue una competición. Corrí lo mejor que pude, pero el suelo resbalaba. Llegué con el corazón desbocado, justo a tiempo de oír el clic del doble cerrojo y verte a ti, que habías vencido, triunfal detrás de la puerta. Te reías. Me entraron ganas de reír a mí también. Luego esas ganas de echarme reír se transformaron en ganas de echarme a llorar.

Por nada del mundo iba a llorar delante de ti, aunque estuvieras detrás de la puerta y no pudieses verme. Alumbrándome con la luz que salía por la ventana de la sala, saqué esa llave del llavero. Me costó bastante, porque la anilla está muy dura y yo tenía los dedos tan congelados que apenas podía moverlos. Cuando por fin lo logré, levanté la tapa del buzón e introduje la llave por la ranura. Oí que caía, ligera, sobre la alfombrilla del otro lado de la puerta. Oí que dejabas de reír. Solté la tapa del buzón, di media vuelta y me marché.

Estamos en la cama, nos damos la espalda. El viento sopla en el tejado y zarandea el cartón con que hemos cubierto la ventana rota. Sigo oliendo el fuego; el aroma impregna la casa, como si un animal de almizcle ceniciento hubiese entrado sigilosamente para marcar territorio en todas las habitaciones.

Apenas nos separan unos centímetros. Noto la distancia de cada centímetro. Al final cedo y empiezo.

¿Recuerdas esa vez que no viniste a casa en toda la noche, esa vez que no tenía ni idea de dónde estabas y pensé que te habías muerto?

Ríes suavemente detrás de mí, en la oscuridad.

Lo siento, dices.

No, estuvo bien. Estuvo bien ver una mañana así. Era primavera, ¿te acuerdas?

Ahora que lo dices, estaba recordando esa vez, el último verano, en que te enamoraste de alguien que no era yo.

Ah, digo. Me río. Espero que la risa tenga un deje irónico y de disculpa.

No, también estuvo bien, estuvo muy bien, ya lo sabes. Fue algo bueno para ambas partes, dices. Es decir, sé que fue bueno para ti y, a mí, personalmente, me ayudó a descubrir muchas cosas nuevas.

¿Como qué?, pregunto.

No sé.

¿No?

No, o sea, eso es lo que descubrí, dices. Descubrí lo que significa no saber.

¿Como aquella vez que estábamos en el metro y yo estaba detrás de ti en el andén, subiste al tren y las puertas se cerraron antes de que yo pudiese entrar?

Me acuerdo, dices detrás de mí.

Intentamos comunicarnos por mímica desde ambos lados de la puerta, y cuando el tren empezó a moverse tú me decías algo, pero yo no tenía ni idea de lo que intentabas decirme.

«Embankment». Te decía «Embankment». Quería que nos viésemos en la estación de Embankment.

Pero yo no tenía ni idea de qué me estabas diciendo. Tu boca repetía esa palabra una y otra vez pero yo no podía oírte, y luego tu vagón todo iluminado se internó en la oscuridad y los otros vagones lo siguieron con todos los pasajeros dentro, hasta que solo quedó la boca del túnel y los anuncios de alcohol y de aerolíneas y debajo los raíles, siempre resplandecientes, como si su peligrosidad se debiese al modo en que brillan, y yo me quedé ahí de pie, sin saber qué habías querido decirme. Te imité articulando lo mismo con la boca, pero la única palabra que parecía encajar era ómbudsman.

Ahora ya nos reímos a la vez. Nos volvemos en el espacio cálido que hemos creado en la cama. Notó tu respiración en la oscuridad, como sueles decir.

Ómbudsman, dices.

Ómbudsman, nada menos, digo yo. Ni siquiera sabía qué significaba. Sigo sin saberlo. No se me ocurría por qué habías querido decirme eso, de modo que pensé que debía ser, que tenía que ser, otra palabra. Y luego pensé que quizá era la palabra absurdo.

Absurdo, dices. Sí. Quedamos en la estación Absurdo. Te espero en Absurdo.

Había sido una situación absurda que toda esa gente del vagón y en el andén viese que se nos cerraban las puertas, por lo que era posible que dijeras «absurdo». Luego pensé que quizá gritabas algo muy distinto. Como abrázame, o embálame. Y luego no quedaba nadie en el andén salvo yo, todo eran personas distintas que esperaban otro tren, y cuando llegó su tren subieron, y bajaron otras personas, mientras yo seguía en el andén, hablándome, diciéndome abrázame, no, embálame, no, embáucame.

Nos reímos. Luego volvemos a guardar silencio y no tengo ni idea de adónde te han llevado tus pensamientos. Me pregunto si estarás recordando esa noche en que no volviste a casa. Yo pienso en mi otro amor, y luego en cómo me quedo en ese andén, con los trenes que llegan y parten uno tras otro, con la gente y el aire viciado del metro que me rodean con cada nuevo tren, mientras me pregunto si debo subirme al siguiente e ir a la próxima estación para ver si me esperas allí. Pero ¿y si cuando llego no estás? Peor aún, ¿y si me voy a otra parte mientras tú vuelves en el metro para encontrarme? Quizá debería volver al café del que acabamos de salir. O quizá lo sensato sería ir a uno de nuestros sitios preferidos, como la cafetería, o ese punto donde todos los caminos se encuentran junto a la floristería, o el restaurante chino, y esperarte allí. O, si nada funciona, puedo volver a la estación principal y coger el tren a casa.

Pero lo único que se me ocurre, lo único que en realidad quiero hacer, es cerrar los ojos y hundirme hasta acabar en el suelo del andén mugriento, porque me rodean kilómetros de la vieja cueva del metro y, por debajo y más allá, la ciudad en invierno, una ciudad que creía conocer pero que ahora es tan indefinida como el mar, y yo no soy más que una piedra arrojada al agua que se hunde en su fondo incoloro.

La casa cruje a nuestro alrededor. Me apoyo en ti. La cama cruje. Te apoyas en mí y eso me llena de una esperanza tan plena que me da miedo admitirla. Todavía huelo el fuego y las ascuas; esta noche puedo oler el invierno del modo que solo es posible en los primeros momentos de su retorno, antes de que nos acostumbremos, cuando hemos olvidado su aroma y entonces regresa al aire y el fluir de las cosas se altera y luego vuelve a asentarse.

Apoyo la nariz en tu piel. Hueles a ti. Siempre hueles a ti, aunque sé que hay variaciones en tu aroma; el aroma estival a hojas y sudor, el aroma otoñal a humo, el aroma invernal a fuego y lana usada y limpia, el aroma de la primavera no lo recuerdo exactamente y me muero por volver a descubrirlo.

Te acercas y me hablas al oído.

Absúrdame, dices. Lo dices tan suave como el respirar.

¿Qué?, pregunto.

Embóbame, dices.

De acuerdo, susurro. Lo haré si tú me embalas.

Pues claro, susurras. Pero sólo si me embaucas. ¿Y te gustaría que te embaucara?

Sí, digo. Por favor. Ahora mismo.

La llave cayó sobre la alfombrilla y dejé de reírme.

Me quedé inmóvil ante la puerta y escuché.

Intenté mirar por la ventana. Lo único que alcancé a ver fue mi propio reflejo y el reflejo de la habitación que tenía detrás. Recorrí la sala apagando las lámparas y luego volví a la ventana por si conseguía ver algo.

Regresé a la cocina a buscar mi taza de té. Me quedé allí un rato, con la taza en la mano. Crucé el comedor, volví a la sala y subí a la primera planta, donde llevé la taza de habitación en habitación. Intenté dar la impresión de que actuaba como si nadie viese lo que hacía o lo que dejaba de hacer; todas las habitaciones estaban vacías. Tú seguías fuera, sin abrigo. Hacía un tiempo asqueroso. Abrí la ventana del dormitorio. Ya no caía aguanieve. Miré a ambos lados de la calle. No había más que coches mojados, aparcados delante de las casas.

Cerré la ventana con pestillo. El hecho de que me preocupara por ti cuando tan claramente tú, dondequiera que estuvieses, ni siquiera pensabas en mí, me molestó. En la habitación solo me rodeaban cosas. Ese cepillo del tocador era mío, pero el secador, que compartíamos, era tuyo. El tocador era mío; había pertenecido a mi madre. La cama era nuestra. El edredón era tuyo. Fui a sentarme al cuarto de baño, la habitación con menos cosas. Contemplé la bañera vacía. Desde que habíamos comprado la casa, la bañera necesitaba con urgencia un nuevo esmaltado.

Bajaré a la sala ahora mismo, buscaré esmaltadores de bañeras en las *Páginas Amarillas* y mañana telefonaré a varios para pedirles un presupuesto, pensé mientras no me movía del sitio. En eso consistía la vida, en mantener las cosas en buen estado y las chimeneas encendidas. De eso iba la supervivencia, de restaurar el esmalte de la bañera aunque otras cosas en apariencia más importantes hubiesen llegado a su fin.

Pero no encontré las *Páginas Amarillas* en su sitio. No tenía ni idea de dónde podrían estar. Las busqué en todas las habitaciones de la planta baja porque tú

las habías sacado de su lugar habitual, del lugar donde habíamos acordado que siempre las guardaríamos después de usarlas; tú las habías usado de forma egoísta y luego las habías dejado en algún sitio imposible de localizar, y lo más probable es que lo hubieras hecho a propósito, siempre hacías cosas así, coger cosas de su sitio y abandonarlas en cualquier otro. Habías cogido las *Páginas Amarillas* plenamente consciente de que yo las necesitaría, y no por descuido, sino con absoluta crueldad, las habías dejado en algún lugar donde no se me ocurriría mirar ni en un millón de años.

Mi enfado iba en aumento. Entré en la cocina y abrí armarios que volví a cerrar de un portazo. Al salir de la cocina y apagar la luz de un manotazo para ahorrar energía, descubrí la débil luz en la ventana del cobertizo.

Casi tropiezo con el montón de leña que habías dejado junto a la puerta trasera. Si llego a caerme podría haberme lesionado, me dije mientras pisoteaba la hierba resbaladiza.

Tú estabas en el cobertizo; te vi a través de la ventana cubierta de telarañas. Al acercarme, también vi que te habías tapado la cabeza y los hombros con las mantas que usamos para sentarnos sobre la hierba en verano. Tenías un aspecto ridículo. Habías sacado una mano de las mantas y con ella sostenías una linterna en alto. Leías un libro a la vacilante luz de las pilas.

La puerta del cobertizo se mantenía cerrada con algo que quizá fuese el cortacésped. Empujé, pero no cedió. Golpeé la ventana.

¿Qué has hecho con las *Páginas Amarillas*?, grité.

Volví a golpear la ventana.

¡Necesito las *Páginas Amarillas*!

Volviste la cabeza despacio. Te recolocaste las mantas y te concentraste de nuevo en el libro como si hubieses visto algo anodino por la ventana de un tren o un coche en marcha.

Y entonces recordé dónde estaban. Llevaban meses abiertas por una página al azar en el asiento trasero del coche. Unos meses antes las habíamos sacado de casa cuando ibas a enseñarme a conducir, porque, dijiste, podía sentarme encima para ganar algo más de altura en el asiento del conductor.

Me avergoncé. Me planteé fugazmente aparentar que había olvidado que recordaba dónde estaban las *Páginas Amarillas* para poder seguir gritándote. Pero el absurdo de considerarlo siquiera y luego el absurdo de verte tiritando de frío bajo esas mantas, leyendo en el cobertizo mientras yo saltaba de puro frío y te gritaba desde el jardín, en pleno invierno, en una noche negra como el carbón,

hizo que me entraran ganas de reír. Casi suelto una carcajada. Tuve que contenerme. Me quedé saltando junto al árbol larguirucho. Me habías enseñado para qué servía cada pedal y me habías explicado el funcionamiento del embrague. Luego me llevaste al aparcamiento prácticamente vacío de Homebase, me dejaste conducir durante una hora y solo te enfadaste una vez, solo un momento: echaste el freno de mano cuando me acerqué demasiado al otro único coche del aparcamiento.

Me pregunté por qué antes me había sulfurado tanto. Intenté volver a enfurecerme, pero, inevitablemente, empecé a preguntarme qué libro estarías leyendo y si era el mismo que llevaba desde el pasado agosto en el banco del jardín, primero por despiste, luego por pereza y finalmente por curiosidad sobre qué le pasaría al libro si lo dejábamos a la intemperie. Me pregunté si se habría abarquillado o qué tacto tendría. Había estado expuesto al calor, al frío y a la lluvia durante meses. Me pregunté si las páginas se habrían pegado y, cuando intentaras abrirlas, las letras impresas se transferirían a la página opuesta y el libro se volvería ilegible, por lo que cada vez que volvías una página tenías que despegarla con sumo cuidado.

Justo entonces se levantó el viento y oí que la puerta trasera se cerraba de golpe, pero no importaba porque yo tenía las llaves en el bolsillo. Recorrí la distancia que separaba el cobertizo de la casa, fui a la puerta trasera y saqué la llave. Iba a meterla en la cerradura para entrar cuando recordé la ligereza de tu llave al caer sobre la alfombrilla.

También podía echar mi llave por la ranura del buzón. Y luego volver al cobertizo y decirte que yo tampoco podía entrar en casa. Y entonces intentaríamos forzar la puerta, tú y yo. Podríamos volver al punto de partida. Quizá, una vez dentro, podríamos encender la chimenea con la leña que habías traído. De hecho, insistiría en ser yo quien la entrase, para demostrarte cuánto confiaba en ti.

Me imaginé bajando de nuevo al jardín para decirte, por la ventana del cobertizo, que yo también me había quedado fuera, que no podía entrar y que te necesitaba. Pero quizá te negaras a responder. Si ese era el caso, yo forzaría la entrada por mi cuenta.

O simplemente abriría la puerta ahora mismo y entraría en la cálida casa, cerraría, me prepararía un baño, me acostaría temprano y leería un libro un rato, antes de dormir.

Me quedé en la puerta con la llave en la mano y, por supuesto, decidí «sí».

AGRADECIMIENTOS

Gracias al *TLS*, *The Scotsman*, *Chapman*, *Damage Land*, *Groundswell*, *Scottish Book Collector* y todas las antologías y revistas donde se han publicado cuentos de esta colección.

Gracias a la Arts Foundation por su crucial apoyo y la beca que me concedieron mientras escribía esta colección. Un agradecimiento especial para Alastair.

Gracias al Royal Literary Fund por enviarme a un retiro en Ledig House, Nueva York, donde terminé este libro.

gracias, Xandra, Kasia, Meg, Ellen y Becky.

gracias, David, y gracias, Simon.

gracias, Donald.

gracias, Sarah.

LA HISTORIA UNIVERSAL



En esta colección de cuentos, Ali Smith muestra una original inventiva y un enorme talento para el lenguaje. En el relato que da título, un joven viaja por el campo británico comprando ediciones de El gran Gatsby para su hermana; y ella tiene la intención de usar los libros para construir un barco. A veces cómicas, a veces perturbadoras, estas doce historias nos desconciertan y, a la vez, nos atraen. «Su escritura nos sorprende con su intimidad e imaginación, su agudeza y precisión. Su trabajo ha sido definido como “una carta de amor al mundo”, y realmente lo parece». Joyce Carol Oates.

ALI SMITH

(Inverness, 1964) Tuvo una madre irlandesa, un padre inglés y una educación escocesa (hasta que comenzó su doctorado en Newnham College, Cambridge). A los veinte años, después de que un debilitante ataque de síndrome de fatiga crónica descarrilara su carrera académica, comenzó a escribir. Ahora, autora de ocho novelas y seis colecciones de cuentos, crea lo que podría llamarse ficción experimental, pero con un estilo fácil, agradable y de emocionante lectura. Escribe en The Guardian, The Scotsman y el Times Library Supplement.

«Ali Smith es realmente original. Su escritura sorprende con su intimidad e imaginación, su agudeza y precisión. Su trabajo ha sido definido como "una carta de amor al mundo", y realmente lo parece».

JOYCE CAROL OATES

Ali Smith es una de las mejores escritoras del Reino Unido. Este libro, en el que nos encontramos con algunos de sus mejores textos, contiene doce cuentos en los que el amor, la tristeza y, muy especialmente, los libros y los libreros son los protagonistas.

Doce cuentos que recorren un año completo, comenzando en febrero, el mes en que transcurre el primero, «La historia universal», y terminando en enero, con el relato «El principio de las cosas». En algunos cuentos se menciona el mes específicamente, en otros solo se hace una referencia a la estación. Las estaciones son una imagen recurrente en los cuentos, como también lo son los libros y las plantas, sobre todo, los árboles. Historias únicas que se entrelazan en un laberinto de coincidencias, oportunidades, conexiones perdidas y reencontradas.

Nordiclibros - Otras Latitudes.
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.

